EL VUELO INFINITO DE LOS ELEGIDOS

Arcadio Sierra Díaz

El vuelo infinito de los elegidos

Copyright © 2022 por Arcadio Sierra Díaz

Bogotá D.C. - Colombia

Todos los derechos reservados por el autor.

Email: cristiasidia@gmail.com

URL canal de Youtube: https://www,youtube.com/c/ArcadioSierraDiaz

URL página de autor en Amazon: https://www.amazon.com/author/arcadiosierradiaz

ISBN: 979-836-1825080

«*Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece*»

Juan 15:19

CONTENIDO

Presentación, 5

1. La elección, 12
Luces y tinieblas entre la verdad y la mentira, 20
La realidad al final del túnel, 24
Los insondables abismos del Hades, 27

2. Los estadios de la salvación, 31
Estadio pasado, 32
Estadio presente, 33
Estadio futuro, 33
Tienes nombre de que vives, 35

3. La Justificación, 39
Aspectos del arrepentimiento y perdón de pecados, 40
La Justificación por la fe, 46
La vida eterna, 47

4. La Santificación, 50
El constantinismo, 52
El método de Dios, 58
Transformación del hombre a la imagen de Cristo, 59

5. La regeneración de los elegidos, 62
Nacimiento espiritual, 62
El reino de Dios no es de este mundo, 66
Arrepentimiento y fe engendran conversión, 68

6. La Redención, 71
El estado intermedio de desnudez, 74
La resurrección de los elegidos, 75
Continuidad de la personalidad humana, 77
Cristo, las primicias de ls resurrección, 79
La transformación escatológica del cuerpo mortal, 82

7. La apertura de los sellos, 91
El primer sello. El caballo blanco, 92
El segundo sello. El caballo bermejo, 96
El tercer sello. El caballo negro, 97
El cuarto sello. El caballo amarillo, 98
El quinto sello. La última generación de mártires, 99
El sexto sello. Señales en el cielo y en la tierra, 101
Los santos salidos de la gran tribulación, 101
El séptimo sello: Se aprestan las siete trompetas, 103

8. A la final trompeta, 105
1ª trompeta: Granizo, fuego y sangre, 106
2ª trompeta: El mar se convierte en sangre, 107
3ª trompeta: Cae una gran estrella, 108
4ª trompeta: Oscurece el sol, la luna y las estrellas, 108
5ª trompeta: Se abre el pozo del abismo, 109
6ª trompeta: Serán desatados los cuatro ángeles, 111
7ª trompeta: La parusía del Señor. La resurrección, 113

9. El reino, 118
La ciudadanía celestial de los elegidos, 121

10. La glorificación, 124
El desarrollo eterno de los elegidos, 125

Apéndice - Filadelfia y la gran tribulación, 127
Las reacciones de Dios,129
Una puerta abierta para Filadelfia, 131
Guardados de la hora de la prueba, 134
La verdadera preparación, 138

PRESENTACIÓN

Frente al acontecer histórico de la humanidad, Dios no ha estado quieto un solo instante, ni ha adoptado una actitud pasiva por temporadas, como tampoco se ha hecho el desentendido; no. Después de la caída del hombre en el Edén, el Señor se ha preocupado y se ha compadecido de la humanidad caída. Sin duda, Dios no dejó a la humanidad postrada en su desgracia como consecuencia del pecado; no. Dios lo tenía previsto todo a fin de darle la mano al hombre y levantarlo de su desgracia.

Desde antes de la fundación del mundo, Dios hizo la conveniente provisión, elaborando un plan salvador; un plan redentor y liberador; de manera que para darle cumplimiento a ese plan, llegado el tiempo designado por Él, Dios irrumpió y entró a participar de la historia humana; es decir, Dios quiso vincularse a esta esfera terrenal, haciendo parte de la humanidad en la persona de Jesús de Nazaret; y lo hizo de una manera sin precedentes. Dios se hizo hombre para inaugurar una nueva era, con un nuevo tipo de creación humana; algo inédito en toda la historia. Entonces, para ello, desde antes de la fundación del mundo, por su soberana voluntad, escogió y predestinó a los que Él quiso, a fin de que fuesen adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad.

Entonces, al animarnos a escribir este opúsculo, decidimos exponer determinadas verdades que Dios ha revelado en su Palabra, de donde las extraemos como de una fuente inagotable, viva, veraz y eterna; pero lo queremos realizar en forma modesta y exenta de vericuetos teológicos, con el ánimo de ayudar a muchos hermanos de mente sencilla y exenta de profundidades y erudiciones teológicas.

Antes de abordar cualquier asunto de fondo, es necesario declarar que, sin la menor duda, estamos en los días finales de

la historia de esta era de la gracia. Creyéndole a las revelaciones de los profetas bíblicos, aun las de los del Antiguo Testamento, podemos estar seguros de que los días finales comenzaron el 14 de mayo de 1948, fecha en la cual la humanidad pisaba aun sobre las cenizas tibias de la segunda guerra mundial, con la creación del moderno Estado de Israel. ¿Por qué lo aseguramos? Sencillo. Dios había revelado que Israel renacería como nación en los últimos tiempos. Declara el profeta Isaías. *«¿Quién oyó cosa semejante? ¿quién vio tal cosa? ¿Concebirá la tierra en un día? ¿Nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos*» (Is. 66:8). De ese portentoso acontecimiento de origen divino, gira todo lo demás relacionado con este tiempo que estamos viviendo. Dios había revelado por los profetas, que en los tiempos finales volvería a recoger a los hebreos de todos los rincones de la tierra, y los llevaría a la misma tierra que antaño había repartido Josué; y para realizarlo era necesario que ellos volvieran a ocupar la tierra que Dios había prometido a Abraham; pese a la oposición de la humanidad.

Por esa causa, es necesario dejar en claro que a medida que avanza la consumación de los eventos de estos últimos años, vemos cómo se van cumpliendo frente a nuestros ojos las profecías de las realidades que habrían de desarrollarse en los días que vivimos, días previos a la inminente venida del Señor Jesucristo. Si no lo crees, es problema tuyo. Frente a nuestros ojos ocurre y se desarrolla un alud de inevitables extravagancias; perversidades que, a pesar nuestro, debían cumplirse con todo el rigor de la cruda realidad, aunque nos dediquemos a orar con el fervor de la humillación, intercediendo a fin de que no acontezcan. Sería perder el tiempo. Todo eso está escrito. Dios lo declara a fin de que abramos los ojos, lo creamos y busquemos su rostro.

Entre otras cosas, el Señor Jesucristo mismo declaró que para los últimos días, la moral y el deterioro de las costumbres de la humanidad, debían sufrir la mayor depravación de todos los tiempos; peor que en los días de Noé, o lo que presenció Lot

en ciudades como Sodoma y en Gomorra. Es necesario, pues, que la maldad vaya en picada, degenerándolo todo hasta tocar fondo, tanto que la humanidad, en su loca carrera de desprestigio, llegue a experimentar la época más oscura y deprimente desde que existen humanos sobre esta Tierra.

Frente al deterioro de las costumbres, fenómeno que ya lo estamos viviendo con inmenso dolor, gran parte de la iglesia está cayendo en una arrolladora apostasía, sin precedentes históricos. Esto, pese a que, paralelamente, el Señor está restaurando la vida de la iglesia conforme los parámetros bíblicos. Millones desconocen esta restauración eclesial, pero es una realidad que avanza en todo el mundo, aun en la China comunista. Pero Dios no está llevando a cabo esta restauración de la iglesia sino con un arrollador remanente de entre sus elegidos, en comparación con los millones que integran las filas de la cristiandad; remanente al cual el Señor le está abriendo los ojos espirituales, y abriendo puertas, como no lo había hecho con nadie desde los tiempos apostólicos. Es una especie de manadas pequeñas, carentes y libres de clérigos, acartonados reverendos y jerarquías sacerdotales; librándolos, además, de extravagancias dogmáticas impositivas tan dañinas al pueblo de Dios; no son más que pequeñas comunidades que, aunque tengan poca fuerza, se les está guiando a que usen el poder de conocer y guardar la Palabra de Dios, como algo fundamental, y a que no cambien el nombre del Señor Jesucristo por otros nombres u orientaciones doctrinales, ideológicas y filosóficas espurias; ni se inclinen por involucrarse en sincretismos, ni por escuchar y creer en retóricas oscuras y perturbadoras que surgen con fuerza incontenible en este mundo globalizado que nos ha tocado vivir.

Todo el que tenga determinado grado de luz espiritual, lo puede ver. El grueso de la cristiandad continúa en sus coqueteos con la Babilonia idolátrica; y, sin duda, en Babilonia no hay lugar para la iglesia de Cristo. Los fundamentos de la iglesia son otros. ¡Cuidado, hermano! Procura la autoridad y guía de la

Palabra de Dios, y el señorío de Jesucristo, bajo la dirección del Espíritu Santo.

Nos llama la atención que a medida que se acerca el día de la gloriosa parusía del Señor Jesucristo, muchas verdades fundamentales consignadas en la Palabra de Dios, se van haciendo más evidentes y comprensibles, sobre todo en personas que procuran buscar el rostro del Señor Jesús y el continuo sometimiento a la dirección y luz del Espíritu Santo.

Al ser guiado a componer el presente opúsculo, no me anima otra motivación que no sea la de persistir en mi lucha a fin de que sea escuchado el sonido de la trompeta de los auténticos atalayas de Dios, tanto antiguos como actuales. Antes de que el Señor aparezca en el firmamento cual fulgente relámpago, se ha expandido un llamado a prepararnos para la batalla en esta hora preocupante. Y, para esta preparación y entrenamiento, en primera instancia debemos enfrentarnos con nosotros mismos, con un ego exigente que a menudo se niega a sujetarse definitivamente a la voluntad de Dios. Ganada esa batalla, frente a nosotros existe un mundo de oposición, de maldad revestida de ilusiones, donde nos apabulla el alud y bombardeo de toda clase de atractivos y ataques, máxime cuando todo eso se difunde a través de las modernas e hipnotizadoras tecnologías mediáticas.

Por otro lado, uno de los aspectos que, como hijos de Dios, debemos tener claro, es conocer qué ha hecho Dios de nosotros y en nosotros desde el día en que creímos; y sobre todo estar seguros de para dónde vamos; hacia dónde nos está invitando el Señor, y cuál es la senda correcta. Si todo nuestro esfuerzo y el tuyo, y todo lo que Dios quiere con nosotros, se circunscribiese a sólo no ir a parar a las llamas del infierno, algo anda muy mal. Téngase en cuenta que nuestro llamado del Señor es a algo infinitamente superior. Entonces, preguntémonos, a estas alturas ¿qué le hemos permitido a Dios que haga con nosotros? ¿Cuál debe ser nuestro proceder frente a esa preparación que ya debiéramos haber empezado, que ya debiera ser una realidad en cada uno de nosotros?

Es bueno y necesario que empecemos a conocer el proceso de esa obra de Dios a fin de salvarnos en forma integral, a fin de conducirnos a propósitos inesperados. Todo hijo de Dios debe saber que nuestra salvación es una obra de Dios, y sólo de Él; una salvación salida de su corazón lleno de amor por una humanidad que cayó en desgracia desde sus albores en el jardín del Edén.

Tengamos claro que no era la voluntad perfecta de Dios que los hombres llegasen a ser mortales. Dios le advirtió con antelación al hombre, que había un peligro de que llegase a ser mortal. Y eso está registrado en las Escrituras Sagradas. «*Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Yahveh Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*» (Gn. 2:15-17).

Pero, a pesar de la advertencia divina, el hombre le creyó a la mentira; una mentira atractiva e interesante, como siempre. Dios fue testigo de lo que estaba sucediendo, pero no pudo menos que respetar la voluntad del hombre, pues al crearlo lo había dotado de libre albedrío. Frente a este delicado tema, digamos que en definitiva, el hombre siempre ha estado en la mente y en los planes y propósitos de Dios. Por esa razón, antes de la creación del hombre, Dios le había preparado un jardín, es decir, un ambiente natural adecuado a fin de que el hombre morara, y administrara aquella heredad, la labrase para su sustento, y se multiplicara y llenara la Tierra.

El contexto bíblico nos permite dilucidar que, cuando comió del árbol del fruto prohibido, el hombre aun carecía de la virtud suficiente como para diferenciar con claridad lo bueno de lo malo. Sin embargo, de antemano Dios sabía que el hombre caería en pecado y se convertiría en un ser mortal; por lo tanto, podemos asumir que para el Dios omnipotente había algo más

importante que preservar el estado de impecabilidad del hombre, y eso se centraba en la salvación y la redención de los humanos, a través de lo cual se le daría la inmortalidad, a través de la poderosa transformación del alma, y no por medio de una conservación eterna del cuerpo físico inicial.

Además, existía un antiguo proceso jurídico que era necesario darle solución definitiva; ese proceso estaba en el tapete en contra de Satanás y de todas sus huestes que había arrastrado consigo del cielo mismo; y para concluirlo era indispensable agotar todas las instancias, aunque para ello su vigencia abarcara los siglos que fuesen necesarios dentro de la economía de Dios. Y la solución definitiva no podía ser una realidad sin la encarnación del Verbo de Dios y su muerte vicaria en la cruz del Monte Calvario.

Por otro lado, era atrayente el hecho de que el árbol del conocimiento del bien y del mal, aparentemente proporcionaba sabiduría divina; pero en realidad no era más que un sofisma; es decir, una zancadilla; pues el hecho de que Adán comiera del fruto del árbol prohibido significaba que el hombre de plano estaría rechazando a Dios mismo como la fuente y manantial de la auténtica sabiduría, la divina. ¿Qué alcances acarrearía tal decisión? Que el hombre optaría voluntariamente por obtener la sabiduría por medios diferentes a la verdadera fuente, que es Dios. De hecho, el hombre no esperó recibir la legítima sabiduría de Dios, la sabiduría oculta, no emanada de este siglo, no la que usan los sabios de este mundo; sino esa sabiduría que se habla entre los que han alcanzado madurez; esa sabiduría que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria. De manera que la sabiduría que recibió el hombre cuando comió del árbol prohibido, le cegó el entendimiento, no obstante que el Señor permitió que alguna luz de la verdad le quedara en las fibras de su conciencia.

Entonces, al decidir independizarse de la sujeción a Dios y de su voluntad perfecta, el hombre atrajo para sí mismo la mortalidad; y ese estado de muerte se hizo innato en el ser humano, de tal manera que lo fue degenerando en su integralidad, y el

hombre trasmitió la muerte como herencia a sus hijos; y con ellos, a toda la humanidad en la posteridad de los siglos. La muerte, pues, causó un desastre de dimensiones catastróficas y hasta cósmicas; pues la maldición le sobrevino también a la tierra, a la naturaleza, a la mujer, y se cortó la comunión del hombre con Dios. Y el hombre cambió su cosmovisión; y lo peor es que estamos viviendo días en que pretenden que esa cosmovisión trastocada sea impuesta por la fuerza, amenazando arruinarlo todo en definitiva.

Pues bien, este opúsculo, sin mayores pretensiones académicas y retóricas, describe la intervención de Dios a fin de que el hombre fuese libre del estado de muerte en que cayó y le transmitió como herencia a toda la humanidad, y volviese a la íntima comunión con Dios, y fuese involucrado en la gloria divina, y en los propósitos eternos del Creador. Como es obvio, para desarrollar la historia y descorrer el velo, recurrimos constantemente a las páginas de las Sagradas Escrituras. Pero con la ayuda de Dios, esperamos que no sea algo pesado de lectura y de comprensión.

1

LA ELECCIÓN

«*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,* [4]*según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él*»

Efesios 1:3-4

Aunque el hombre haya caído en el pecado y en las mazmorras de la muerte desde sus albores, ese hecho no echó por tierra los planes eternos que Dios había trazado con el hombre. El Dios todopoderoso, el único Dios verdadero, el perfecto, el Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas que en ellos existen, desde mucho antes de que todas las cosas existiesen, ha tenido en la intimidad de su corazón el inefable deseo de disfrutar de una familia con quien compartir su existencia, su reino, su vida eterna, sus propósitos, su gloria y su infinito amor; cuánto ha querido verse rodeado de hijos espirituales, seres que compartan su perfección en un hogar eterno. Y para lograr este sublime cometido, era necesario que emprendiera la portentosa obra de crear todas las cosas. Él vio la necesidad de crear infinidad de galaxias, de multitud de sistemas solares, y un sin fín de estrellas y planetas en todo el universo (cf. Is. 42:5). ¿Todo ese portento y derroche de extensión sideral, para qué? Para que, en un puntico de ese inmenso espacio, ubicar un planeta llamado Tierra, donde se dieran todas las condiciones adecuadas para el desarrollo de la vida biológica. Y cuando todo estuvo preparado y realizado, en medio de un jardín exuberante lleno de animales terrestres, aves y peces, arboles de todas las especies, grandes y pequeñas corrientes de aguas, mares y

continentes, Dios creó al hombre, varón y hembra los hizo; y les ordenó que se juntaran y se multiplicaran y llenaran la Tierra.

Pero en todo esto, hay un detalle de particular importancia y digno de admiración, y es que desde antes de la fundación de ese maravilloso mundo, antes que diera inicio a la creación, por su infinita sabiduría, impulsado por su amor, Dios fijó su atención sobre determinados millones de personas humanas, a las cuales, dice la Biblia, conoció; mucho antes que existiesen, los conoció; y en una manifestación soberana de su poder para realizar lo que le agrada, conforme su justa y santa voluntad, determinó, de entre todos los seres humanos que Él sabía que iban a existir, elegir y predestinar quiénes harían parte de esa particular familia celestial, la familia de su intimidad. Por esta causa, en el texto bíblico con que iniciamos esta primera parte, podemos ver que nuestra salvación eterna hace parte del cumplimiento de ese propósito de Dios.

Me inclino más a pensar que en la eternidad, Dios nos conoció de una manera particular de manifestar su amor. ¿Cómo es eso de que Dios nos conoció? ¿Sería que al resto de la humanidad no pudo ni siquiera verlo? Claro que sí. Pero ese conocer de Dios a sus elegidos, no es un conocimiento común y general; se trata de un conocimiento especial.

Para mayor comprensión, ilustremos esto con lo del nacimiento de Jesús, el Cristo. Es algo así como cuando dice en el evangelio de Mateo, que José de Nazaret no conoció (gr. *epignosko*) a su esposa hasta que dio a luz a su hijo primogénito. Como es obvio, José ya conocía (gr. *gnosko*) a María, su esposa; es posible que se conocieran desde su niñez; pero se trataba de un conocimiento deficiente, superficial, limitado, si se pudiera considerar así. Pero ahora, al consumar su matrimonio, la llegaría a conocer con mayor y plena fuerza afectiva; se harían una sola carne, con todo lo que eso transciende. Al unirse en matrimonio se vieron enlazados por un nuevo e íntimo conocimiento, cargado de afectos antes jamás prodigados y

manifestados ni a María ni a ninguna otra persona. Lo que significa que Dios quiso fijar su corazón en determinadas personas, a quienes eligió, de entre toda la humanidad, para que fuesen sus íntimos; es más, para que fuesen parte de Él mismo. ¡Eso es maravilloso!

Me gusta la palabra «elegidos», o *escogidos* (gr. *eklektoi*); de manera que los elegidos de entre la multitud, son los mismos *eklektos*, los que conformarían su *ekklesia*; y eso no significa necesariamente que Dios estuviese previendo a los que un día fuesen a creer, y que los hubiese elegido debido a ese previo conocimiento de quiénes irían a creer en Jesús de Nazaret; no. Fue la fuerza del amor y de la soberanía de Dios, que decidió, de entre toda la humanidad, elegir a algunos, hombres y mujeres, para salvarlos, transformarlos y perfeccionarlos con un fin supremo. Se me ocurre pensar que en sí la salvación comienza con la elección y culmina con la formación de la imagen de Cristo en esos elegidos.

Un detalle importante en todo esto es que, antes de la creación de todo el universo, Dios determinó escribir los nombres de todos sus elegidos en un extenso documento celestial llamado el *libro de la vida del Cordero*. Allí aparecen los nombres de todos los seres humanos que recibirían la vida de Dios en el futuro, cuando se cumpliese la voluntad de Dios, después de la encarnación del Verbo. Textos bíblicos como Apocalipsis 13:6 y 17:8, revelan que los que no estén registrados en ese libro celestial, se asombrarán cuando aparezca en el concierto mundial el gobierno de la bestia, y que esa misma gente que vivan en la oscuridad espiritual adorarán a este personaje diabólico. Claro, entre los elegidos y redimidos no habrá ningún asombro al respecto.

Cuando Dios concebía el propósito de conformar una familia, y en la eternidad conocía y contemplaba todos esos elegidos para que hicieran parte de su casa, en su corazón se deleitaba trazando objetivos y decisiones precisas con ellos. ¿Como cuáles?

Los predestinó para ser adoptados hijos suyos. Dios nos escogió en amor «*habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, [6]para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado*» (Ef. 1:5,6); pues Dios, a todos los que creen en el nombre poderoso del Señor Jesucristo, les da potestad de ser hechos hijos de Dios (cf. Jn. 1:12). Esto significa que a los elegidos que crean, Dios los coloca en el lugar y la condición de hijos; les otorga esa filiación, con todos los derechos y responsabilidades que eso conlleva.

Los creyentes son escogidos para buenas obras. «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*» (Ef. 2:10). No somos salvos porque hiciéramos buenas obras; sino que las hacemos porque ya somos hijos de Dios, las cuales ya están incluidas en los propósitos de Dios para que sean ejecutadas por personas que ya tienen el carácter de Cristo. Una vez que hayan creído, los elegidos son portadores de la luz divina, lo mismo que de la revelación de la verdad. Esos elegidos van experimentando un desarrollo espiritual y moral, y van conociendo los sucesos que sobrevendrán a la humanidad, y a dónde va a parar el mundo sin Dios. Y esos santos dotados de esa luz y conocimiento sobrenaturales, tratan de ayudar a los perdidos, de llevarles la palabra de salvación y el evangelio del reino de los cielos. Esas son las buenas obras.

Los elegidos son predestinados para ser hechos conforme a la imagen de Cristo. «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*» (Ro. 8:29).

Nuestro proceso de transformación hasta llegar a ser la imagen de Cristo, es el elemento más destacado en todo el desarrollo de nuestra salvación conforme la economía de Dios;

es decir, es un proceso irreversible hasta participar de los atributos y la naturaleza misma de Cristo. Eso incluye un cambio en la forma de vida y de moral, y no meras posturas y ropajes externos y superficiales.

Los elegidos son predestinados para gloria eterna. Revela el Señor que Él soportó con paciencia los vasos de ira «*para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria*» (Ro. 9:23). Al resucitar, entramos a participar en plenitud de la naturaleza de Cristo; y de ese punto partiremos a la eternidad (cf. 1 Co. 3:18); y seguiremos avanzando de una etapa de gloria a la siguiente; esto sin parar.

Entonces, el hecho de que eligiera a quienes Él quiso, significa que nuestra salvación depende de Dios; y es recibida por todos aquellos que crean en la obra del Hijo de Dios. Aquí quiero enfatizar que nadie puede ser salvo porque goce de méritos personales o religiosos, sino porque Dios, en su bondad, ha resuelto salvar gratuitamente a todo aquel que crea. La salvación eterna es un don de Dios; un regalo inmerecido.

Y esa verdad nos da la seguridad de que nadie tiene la capacidad de influir ante Dios a fin de que decida salvarlo basado en los méritos personales, o brillantes cartas de presentación, títulos honoríficos y académicos, posiciones jerárquicas, etc.; en detrimento del único medio que Dios ha establecido para llegar a ver su rostro. Es descabellado que alguien, justificándose, se ponga en pie en el templo, y mirando de soslayo a la gente, diga (o por lo menos lo piense):

«*Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano*».

Bueno, en esa materia existen muchas vertientes equivocadas. Pero Dios tiene un plan perfecto, y conforme ese plan, y llenando sus justos requisitos, nos conoció sin aun habernos dado la existencia, y tomó la decisión de elegirnos y ordenarnos para la salvación eterna, haciéndonos santos y sin mancha. ¿Lo

merecíamos? No, para nada. Nadie tiene motivos ni méritos, ni influencias de tipo divino como para enorgullecerse de que haya sido incluido en esa elección; como tampoco le otorga derechos a nadie de actuar conforme a su voluntad, dejando a un lado la de Dios.

A la verdad, esto de la elección divina no deja de presentar sus aspectos paradójicos. Sin embargo, a pesar de ello, Dios nos ayuda a fin de que sea una realidad en nosotros. Los seres humanos fuimos creados dotados por naturaleza de libre albedrío, con capacidad innata de decidir nuestros actos; es decir, el hombre tiene capacidad para aceptar o rechazar el ofrecimiento de Dios. Entonces, en este misterio, vemos que existe una conciliación entre la voluntad soberana de Dios y el libre albedrío humano. Los humanos son seres libres con responsabilidad moral; pero al mismo tiempo, Dios es soberano, y realiza todas las cosas según su beneplácito. Frente a esto, no es necesario entrar en disquisiciones filosóficas. Cada quien que lo vea conforme su grado de revelación divina. Entonces, esto significa que Dios nos ha elegido desde antes de la fundación del mundo; pero esto no significa que Dios no tenga en cuenta nuestra voluntad para recibir ese regalo de la salvación. Solamente llega a ser salvo aquel que crea.

Para nosotros, se trata de uno de esos misterios de Dios, el hecho de que mucho antes de que tuviéramos existencia, ya Él nos conociera, y sin haber hecho ni bien ni mal, nos eligiera para que llegásemos a ser sus hijos, con toda su transcendencia. Esto es un maravilloso misterio; pero es verdad. Como en el caso de los mellizos Esaú y Jacob, que antes de que nacieran, Dios escogió a uno de ellos en vez de al otro. Un día, en la historia de la humanidad, Dios hizo realidad lo que ya había decidido, y es que su Verbo eterno encarnara por la poderosa intervención de su Santo Espíritu, y se hiciera hombre en la persona del Señor Jesús de Nazaret; y por su obra expiatoria fuésemos salvados de la muerte eterna, y por su gracia fuésemos santos e intachables delante de sus ojos. Y Dios nos salvó

porque ya nos había elegido para destinos altos; eso significa que Dios había determinado que tuviésemos vida eterna, la vida increada; es decir, la misma vida que tiene Dios.

Es fundamental tener la certeza de que Dios nos escogió en su Hijo, el Señor Jesucristo: y lo hizo para realizar una unión espiritual de sus elegidos con el Padre, en Jesús. Dios jamás obra a tientas; y en Él no existen casualidades, ni se enreda en inciertas eventualidades y disyuntivas propias de los humanos. Dios se mueve bajo los parámetros de un plan inequívoco, y le da cumplimiento paso a paso en su justo momento. Que Él nos haya elegido para que seamos santos, es una iniciativa soberana de Dios; y nos lleva a la fe, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos.

Entonces, la santidad y la pureza son los resultados finales de la obra de Dios en nosotros, no la base de la elección de Dios; es decir, Él no nos ha elegido debido a que hubiésemos sido santos y puros. Ahora podemos comprender que los elegidos somos la generación eterna de Dios; somos aquellos a quienes Dios se une para obrar una transformación espiritual, llenarnos de fe, de gozo, de júbilo, de confianza y de amor; ayudarnos en nuestra transformación en seres humildes. Dios viene a nosotros para hacernos entender que no hay otra finalidad que valga la pena fuera de Él mismo. Que todas nuestras actividades en esta Tierra deben ser regidas y fundamentadas en la voluntad y en la gloria del Padre.

Desde antes de la fundación del mundo, Dios «*nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*» (Ef. 1:3). Ahora tenemos la certeza de que somos los elegidos de Dios, y de que Dios nos bendijo con toda bendición; y esas bendiciones tienen un vasto alcance, sin limitaciones que puedan ser abarcadas por la mente humana; pero podemos adelantar algunos tópicos de esas bendiciones divinas, como son: Dios en Cristo nos da vida después de haber estado muertos en nuestros delitos y pecados; Dios nos libera de las cadenas del paganismo, de los grilletes del pecado y de la muerte; nos convierte en habitación del Espíritu Santo; Dios nos

otorga la ciudadanía en la esfera del mundo celestial, con todo lo que en eso subyace; Dios nos introduce en la esfera de la vida eterna e inmortal; nos transforma según la persona de Cristo, hasta que lleguemos a poseer su propia plenitud. En Cristo seremos el más elevado y conspicuo tipo de seres inteligentes, después de Dios. Por eso seremos la iglesia eterna, la esposa de Cristo, pues seremos todo cuanto Cristo es.

Pero quiero enfatizar que esas bendiciones espirituales son ejecutadas por Dios para nosotros en los lugares celestiales; no en esta tierra, como suponen muchos. Esos lugares celestiales (gr. *epouranioi*), es el ámbito donde Cristo reina ahora, y reina en virtud de su poderosa resurrección de entre los muertos (Ef. 1:20). Ese ámbito del reino de los cielos en las alturas, el Señor Jesucristo lo comparte con todos aquellos que, por la gracia de Dios, han experimentado la resurrección espiritual juntamente con Él (Ef. 2:5,6). Esa resurrección del creyente significa que antes de creer, estábamos muertos en nuestro delitos y pecados, y ahora tenemos vida. Eso nos dice que la primera parte de nuestra resurrección integral ya es un hecho. Nuestra resurrección ya comenzó. Cuando el hombre cayó en pecado, murió espiritualmente; perdió la comunión con Dios; hubo una separación entre Dios y el hombre. Ahora Dios vuelve al hombre, y el hombre, al volver a tener vida espiritual, resucita. Claro, esa resurrección es completada al final de los tiempos, en la parusía de Cristo, cuando el cuerpo, o lo que quede de sus despojos, sea transformado.

Entonces, en los dominios donde Cristo reina, en el ámbito de los lugares celestiales, los elegidos gozan en la actualidad de toda bendición espiritual, aun cuando estemos todavía viviendo en esta tierra; y es en ese ámbito donde se está librando la guerra contra las fuerzas espirituales del mal (cf. Ef. 6:12). De la misma forma, es la intención de Dios que desde los lugares celestiales se esté dando a conocer, a través de la iglesia, sal y luz del mundo, la multiforme sabiduría y conocimiento de Dios, a esos principados y potestades espirituales angelicales (cf. Ef.

3:10). Eso significa que los ángeles están ávidos por conocer cómo se va desarrollando todo este proceso de la salvación de los elegidos.

Ahora bien, en la actualidad, gran parte de los elegidos estamos morando en esta Tierra; y mientras vivimos en esta esfera terrenal, nos comunicamos con el mundo exterior por medio de nuestro cuerpo mortal; un cuerpo limitado, frágil, expuesto a las debilidades de las enfermedades y de los embates de otras fuerzas adversas. Mientras todavía somos mortales, permitimos que el pecado se aproveche de la debilidad de nuestra carne, de la cual hace parte nuestro cuerpo mortal. En la práctica, esa carne usa la debilidad de nuestro cuerpo mortal para expresar su avasalladora presencia y maldad.

Pero frente a esa situación, existe un contraste. Cuanto más conocemos al Señor y a los indiscutibles fundamentos de la Palabra de Dios, y somos guiados por su poderoso Espíritu, tanto más podemos entender que la victoria total sobre el pecado, es decir, lo que se podría considerar como la perfección impecable en la persona humana, es imposible de lograr mientras el individuo traiga consigo su cuerpo mortal. De manera que los elegidos estamos sujetos a hacerle frente a la vulnerabilidad de esta vida, en el campo de una guerra actual. Los seres humanos en su totalidad, aunque algunos se crean lo contrario, son débiles, vulnerables, inseguros, fáciles de engañar.

Luces y tinieblas entre la verdad y la mentira

Para entender estas cosas con mayor claridad, damos por sentado que el alma humana sobrevive después de la muerte física; es decir, es una realidad la transcendencia del alma y del espíritu; esas dos partes de la persona humana no son consumidas ni desaparecen, no importa si el fallecido haya pasado a la eternidad en la paz de Dios, o enlazado a la angustiosa y terrible

situación de enfrentar los horrores del *Hades*, el mismo lugar en las profundidades de la tierra al que algunos llaman el *infierno*. ¿Por qué puede suceder esto último? Debido a que el espíritu humano sólo recibe vida eterna, la vida increada de Dios, cuando la persona es justificada por la fe mientras mora en esta tierra. Una vez que el espíritu recibe vida eterna, empieza el proceso de la salvación del alma. Claro, la vida final, plena y absoluta, sólo se encuentra en Dios, mediante la obra expiatoria del Señor Jesús en la cruz del Monte de la Calavera.

Es necesario, pues tener plena convicción de que la existencia continúa más allá de la tumba; de manera que la vida en la esfera terrenal consiste sólo en una preparación que definirá nuestra existencia en el futuro, esa misma que jamás acabará. Eso significa que indefectiblemente, en este mundo físico, cada uno va forjando su propio destino en el más allá. Lo que tú decidas con tu vida hoy, bueno o malo, transcenderá en la eternidad.

Además, Dios creó una humanidad donde a cada ser humano se le ha encomendado una misión única y específica que cumplir en su existencia terrena; eso significa que nadie nace por casualidad, y que sea cual sea la persona que nazca en este mundo, carga una responsabilidad moral sobre sus hombros; y para enfrentarla es dotado de las condiciones, recursos, escenarios y medios adecuados. Cada individuo debe descubrir esa misión, y con la luz de Dios, poder cumplirla, para posteriormente dar cuenta de ello. En las páginas sagradas, el Señor Jesús revela interesantes detalles de este asunto; y para ilustrarlo, por ejemplo, narra una historia verídica en el marco de la cultura hebrea antes de que Dios hubiese enviado a su Verbo eterno a que se sometiera a la encarnación y su posterior muerte vicaria en la cruz.

La siguiente es una historia verídica. El escenario de estos sucesos pudo ser la ciudad de Jerusalén, donde, en un conglomerado social de gente refinada y elegante, un hombre potenta-

do moraba en su mansión solariega, rodeado de todas las comodidades, excentricidades y vanidades propias de su estrato social y exigentes gustos. El relato pinta un personaje influyente, heredero, con sus cinco hermanos, poseedores de inmensas fortunas; presuntamente amigos cercanos de altos jerarcas religiosos, reyes, cónsules, banqueros, tanto que se vestía como uno de ellos, de púrpura y lino fino. No sería descabellado conjeturar que este rico pudiese haber fungido como miembro destacado del Sanedrín judío. ¿Por qué no?

Además, su mansión era frecuentada por lo más granado de esa sociedad, como hoy en día los jerarcas purpurados de las más conspicuas religiones del cristianismo nominal, las familias reales europeas y otras castas privilegiadas que deambulan por este veleidoso mundo. Claro, jamás le faltarían las adulaciones de esos agraciados personajes; y, entre otros delicados detalles, le correspondía cada día agasajarlos con opulentos y fastuosos banquetes. Son gentes que, a lo mejor, piensan que han nacido con el derecho divino de ser dueños y señores de la autoridad, del poder, de la felicidad, de la elegancia y de la fortuna; situados por encima de los desdichados y desheredados de este mundo. Sin duda, hay personas que son grandes a los ojos de los hombres, y algunos pueden conjeturar que por ese hecho, también son grandes e importantes a los ojos de Dios. Son ideas osadas, pero, al fin y al cabo, son verdaderas

Pero dicen que no hay dicha completa en esta tierra. Había algo que le atormentaba a este delicado potentado. En su opulenta existencia, había una piedra en el zapato le amargaba la vida; una mosca en la leche le estropeaba su delicado paladar; algo que le arrebataba la paz; que empañaba las fastuosidades de sus banquetes, y hasta le quitaba el sueño. ¿Qué podría ser eso tan desagradable? Era nada menos que la presencia de un asqueroso y maloliente mendigo echado de manera permanente a la puerta de su mansión; en el justo lugar donde precisamente se apeaban de sus lujosos carruajes toda aquella pléyade de gente importante, emperifollada y de delicadas costumbres, todos servidos por lacayos de librea y sus

extravagantes modales. Para colmo, además de desagradarles aquel bochornoso espectáculo, estas personas cultas y refinadas, debían cubrirse las narices evitando percibir los pestilentes olores que despedían las llagas de aquel desafortunado y andrajoso mendigo. ¡Qué horror!

Por el contexto de la narración podemos concluir que aquel pordiosero debió haber importunado y pasado mucho tiempo echado a la puerta de la mansión del rico, pues ya los criados le habían informado hasta el nombre del infeliz. ¿O por ventura él lo conocería desde antaño? Vaya usted a saber. Pero, sí; no había poder humano que lo retirada de la puerta de aquella mansión. Se trataba de Lázaro, el desdichado mendigo. A esas alturas, se habrían cansado de buscar la forma de convencerlo de que se alejara del lugar; que intentara echarse con sus pútridas llagas en otro sitio. Pero Lázaro padecía de mucha hambre, y sabía que allí todos los días celebraban espléndidos banquetes, y la comida era tan abundante, que debían echar a la basura suculentas y adobadas presas de pavo relleno, por decir lo menos. Pero el rico había ordenado que con perentorio rigor no le dieran ni una migaja al desafortunado Lázaro, ni siquiera de la basura; esto con la expresa intención de que se cansara de esperar, y desistiera de importunarlos con su presencia, y decidiera saciar su hambre en otro lugar, si es que lo lograba. O que de un momento a otro sucumbiera por causa de su languidez y de sus llagas.

Entonces, en últimas, ¿por qué Lázaro no se iba a rebuscar comida a otro lugar o en otras puertas? Lo que ignoraba aquel rico es que había una fuerza sobrenatural que se lo impedía. Es posible que ni el mismo Lázaro supiese que estaba allí por designios de Dios. ¿Por designios de Dios? Sí; tal vez, Lázaro ignoraba que su tarea en el mundo consistía en darle la oportunidad a aquel rico a que compartiera sus recursos con mucha gente necesitada de este mundo, empezando por Lázaro; y que ese entusiasmo se lo contagiara a otros ricos del país. Dios, en su misericordia, quería ayudar a aquel adinerado para que se le

ablandara el corazón.

No nos equivocamos al pensar que Dios intentaba que aquel opulento personaje se acercara al mendigo echado a la puerta de su casa, y él mismo le extendiera la mano, y le preguntara su nombre, y le ayudara a levantarse y a aliviar sus penurias. Pudo haberle brindado alojamiento por lo menos en las pesebreras y caballerizas, junto con los animales, y ordenar que alguno de sus criados se ocupase de curarle las heridas. Pudo haberle conseguido algún otro lugar donde le trataran las llagas, e incluso asumir los costos. Pero su egoísmo, elitismo y arrogancia se lo impedía; su corazón se había endurecido. He ahí las murallas que Dios intentaba derribar en el corazón de aquel opulento personaje.

Y el tiempo fue pasando, y nada de eso llegó a acontecer. Por desgracia, el rico le cerró las puertas a Dios. Y en esas condiciones, a ambos les llegó la hora de morir y abandonar para siempre esta esfera terrenal. No es relevante detenernos en los detalles del funeral de cada uno de estos personajes de la historia narrada por el Señor, como tampoco describir el lugar del sepulcro; lo cierto es que ambos despertaron en el Hades, que es el lugar del infra mundo, en las profundidades de la Tierra, donde debían ser trasladados todos los que partiesen de este mundo; sea que lo hubiesen creído a tiempo, o no.

A partir de ese momento, no hubo fuerza que los retuviera en el ámbito terrenal, como tampoco ninguna plegaria, voto, indulgencia, sufragio, sacramento o liturgia religiosa sirvió para cambiar su destino. Cada quien se habría labrado el suyo propio.

La realidad al final del túnel

Es perentorio que aclaremos que antes de la obra redentora de Cristo en la cruz, en las profundidades de la Tierra, el Hades estaba dividido en dos grandes secciones, limitadas por un insondable y estrecho abismo. Una de esas enormes secciones estaba envuelta y saturada de llamas y tormentos, donde no hay

un solo minuto de sosiego; allí fue a parar el rico de esta historia; y la otra, un plácido lugar a la espera de redención, a donde descendían los justos que fallecían, y a donde fue llevado Lázaro por ángeles de Dios. Este amplio sector del Hades era llamado el «seno de Abraham», el padre de la fe.

El asunto es que ambos protagonistas de la historia ya habían dejado el ámbito terrenal, y se encontraban en el Hades, pero ahora en estado desencarnado; no obstante, donde continuaban en buen uso de su conciencia, de su memoria y de su capacidad de razonamiento. En verdad, la vida había sido muy corta; y una vez en esas profundidades, llegó el momento en que tanto el rico como Lázaro se enteraron de la presencia y situación mutua. Se vieron a la distancia. Dios lo quiso así. Sin duda, ambos llegaron a la conclusión de que la riqueza terrenal y la posición social y de poder político y religioso, no le habían garantizado la dicha eterna a aquel personaje tan importante. Al contrario, le habían sido de estorbo; porque, a la final, ya en el ámbito eterno de la existencia, el poder y la opulencia suelen atraer más calamidades que bienestar y felicidad.

Por el contexto, entendemos que aquel rico no había sido del todo ajeno a los asuntos del Dios de los cielos; que en vida había conocido que existía una ley escrita por Moisés que se debía creer y tratar de acatar, pero que voluntariamente había rechazado; o haber puesto en tela de juicio lo relacionado con la revelación divina.

Asimismo, había tenido conocimiento de los rollos escritos por los profetas, donde se anunciaba la venida de un redentor a la Tierra; además, había sido consciente de que había una realidad más allá de lo meramente terrenal; a menos que hubiese pertenecido a la secta de los saduceos, quienes no aceptaban, entre otras cosas, el castigo o las recompensas para los muertos en el día del juicio. Además, y para colmo, los saduceos estaban convencidos de que gozar de amplia prosperidad económica en esta vida terrenal, era prueba incuestionable

de la rectitud moral de una persona, y que por esa causa Dios la bendecía con recursos y posiciones.

No obstante, en el entorno de toda su vida, este rico había soslayado voluntariamente todo lo relacionado con Dios. Por estas razones, le había sido difícil intuir que Lázaro era un siervo de Dios, y que por medio de aquel asqueroso personaje, Dios le estuviese mostrando y alargando su mano misericordiosa. No pudo entender a tiempo el lenguaje de Dios, y al final fue a parar a las llamas del Hades. Pero, ojo, esto no ocurrió por la sola razón de que hubiese sido rico; ni más faltaba, sino porque había optado por vivir apartado de Dios, dándole un equivocado uso a los recursos que Dios había puesto en sus manos.

De manera, pues, que sin duda, el rico había adquirido algún grado de conocimiento de las Escrituras. Por esa razón, al ver a Abraham, supo quién era, y lo que este personaje histórico significaba para el pueblo hebreo. Sabía perfectamente que cuando los patriarcas iban falleciendo, los escritos de Moisés declaran que descendían al Seol a reunirse con sus padres. Por tanto, en esos rollos de Moisés y de los profetas, es posible que pudo haberse enterado de las advertencias acerca del destino futuro de los hombres. ¿Podrá estar ocurriendo eso mismo en los tiempos que vivimos? No te quepa la menor duda. Esta historia tiene cumplimiento en todos los tiempos de la historia de la humanidad.

Por eso, al ver a Abraham y a Lázaro, situados en esa parte iluminada y de espera bienaventurada, aquel desventurado, muy tarde reflexionó sobre su triste situación, que de seguro sería la de sus cinco hermanos que había dejado aun vivos en la esfera terrenal, en sus mismas condiciones de vida, de conceptualización y de pensamiento, si es que no llegaban a arrepentirse a tiempo. Fue cuando, en su desespero, aturdido entre aquellas llamas que arden pero no consumen, olvidando que por años se había negado a socorrer a Lázaro, se atrevió a gritarle a Abraham:

«*Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en estas llamas*».

Los insondables abismos del Hades

El contexto bíblico nos dice que Abraham conocía la vida que este rico había llevado durante su existencia terrenal; pudo haberse enterado por mediación de Lázaro, o por revelación directa de Dios; porque lo curioso es que le contestó: «*Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado.*

Además, por mucho que Abraham, movido a compasión, hubiera querido hacer algo por aquel desdichado y aliviar un poco su triste situación, no le era permitido. Era algo establecido por Dios. Por esa causa, le siguió diciendo: «*Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá*». Esta revelación echa por tierra la errada creencia de que los difuntos tienen algún contacto o comunicación con los vivos, sea a través de psíquicos, apariciones fantasmales o cualquier otro medio; o aquella absurda concepción de que «mi abuelita me cuida desde el cielo».

Aquel desdichado personaje iba tomando conciencia de la deplorable situación hasta donde había llegado; y se acordó de sus hermanos. ¿Cómo ayudarlos; cómo avisarles acerca de lo que les aguardaba? ¿Cómo podemos avisar a esta humanidad sorda y ciega del peligro que le aguarda? Se me ocurre comparar esta situación con la trama de la obra de teatro del absurdo, *Las Sillas*, de Eugenio Ionesco, donde el autor plasma la dificultad y esfuerzo del hombre por comunicarse con los demás.

Bueno, ya en el Hades, el rico se convenció con horror de su incapacidad para comunicarse con sus hermanos, aquellos que

aun gozaban del mismo estilo de vida que él había vivido. De repente se animó a rogarle a voces a Abraham algo al respecto. «*Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento*». Optimista, pensó que si a sus hermanos se les diera la oportunidad de ver con sus propios ojos a Lázaro transformado, tal vez le indagarían sobre la causa de ese proceso, y llegarían a arrepentirse; informándoles de paso su triste fin. En su angustia, el alma de aquel rico preveía que el regreso de Lázaro al mundo de los vivos podría producir un impacto con suficiente poder convincente como para provocar el arrepentimiento de sus hermanos, y, de paso, a quién sabe cuántos más.

Abraham llevaba muchos siglos en aquel lugar, y estaba convencido de que ser conducido hasta allí, era irreversible, y que aquel personaje debía conocer que ya había perdido toda esperanza, como lo declara Dante en su *Divina Comedia*. Y en cuanto a la petición en favor de sus hermanos, «*Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos*». Es decir, todo aquel que no le crea a la Palabra de Dios estando en vida en la esfera terrenal, está perdido. Ante esa respuesta de Abraham, el condenado vio la causa perdida. Por ese motivo, le insistió a Abraham, diciéndole: «*No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.* [31]*Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levantare de los muertos*». Con esa frase, aquel desdichado tácitamente le confesaba: «No, padre Abraham. Yo mismo tuve esa oportunidad en mis manos, y la desprecié. No creí al mensaje de Dios en las Escrituras; no le creí a Moisés, no le creí a los profetas, tal como el pueblo no le creyó al profeta Jeremías, y Jerusalén fue destruida en tiempos de Nabucodonosor; y estoy seguro que mis hermanos tienen esa misma nefasta actitud en su corazón».

En los días que vivimos, el mensaje cristiano de arrepentimiento y de vida eterna, en su fondo es el mismo mensaje que predicaron Moisés y los profetas. Rechazar a Moisés y a los

profetas es rechazar a Cristo, pues ellos se referían al Hijo de Dios encarnado, y a su obra en la cruz. En el estado actual, es rechazar al mensaje del evangelio. Por otro lado, la resurrección de Cristo lejos estuvo de conmover el corazón de los judíos. Se endurecieron de tal manera, que un manto de tinieblas los condujo lejos de Dios; endurecimiento que se ha prolongado por veinte siglos. Ni actos milagrosos tendrán efecto en los que han cerrado sus oídos a las Escrituras. Con pesar en mi corazón lo digo.

Ese personaje, tal vez en compañía de sus cinco hermanos, continúa hoy sufriendo los tormentos de las llamas del Hades; y seguirán allí hasta el día del juicio del gran trono blanco. No así Lázaro. Lázaro no continuaría en el Hades. ¿Por qué? La respuesta la revela la Palabra de Dios. Cuando Cristo expiró en la cruz, mientras estuvo su cuerpo en la sepultura, bajó en espíritu al Hades. ¿A qué descendió a ese lugar? A dos cosas: ***a***) a sacar a todos los justos que estaban en el seno de Abraham, incluyendo a Lázaro, y llevárselos al Paraíso; ***b***) pero «*también fue y predicó a los espíritus encarcelados, [20]los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua*» (1 Pe. 3:19,20).

Pero, ¿por qué aseguramos eso? Porque a partir de la muerte expiatoria de Cristo en la cruz, ningún justo que haya gustado la muerte física, ha descendido al seno de Abraham, en las profundidades de la tierra, sino que hasta hoy han estado ascendiendo al Paraíso, ubicado en el tercer cielo. Es un asunto que lo revela la Palabra de Dios. Por ejemplo, a uno de sus compañeros de crucifixión en el Monte de la Calavera, el que se arrepintió, ese mismo que le dijo: «*Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*», Jesús le aseguró: *«De cierto, de cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc. 23:42,43). Eso significa que el Señor, antes de resucitar visitó tanto al Paraíso

celestial, como también descendió al Hades. Y el apóstol Pablo lo confirma, declarando:

«*Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres.* [9]*Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?* [10]*El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*» (Ef. 4:8-10).

También lo afirma el apóstol Pablo de los que han de participar en la primera resurrección. Todos los santos que hayan muerto, los que están ahora en el Paraíso, todos descenderán del cielo con Jesús en su poderoso regreso a la tierra.

«*Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él*» (1 Ts. 4:14).

2

LOS ESTADIOS DE LA SALVACIÓN

Atreviéndonos a dar un salto exegético, es decir, saliéndonos de los enfoques y esquemas tradicionales de interpretar la obra de Dios en nosotros, queremos enfatizar que nuestra salvación eterna e integral (espíritu, alma y cuerpo) es efectuada por Dios en tres estadios bien diferenciados de nuestra existencia. Sí; sin la menor duda. La Palabra de Dios nos revela que la salvación encierra un pasado, un presente y un futuro. Esto se debe, además de nuestra constitución tripartita, a que Dios tiene un plan de salvación que abarca desde antes de la eternidad pasada hasta la eternidad futura. El apóstol Pablo traza y sintetiza ese plan en Romanos 8:29,30.

«*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.* [30]*Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*».

Sin lugar a dudas, podemos afirmar que ya en el plano de nuestra existencia, y en el buen uso de nuestras facultades inherentes, el progreso de nuestra salvación integral comienza con el arrepentimiento, sigue con la conversión, la regeneración, la santificación, la resurrección y la glorificación.

Conforme nuestra constitución, esos tres estadios de nuestra salvación son los siguientes:

Estadio pasado de la salvación

La salvación del espíritu. Como lo explicamos arriba, en el contexto de Efesios 1:4,5, Pablo había declarado que Dios nos conoció en Cristo antes de la fundación del mundo, y habiéndonos conocido, nos predestinó para que fuésemos santos y sin mancha.

Entonces, ¿quiénes son esos que antes conoció? Se refiere a aquellas personas que Dios eligió por su puro amor desde la eternidad a fin de convertirlos en sus hijos. El caso es que a esos mismos que había conocido, los predestinó para que fueran semejantes a Cristo, y para ello determinó que esas personas, al creer y fueran justificadas, nacieran de nuevo; es decir, experimentaran una regeneración espiritual, llegando a ser moradas del Espíritu Santo.

Esa es la razón por la cual, el Apóstol le escribe a Tito: «*Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres,* ***nos salvó*** (tiempo pasado)*, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo*» (Tit. 3:4,5).

Eso nos indica también que, llegado el tiempo del cumplimiento de estas cosas, Dios nos dio la existencia, y *nos llamó* usando los instrumentos necesarios y eficaces. En esto debemos tener la certeza de que el llamado que Dios nos hace no se refiere a una mera invitación; sino que es un llamado eficaz y transcendental por medio del cual Dios abre nuestro corazón a fin de que podamos oír su voz, tal como lo hizo con Libia, la vendedora de púrpura, en Filipos, la vez que Pablo compartía el mensaje con unas mujeres a la orilla de un río (cf. Hch. 16:14).

El de Dios, no es un llamamiento superficial ni común, sino soberano y tan profundo, que hace que el pecador experimente la necesidad y la convicción de aceptarlo; Dios obra con la eficacia suficiente a fin de que el pecador vea la gravedad y la urgencia de ser trasladado de muerte a vida.

«*Y él* ***os dio vida a vosotros****, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*» (Ef. 2:1).

El paso siguiente es la *justificación*, que es el acto en el que Dios declara que Jesús pagó el precio de nuestra culpa, y recibimos su justicia (2 Co. 5:21).

Estadio presente de la salvación

La salvación del alma. Pero una vez salvos, es necesario que trabajemos en nuestra santificación personal; que es un proceso continuo actual, mediante el cual nos vamos despojando de la vieja persona mundana que éramos.

«*Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia,* ***ocupaos*** (tiempo presente) ***en vuestra salvación*** *con temor y temblor*» (Fil. 2:12). También lo puedes meditar en el contexto de Mateo 16.24.

Estadio futuro de la salvación

La salvación del cuerpo. La salvación real y efectiva del cuerpo humano de los elegidos, tendrá lugar el día de la resurrección de la iglesia, el día del regreso del Señor a la Tierra, en su gloriosa parusía.

Téngase bien presente que después de la resurrección de los redimidos, habrá un juicio de los santos frente al tribunal de Cristo. Frente a ese tribunal «*si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo* ***será salvo*** (tiempo futuro)*, aunque así como por fuego*» (1 Co. 3:15).

Además, en el futuro existirá una última etapa en el plan de Dios de nuestra salvación, que es la glorificación. Nuestra glorificación futura es tan cierta y real, que es formulada en tiempo pasado.

Entonces, podemos intentar registrar la acción de Dios en nuestra salvación integral y tripartita en cuatro etapas principales:

1. *Justificación*. Está relacionada con la salvación del espíritu. Esto ocurrió cuando creímos.

2. *Santificación*. Es un proceso relacionado con la salvación de nuestra alma; ocurre durante el tiempo que estemos viviendo en esta tierra.

3. *Redención*. Está relacionada con la salvación de nuestro cuerpo. Tendrá pleno cumplimiento el día de la resurrección de los santos.

4. *Glorificación*. Está relacionada con nuestra existencia futura con Dios.

Sin descuidar las etapas de nuestra salvación, en este corto trabajo, me anima la intención de enfatizar acerca de la redención, ese estadio de la salvación cuando finaliza en definitiva nuestro nexo físico con esta tierra, con ocasión de la resurrección de los santos, con su transformación corporal inherente. Sin embargo, aclaro que la redención guarda relación tanto con la justificación como con la resurrección.

Simplificando, se puede decir que la salvación tiene cuatro fases; la conversión, la perfección moral, la transformación del cuerpo, mediante la resurrección con ocasión de la segunda venida del Señor Jesucristo, y la existencia en la eternidad con Dios.

A fin de salvarnos, Dios nos ofrece y proporciona muchos y poderosos elementos indispensables, que sin ellos sería imposible llegar a ver su rostro. Por su Espíritu nos convence de pecado, de justicia y de juicio, a fin de que podamos ver nuestra situación depravada y perdida, y podamos tener conciencia de la necesidad que tenemos de salvación; acto seguido nos revela a su Hijo Jesucristo y su obra expiatoria en la cruz, como único medio para poder ser salvos; nos proporciona la fe necesaria para creer y aceptar la eficacia de esa obra expiatoria de Jesús;

nos da el arrepentimiento, ayudándonos a cambiar de modo de pensar y de actuar; nos perdona todos los pecados pasados; nos justifica, nos regenera, nos santifica, nos redime, nos resucita y nos glorifica.

Tienes nombre de que vives

En este punto es indispensable y necesario que tracemos un serio planteamiento en cuanto a la salvación eterna. Algunos exégetas afirman que la salvación que Dios nos da mediante la fe en la obra expiatoria de Cristo, se pierde. Pero, ¿acaso esa afirmación tiene fundamento bíblico? ¿Es tan frágil la salvación que Dios nos da? La Palabra de Dios dice que *«el que cree en el Hijo tiene vida eterna*» (Jn. 3:36). ¿Esa vida es eterna o no lo es? ¿Qué sucede, pues, si un hijo de Dios peca? La Palabra indica que debe arrepentirse. «*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (1 Jn. 1:9). Entonces, ¿en qué momento puede perder su salvación un hijo de Dios?

Analicemos, pues, este asunto, haciendo un poco de historia. Después de mil años de cautiverio babilónico de los hijos de Dios, bajo la gigantesca estructura religioso-política sincretista del Vaticano, a comienzos del siglo 16, ocurrió un hecho coyuntural que Dios usó para sacar a los suyos de esa monstruosa estructura. Para esa época la iglesia católica romana necesitaba de cuantiosos recursos para financiar, entre otras cosas, la famosa Basílica de San Pedro, en Roma; y para ello impulsaron la perversa venta de las indulgencias. Ocurrió en tiempos del papa León X. Esto encendió la chispa para que personas que medianamente conocieran el mensaje del evangelio, como el monje Martín Lutero en Alemania, tuvieran el coraje de enfrentarse a esta aberrante situación. Al principio, la intención era luchar por una verdadera reforma que afectara la moral y las estructuras dogmáticas de esa institución tenida durante siglos por la iglesia de Jesucristo.

Pero lo que en el momento ignoraban es que es imposible llegar a ver el rostro de Dios mediante reformas dentro de las estructuras religiosas, sino mediante el arrepentimiento, un verdadero cambio en la forma de pensar y la transformación profunda en el corazón de las personas. Al verse enfrentado, el papado romano intentó tomar medidas punitivas, dando como resultado que de ese pulpo estructural y sus oscuros lineamientos religiosos, lograra escaparse un importante remanente, quienes lograron conocer que existía la Biblia, que la salvación es un regalo de Dios mediante la obra expiatoria de Cristo, que se recibe por fe mediante el arrepentimiento; no comprando indulgencias ni pagando rezos, por muy sofisticados que se ofrezcan al ignorante pueblo.

Tal vez debido a la milenaria herencia religiosa de donde salían, la *Reforma* (como se le conoce en la historia) resultó en una ortodoxia con visos de muerte espiritual. ¿Qué significa esto? Que a multitudes les faltó la suficiente fuerza espiritual revelacional como para alcanzar la plenitud del nuevo nacimiento en el espíritu. Fue un mover más exterior que un arrepentimiento interior. La comprensión y el entendimiento de la verdad, debe transcender de la cabeza al corazón con poderosa virtud transformadora. Si esto no ocurre, la persona puede pensar que posee vida eterna; que todo está bien, cuando en realidad Dios sabe que esa persona está muerta espiritualmente.

Es más; ocurre un fenómeno que no se puede negar, y es que la mayor parte de los creyentes, nominales o reales, ni siquiera lee la Biblia. Se limitan a escuchar los sermones liberados desde los púlpitos, o por los modernos medios de comunicación; con el agravante de que pueden fácilmente ser alimentados por errores. Y, claro, Dios conoce ese fenómeno.

Hay consenso en que las características de la iglesia en la Reforma están resumidas en la carta apocalíptica a Sardis. En ese contexto dice el Señor: «*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*» (Ap. 3:1).

Al Dios de la gloria no se le escapa nada, y conoce en detalle el testimonio de cada uno; y Él ve que muchos ni siquiera se percatan de que están muertos espiritualmente. A falta de revelación, la prioridad de muchas personas es adquirir riquezas y posiciones; aunque hay unas pocas personas que no han manchado sus vestiduras de santidad con las inmoralidades y perversas inclinaciones del mundo. A esos elegidos, el Señor los anima a que sean vigilantes. «*Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas*» (Ap. 3:4).

Pues bien; conforme el contexto de la carta a Sardis, los nombres de muchas personas ya habían sido escritos en el libro de la vida desde antes de la fundación del mundo, juntamente con los demás escogidos por Dios. Se lo revela el Señor al apóstol Juan. Refiriéndose a los impíos de la última generación, el ángel de Dios le dice al apóstol: «*La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será*» (Ap. 17:8).

Pero conforme las Escrituras, aun los elegidos desde antes de la fundación del mundo, deben usar su voluntad para recibir la salvación que Dios les ofrece. «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*» (Jn. 3:16). En el versículo no dice «para que todos los elegidos no se pierdan», sino « *para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*».Tenga la seguridad de que Dios no le va dar este regalo de la salvación eterna a alguien que no la quiera; la persona debe creer para recibir la vida eterna de Dios.

De manera que ya podemos ir comprendiendo que una persona, aunque sea uno de los elegidos, que no venza sobre

su estado de muerte, su nombre será borrado de ese libro celestial. Dice el Señor: «*El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles*» (Ap. 3:5).

Eso significa claramente que todos aquellos cuyos nombres fueron escritos en el libro de la vida desde antes de la fundación del mundo, tienen la oportunidad de recibir la vida eterna; pero no todos la llegan a recibir. Dios respeta nuestra voluntad y nuestro libre albedrío. Todo aquel que genuinamente confiesa a Cristo y experimenta el nuevo nacimiento espiritual, será verdaderamente reconocido en los cielos, y su gloria no tendrá fin,

«*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*» (Ef. 2:1). Cuando la muerte espiritual es vencida, entonces los nombres de los vencedores no serán borrados del libro de la vida. Todo aquel que recibe la salvación de Dios, la vida eterna, la vida increada, debe estar seguro de que la salvación de Dios es segura y perfecta.

Quienes han creído en Cristo, son de Dios para siempre, porque esos elegidos son «*sellados con el Espíritu Santo de la promesa, [14]que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria*» (Ef. 1;13,14).

3

LA JUSTIFICACIÓN

La interpretación más común entre los eruditos es darle a la palabra *justificación* un significado forense, en el sentido de que la justificación es una declaración de que la persona es situada en una posición correcta ante Dios; como cuando se declara a alguien absuelto de toda culpa en una corte judicial. Pero si la persona resulta ser culpable y confesa de un delito, ¿cómo podrá ocurrir una cosa como esa? Alguien tendría que haber pagado la deuda. Sí, así es. De hecho, eso ya sucedió en el caso de nosotros.

La verdad es que todos somos culpables delante de Dios y su justicia; todos somos reos de muerte, pero de muerte eterna. Entonces, ¿qué hacer? Sólo Dios nos pudo solucionar ese asunto. Pero la justificación, en su connotación bíblica, encierra un significado de mayor alcance que el mero acto forense. Es más que un pronunciamiento formal de inocencia por parte de Dios; pues de ninguna manera se trata de un descorazonado decreto judicial.

El Verbo de Dios, desde antes de la fundación del mundo, aceptó la carga de pagar esa pena por nosotros; es decir, morir en lugar de nosotros; y para ello debía encarnarse y hacerse hombre, pues de otro modo no hubiera podido realizarlo. Recuerda que Dios no muere; debía encarnarse a fin de lograr ese cometido. Y como hombre, el Verbo jamás pecó; por eso pudo cargar con el pecado de nosotros. Sin embargo, una vez llegado a la edad determinada, fue prendido por las autoridades religiosas e imperiales, y sometido a un apresurado juicio

sumario, luego llevado por las calles de Jerusalén hasta el Gólgota, un monte a las afueras de Jerusalén, cargando su propia cruz; después de haber escarnecido al inocente Hijo de Dios, una vez llegados al Monte de la Calavera, lo clavaron al madero; delante de muchos testigos, derramó toda su sangre, y pagó con su muerte para salvar, de entre la humanidad entera, a todos los que creyeran.

El Señor Jesús pagó con su muerte nuestra propia culpa. De manera que es modificada la posición judicial de todo reo de muerte que haya creído en la obra expiatoria del Señor Jesús; entonces la persona, ya arrepentida, es declarada inocente ante Dios; su culpabilidad fue asumida gratuitamente por el Señor Jesucristo. Por la fe en la sangre derramada por el Señor Jesús no hay que pagar ni un centavo. Él pagó el rescate por completo. La justificación es absolutamente gratuita, pues ya fue pagado el precio.

Este hecho histórico no lo cree mucha gente; pero lo declara el apóstol Pablo de un solo plumazo: «*Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*» (Ro. 3:24). Pero el caso es que el fundamento de la justificación no es necesariamente un rígido sistema jurídico como tal, sino que es fruto del amor espontáneo de Dios para con nosotros. Recuérdese que la gracia divina es la bondad espontánea e inmerecida de Dios para con nosotros. De ahí que se puede declarar con toda certeza que ningún ser humano tiene poder para adquirir la justificación o la salvación.

Aspectos del arrepentimiento y perdón de pecados

La justificación, además de su connotación judicial de declaratoria de inocencia al culpable, también implica el perdón de los pecados. «*Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos.* [8]*Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado*» (Ro. 4:7,8).

En la Palabra de Dios encontramos que en el acto de justificación se enfatiza el perdón de los pecados del transgresor. No obstante, la justificación implica más que el mero perdón de pecados. El perdón libera al ofensor de la pena de la ley, pero no afecta necesariamente su personalidad, obrando un cambio íntimo. La justificación posee la fuerza del alcance directo del carácter, pues, mediante un proceso de santificación, su finalidad es hacer del individuo una persona justa. El pecado había cortado la comunión de los hombres con Dios. Es tan alta la santidad y la perfección de Dios, que el pecado levanta una barrera infranqueable entre Dios y los hombres; y el hombre no tiene capacidad para entender este fenómeno. Y lo peor es que las religiones, sobre todo las fundamentadas en sincretismos relacionados con tradiciones cristianas e idolatrías babilónicas, le proveen a la humanidad medios mentirosos de salvación, que coadyuvan a profundizar esta ignorancia, donde muchas veces las personas se apasionan por la apariencia de piedad.

Por otro lado, la conciencia humana se oscurece frente a estos desvíos religiosos, dificultándosele comprender la única verdad de Dios en medio de espesos telones de tinieblas y falsedades, gravedad y perversas consecuencias del pecado que asedia la vida humana. Teniendo en cuenta la eternidad, el pecado ha sido, y seguirá siendo un riesgo insensato; el pecado lo arruina todo. Cuando el pecado empezó a producirle desgracias al hombre, éste fue víctima de enfermedades y miserias; le sobrevino el dolor; fue visitado por las angustias y las tragedias, los odios y codicias llenaron su corazón; y las guerras y las esclavitudes no han parado en la historia.

Y lo peor es que los seres humanos jamás experimentan la necesidad del perdón de sus pecados. Locamente buscan a toda costa dorar la píldora frente a sus desvíos y desafueros. La conciencia suele mostrarle a las personas su perversa condición, no obstante que todo el mundo siempre busca pretextos para justificarse. De manera que al pecado le ha llegado la hora de ser sublimado a lo sumo; y cuando la situación moral de la

sociedad moderna se agravó hasta lograr una temperatura insostenible, entonces han preferido suavizar y explicar al pecado con términos y retóricas de procedencias seudocientíficas e ideologías perversas; y, además, respaldados y legitimados por tergiversados derechos constitucionales. Y es así como han proliferado los apologistas del pecado, y se multiplican los profesionales del ramo; y los psicólogos y sociólogos lo llaman debilidades humanas, traumas ancestrales, inadaptación congénita, desequilibrio del carácter, incomprensiones, respetables inclinaciones sexuales, y derechos jurídicos de hacer con sus vientres y con sus genitales como a bien les parezca.

Pero la designación correcta dada por Dios a todas estas desviaciones y transgresiones, no es otra que «pecado». El pecado no es otra cosa que la transgresión contra la voluntad de Dios; y la voluntad de Dios es siempre la correcta, la saludable. Claro que el perdón de los pecados implica arrepentimiento por parte del hombre. El arrepentimiento no es otra cosa que cambiar de modo de pensar. Adquirir el poder de considerar la estupidez de nuestros actos bochornosos. Si no hay arrepentimiento y perdón de los pecados, no puede haber una justificación legítima y confiable. Dios es más que un juez justo, porque además de Juez, Dios involucra su corazón al perdonar; y con su infinita ternura hace del hombre, objeto de su misericordia.

Además, el perdón es un acto divino que libera al ofensor de la pena de la ley; pero intrínsecamente, no afecta necesariamente la personalidad del pecador perdonado. Es decir, al momento de ser perdonado, su personalidad no experimenta cambio sustancial alguno. Claro, para que una persona sea justificada, antes debe ser perdonada; todo esto delante de Dios debe tener como fundamento la obra expiatoria del Señor Jesús. Ningún pecador es justificado fuera de Cristo, pues en ningún otro nombre hay salvación. Es obvio que una persona arrepentida, perdonada y justificada, a partir de esa hora, debe ir experimentando un cambio moral en sus costumbres.

Pero, ¿qué es el arrepentimiento genuino? Una persona que se arrepienta es porque es consciente de que ha pecado; y en

consecuencia debe ponerle fin a esa situación en la que se ha visto involucrado. El término griego «*metanoeo*» indica un cambio de parecer, pues el sujeto ha percibido que ha pecado; de manera que debe cambiar de opinión y de propósito; la persona debe tomar la decisión de enmendarse a fin de continuar su vida bajo los principios de una nueva moral. El arrepentimiento genuino se entiende como un cambio de alma. El primer paso del cambio del alma es el primer estadio de la conversión; y en ese punto comienza la transformación de la persona a la imagen y naturaleza de Cristo. En el arrepentimiento ocurre en ti un encuentro de lo divino (lo de Dios) y lo humano (lo tuyo); y es cuando en realidad ocurre una transformación moral en ti. El arrepentimiento es mucho más que la mera determinación de hacer el bien; pues el arrepentimiento es el primer paso para llegar a participar en la propia naturaleza moral de Dios. Esa es nuestra meta infinita.

Ilustramos un poco este asunto con una historia narrada por Jesús. En alguna ocasión decía el Señor que el hijo menor de una familia de hace siglos, seguramente que en el escenario de la cultura hebrea, tomó la determinación de independizarse de la autoridad de su padre y de los principios rectores de su hogar. Este joven, en el hervidero de su mente adolescente, ¿lo pensaría serenamente? Es posible que fuese guiado por la firme intención de no regresar al seno de su hogar por el resto de su existencia; y para colmo le pidió a su padre que le entregara la parte que le correspondía como herencia. Se sentía muy capaz de abrirse paso por la vida sin la estorbosa intervención de su padre. Con mucho dolor en su corazón, su padre le entregó esos recursos.

A mucha gente le cae la rasquiña de ser libre, de no depender de nadie, sobre todo en la enigmática edad de la adolescencia. Todo el mundo desea ser el amo de su propia existencia, y cortar con las amarras de todo yugo, real o imaginario; y eso es natural. Se ha derramado ríos de sangre en torno de este tema. Pero pocos se ponen a pensar que la libertad acarrea proble-

mas; y nadie se da por enterado. La libertad, para que sea legítima, tiene sus límites. A menudo, la libertad tiende al desenfreno; eso significa que nadie es libre en su absoluta expresión. Por mucho que consideremos que somos libres, todos necesitamos de algún poder que nos controle. Tú necesitas controlar tu propia libertad. Cuanto más tú mismo te controles y decidas obrar lo correcto, guardando tus límites, cuanto menos vas a necesitar de fuerza alguna externa que te controle; y eso significa que el gobierno civil no necesitará controlarte. Y eso rige para toda la sociedad, empezando por la familia. Claro, debes tener en cuenta que una parte del fruto del Espíritu Santo que obra en un creyente, se llama dominio propio. Tú debes ejercer control sobre tí mismo. ¿Lo sabías?

Volviendo a nuestra historia, una vez creyéndose amo y señor de sus propias decisiones, este soñador incurable salió batiendo sus alas con aires de libertad; pero todos esos sueños no le salieron como los había concebido. Sin duda, nadie puede vivir y prosperar más allá del sometimiento a las normas de la corrección y las responsabilidades.

Como se sabe, antes de la caída, en el entorno del Edén, el hombre vivía bien en esa etapa cuando aun se sometía al gobierno de Dios. Gozaba de la confianza de Dios; y Dios le había dotado de una sabiduría y poder extraordinario, a fin de que llegara a realizar unas tareas que necesitaban ese alto grado de capacidad. Allí lo tenía todo sin restricciones, salvo una; además, había sido creado dotado de libre albedrío para tomar las decisiones que considerara conveniente.

Pero un día escuchó los consejos del líder de la ideología progresista, el genio del mal. Fue convencido de que podría llegar a ser independiente de Dios; incluso que podría llegar a ser como Dios, conociendo el bien y el mal por sus propios medios congénitos; que podría ser inmensamente feliz, con la libertad de tomar sus propias decisiones, y vivir sabroso, como dijo alguien. Ese día, la mordaz serpiente trató a Dios de mentiroso; y le dijo al hombre: «*Seréis como Dios*». ¡Viva la libertad! Pero a la postre, al hombre todo le resultó un desastre.

Perdió contacto, comunión y amistad con Dios; murió espiritualmente, y resultó siendo reo de la justicia de Dios, del mismo Dios que le había prodigado tanta confianza.

El hijo pródigo de la historia, después de haber gastado mucho tiempo dilapidando su vida y su fortuna, de haber quedado en la miseria económica y moral; cuando ya nadie en el mundo le brindaba ni una mirada de compasión; cuando el odio y el desafecto de los hombres lo trataron con desprecio, no encontró otro camino que regresar al seno de su hogar. Y cuando decidió regresar a su casa, no encontró sino a un padre que todos los días había anhelado el regreso de su hijo. De seguro que muchos vecinos lo habían encontrado en los collados y partes altas, avistando el horizonte a ver si por algún camino veía a su hijo regresar sano y salvo al hogar.

Hay algo curioso en todo esto, y es que, a este joven, en esas remotas épocas, no lo convenció el Espíritu Santo (como ocurre ahora), sino la dureza de la vida lejos de su padre y de los suyos. Por eso se animó a regresar; y cuenta la historia del Señor, que aquel joven venía preparando sus propios argumentos; por el camino de regreso no hacía sino cavilar sobre la forma de justificarse y lograr tener entrada a un lugar del que jamás ha debido de haber salido; y de que el padre lo admitiera en el hogar, así fuera en condiciones inferiores a las de su hermano. «Padre, trátame como a uno de tus siervos; pero recíbeme en el hogar. Padre, te he ofendido demasiado; no soy digno de llamarme tu hijo», venía pensando y repitiendo su argumentación.

El padre, al verlo desde lejos, corrió a su encuentro, y lo perdonó, lo justificó y lo vistió de autoridad, colocándolo en lugar privilegiado, como su hijo que era. Pero, hermanos, el hijo, aquel joven que regresaba al hogar paterno, también demostró arrepentimiento; también experimentó un cambio de modo de pensar y de actuar en la vida.

Justificación por la fe

«*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*» (Ro. 5:1). A partir del momento en que creímos, fuimos justificados, y desde ese momento tenemos paz para con Dios y su justicia. Todas las cosas de nuestra vida anterior son enterradas; a partir de ese día, todo en nosotros es hecho nuevo. Somos justificados por la fe; y esa fe que justifica es en sí misma una obra de la gracia de Dios en nosotros.

¿En qué o en quién debemos creer a fin de ser justificados? En el Señor Jesucristo y su obra expiatoria en la cruz en el Monte Calvario, «*el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*» (Ro. 4:25). Jesús fue entregado por nuestras transgresiones, exactamente como lo había prometido Dios en Isaías 53:4,5: «*Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.* [5]*Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*».

En la historia, a los judíos se les ha culpado de la crucifixión del Señor; y no ha sido poca la sangre que ha corrido a causa de ese señalamiento. Pero el propósito original de entregar a Jesús a la muerte no surgió de los judíos, ni de Judas Iscariote, ni del Sanedrín judío, ni de Caifás y Anás, ni de ninguno de sus detractores históricos. La culpabilidad y causa está en cada uno de nosotros los seres humanos; de manera que el Dios soberano, por puro amor, entregó a su propio Hijo a fin de que cumpliera su plan eterno de salvación. Las autoridades imperiales y judías se reunieron para llevar a cabo la voluntad de Dios, aunque ellos no tuvieran conciencia de eso. «*Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel,* [28]*para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera*» (Hch. 4:27-28).

Significa que todo el sufrimiento de Jesús, su cruel crucifixión, no fue fortuito, sino determinado por Dios; lo mismo puede suceder en estos tiempos con nosotros. Dios mismo revistió de poder a Poncio Pilato a fin de que ordenara la crucifixión de Jesús, y muriera por nuestras transgresiones; y al tercer día lo resucitó a fin de que su Siervo justo justificara a muchos (cf. Is. 53:11). Nadie, tanto en los cielos como en la Tierra, dispone de autoridad, excepto que Dios se la haya dado. Cuando el Señor comparecía ante Pilato, éste le dijo al Señor: *«¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?*» Ante lo cual, el Señor le hizo una aclaración a Pilato, diciéndole: «*Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene*» (Jn. 19:10,11).

En el mundo, ese mismo mundo que por antonomasia gira lejos de Dios, allí por naturaleza, estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. Como el resto de la humanidad, éramos reos de muerte eterna. Estábamos perdidos; y lo peor es que no podíamos ser justificados mediante nuestras buenas obras, ni usando los recursos que brindan las religiones sincretistas. Pero Dios se acordó de nosotros, y no nos abandonó a la deriva. Él mismo hizo la provisión entregando a su propio Hijo a la muerte en la cruz. Cuando creímos en Jesús y en su obra expiatoria, en ese mismo instante fuimos justificados; nos arrepentimos delante de Dios, de tal manera que todos nuestros pecados cometidos en nuestra pasada existencia de muerte, fueron perdonados. Téngase en cuenta que el pecado es tratado por la justificación; pero la contaminación del pecado es tratada mediante la santificación.

La vida eterna

Y lo maravilloso es que, al ser declarados inocentes, la justificación de Dios nos proporciona vida eterna. Esto significa que la justificación divina produce vida. «*Así que, como por la*

transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida» (Ro. 5:18).

Hay algo extraordinario en la justificación, y es que no solamente tus pecados te son perdonados y eres declarado inocente y en paz con la justicia divina, sino que además recibes vida eterna. ¿Qué significado inherente conlleva semejante vida eterna? ¿Significará la mera prolongación de la existencia en el más allá? Tengamos claro que toda existencia separada de Dios no es más que muerte, se encuentre en el lugar que se encuentre. De manera que la vida eterna que nos imparte Cristo cuando llegamos a creer y nacer de nuevo, es la misma vida que Cristo tiene; la vida de Dios en tu ser; es decir, tu ser llega a participar de la misma vida de Dios, la vida increada, la vida resucitada de Cristo; es la vida más elevada en la escala ascendente de todas las vidas; de donde emanan todas las demás vidas. Por tanto, podemos asegurar con toda contundencia que esta vida eterna, la divina, en nosotros, es más que la prolongación de la existencia por toda la eternidad. Y esta vida de Dios sólo la reciben los redimidos por la obra del Señor Jesús en la cruz del Calvario.

La justificación es, pues, la puerta amplia a fin de que los elegidos reciban bendiciones de mucha transcendencia, de tal manera que esas bendiciones superan a la justificación en sí. Este asunto se hace evidente para nosotros cuando conocemos la descripción que hace el apóstol Pablo del carácter y cualidades de nuestra vida en Cristo.

Cuando somos justificados, cuando vivimos nuestra justificación, como consecuencia hay paz en nuestro corazón; eso significa que, en nuestra intimidad, no sólo hay armonía y unidad, sino que también hay orden, descanso y equilibrio; también experimentamos bienestar intelectual y espiritual. Ya justificado ante Dios, tú puedes reposar de aquellas agonías del diario vivir lejos de Dios. La base fundamental de nuestra paz con Dios, con las demás personas y con nosotros mismos, no es otra cosa que la aceptación de la obra de Cristo en la cruz a

nuestro favor, reconciliándonos con Dios, pagando nuestra deuda. De manera que la paz, la verdadera paz en tu vida, es una consecuencia de tu justificación.

4

LA SANTIFICACIÓN

Abordar el asunto de la santificación suele resultar complejo y polifacético; pero con la ayuda del Señor lo intentaremos. Una vez que la persona es justificada y nacida de nuevo, sin duda debe experimentar un largo proceso de santificación, que no es otra cosa que una transformación espiritual, que se traduce en un cambio de muchas de sus costumbres y hábitos morales; un ir muriendo a una antigua vida de muerte, oscuridad y desolación. La santificación es la medida preparatoria que necesitamos. Todos aquellos que se inclinan por practicar la santidad, son nacidos de Dios. La santidad està vinculada a la participación en la naturaleza de Dios. Habiendo nacido de nuevo, el camino hacia Dios es la santidad.

Además, la salvación implica mucho más que el mero perdón de los pecados, y una especie de cambio de dirección de domicilio hacia el cielo el día que nos llegue la muerte. Estas son verdades elementales.

Cuando el apóstol Pablo escribió la epístola a los Romanos, en los primeros once capítulos describe la condición caída del hombre; pinta la realidad de una humanidad perdida, y vio que no había ni un solo justo sobre la tierra; luego describe a Cristo como la base y autor de la salvación de Dios, y su plan y resultados de la justificación por la fe en la obra expiatoria de Cristo. Pero al llegar al capítulo 12, hace un llamado a la rendición total del creyente a Dios, haciendo énfasis en que bien vale la pena que presentemos todo nuestro ser en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; que no nos conformemos a este siglo, sino que nos sometamos a una total transformación moral e intrínseca, lo cual se logra por medio de una renovación de

nuestro entendimiento; pues la gente se impresiona y es presa de toda fascinación frente a toda la apariencia de piedad que recibe del mundo religioso. En Cristo no hay apariencias de piedad; la apariencia de piedad puede encubrir y alimentar la soberbia y la prepotencia. Y lo curioso es que el mundo está infestado de líderes religiosos inescrupulosos y ambiciosos, duchos en seducir a las masas con fines egoístas.

De manera que nuestra transformación moral comienza con la renovación de nuestra forma de pensar; y esa renovación debe persistir hasta que lleguemos a pensar diferente a como lo hacíamos en el mundo de pecado. Y algo interesante es que esa santificación en el tiempo presente tiene la virtud de abrirnos desde ya las puertas del reino de los cielos; pero con la salvedad de que esa puerta que nos deja ver y entrar al reino, es estrecha; demasiado estrecha. ¿Por qué es estrecha? Pues, porque es la puerta del sometimiento, de la cruz; tú te sometes voluntariamente a los propósitos de Dios, y para ello debes renunciar a todo lo que sea necesario renunciar. Por así decirlo, nosotros tenemos que darle permiso a Dios para que entre a transformar nuestras vidas. Una vez que esto esté ocurriendo, podremos empezar a ver el reino de Dios. En el reino de los cielos hay un Rey y hay principios a los cuales es necesario someternos. Es un yugo que se toma voluntariamente. Dice el Señor: «*Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*» (Mt. 11:29).

El Señor no anda con rodeos. Él lo aclara, diciendo: «*Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; [14]porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan*» (Mt. 7:13,14). Pero, ¿cuál será esa puerta estrecha y ese camino angosto? Veamos. Con ocasión de que Pedro intentara estorbar la obra expiatoria de Cristo en la cruz, el Señor se dirigió a sus discípulos, y les aclaró este asunto: «*Si alguno quiere venir en pos de*

mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt. 16:24). La negación del propio yo es la puerta estrecha que conduce al reino de los cielos; y el camino estrecho es tomar nuestra propia cruz. Mientras tú vivas en función de tus propios intereses e inclinaciones, sigues entrando por la puerta ancha. Y llevar tu propia cruz cada día, es caminar por una senda de sometimiento a la voluntad de Dios. Cuando somos santificados, en el curso de ese proceso vamos participando de los santos atributos de Dios, tales como su justicia, su amor, su bondad, su amabilidad. Incluso, no puede haber glorificación sin la santificación.

Meditemos en este asunto. El destino de los hijos de Dios sólo puede ser cambiado por ellos mismos. Si uno se aleja de Dios, eso acarrea sus consecuencias. Dios habla, pero es necesario afinar los oídos a fin de escucharlo. Dios nos protege, pero es necesario que nos sometamos a esa protección, que la busquemos, y que la cuidemos. En nuestra relación con Dios, Él está presto a realizar su parte; pero nosotros debemos procurar hacer lo que nos corresponde.

El constantinismo

Por otra parte, cuando se ignora qué es la iglesia propiamente dicha, y cuál es su esfera de vida cuando aun se está en esta tierra, todo puede caer en los enredos de una religión de apariencias piadosas, distanciada de la voluntad de Dios. Por esa razón, antes de entrar en materia respecto de otros tópicos de la santificación propiamente dicha, y la transformación espiritual de los hijos de Dios, se requiere dejar constancia de las raíces históricas de los pretendidos intentos de transformar a la sociedad usando, por un lado, métodos impositivos y coercitivos, y la metodología de la apariencia de piedad, por el otro. La Palabra de Dios nos muestra esas raíces.

En tiempos del emperador romano Constantino el Grande, hubo un matrimonio desigual entre la iglesia y el Estado. ¿Será respaldado por Dios ese enlace entre la iglesia de Cristo y el Estado secular? Ese fenómeno venía ocurriendo en Babilonia

entre los estamentos religiosos satánicos y el trono real, desde las raíces mismas de la civilización.

«*Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y donde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás*» (Ap. 2:12,13).

En los tres primeros siglos de la era de la gracia, la iglesia de Jesucristo era portadora de la santidad y la fuerza del Espíritu Santo; y por esa causa su desarrollo espiritual era lo suficientemente sólido como para salir victoriosa de todos los horrores de la persecución por parte del Estado idólatra. Eran tiempos difíciles para la iglesia, pero en los que aun no se destacaba una élite clerical como tal, ni esas nefastas jerarquías nicolaítas, pues todavía había conciencia de que en el cuerpo de Cristo, todos los creyentes somos sacerdotes por igual. Pero en los albores del siglo IV surge un ataque en extremo engañoso, pues el mismo instrumento maligno que perseguía a la iglesia, se presenta ahora con la apariencia de un portentoso ángel de luz. ¿Qué significa eso? Que el imperio esconde sus garras de león rugiente y sediento de sangre, y, en un gesto de aparente misericordia, le extiende a la iglesia un documento oficial firmado por el emperador Constantino el Grande, el famoso *Edicto de Tolerancia*, del año 313, mediante el cual el Imperio Romano cesa su persecución violenta a la iglesia, dando inicio así a una era de tolerancia y paz religiosa.

Pero el asunto es que esto no paró allí. Este fenómeno resultó siendo sólo el comienzo de una lamentable desgracia. Constantino, impulsado por ambiciones políticas, convencido de que la iglesia era poseedora de un poder indestructible que la guardaba de ser eliminada por medio de la violencia, decidió comprometerse a no continuar persiguiéndola; con seguridad, ofreciéndole dádivas a los obispos y personas responsables de

tomar decisiones en la iglesia; bienes tales como terrenos para edificaciones, algunos antiguos templos paganos; a lo mejor algunos modestos cargos públicos, honores, etc., además de libertad para reunirse para adorar a Dios. Con todo esto, en aras de incrementar su poder político, Constantino fingió que se interesaba con celo por las necesidades de la iglesia, mezclándose paulatinamente en las cuestiones religiosas, pero a la vez impregnándola de la idolatría babilónica, pues Constantino jamás quiso renunciar a su título como sumo pontífice de la religión babilónica. Y, pasados los años, llegó la hora en que Constantino Magno se hizo dueño y señor de la iglesia.

Lo grave es que este asunto ha sido considerado como una gloriosa victoria en la historia eclesiástica; y Constantino ha sido considerado el gran benefactor de la iglesia. Pero la realidad fue otra. Deslumbrada, la iglesia empezó a descender de los lugares celestiales; el Señor la vio morando en la tierra, donde tiene su trono Satanás. Esto no era otra cosa que la preparación para la consumación de un matrimonio espurio y nefasto entre la iglesia y el Estado.

Es necesario que medites en este entuerto. Lo triste y lamentable de todo esto es el hecho de que, además de que cesara la persecución por parte del imperio, que ese mismo imperio pagano le ofreciera abundantes dádivas a la esposa de Cristo, que le extendiera su mano de paz, y la invitara a una unión marital, ese nefasto acontecimiento haya sido considerado un histórico triunfo para la iglesia. Ese matrimonio entre la iglesia y el poder político, se consolidó, con oscuras y sangrientas consecuencias a través de los siglos.

La carta a Pérgamo continúa diciendo: «*Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.* [15]*también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco*» (Ap. 2:14,15).

Ya con su nuevo marido, en la iglesia se fueron conformando determinadas estructuras y confesiones religiosas, de las cuales, la más conspicua es la Iglesia Católica Romana, la cual se encargó de darle continuismo y fundamento a la práctica de esa visión de la política, que saca provecho de la religión, y viceversa. Como si dijéramos que, en una peligrosa amalgama, los políticos se adueñaron de la iglesia, y a su vez, con el devenir del tiempo, los jerarcas religiosos se apoderaron del gobierno del Estado. La iglesia llegó a estructurarse como una gigantesca empresa religiosa, provista de fuertes tentáculos políticos, todo en manos de una pirámide babilónica jerarquizada.

Ha sido tan contundente la unión marital entre la religión y el Estado, que los primeros ocho concilios ecuménicos fueron convocados por el emperador de turno; y para nadie es un secreto el fortalecimiento del poder del cesaropapismo en el medioevo europeo. Redondeando este asunto, se puede hablar de la iglesia antes y después del Concilio de Nicea, del año 325, convocado justamente por Constantino.

Se puede considerar que ese empoderamiento temporal del cristianismo oficializado, trajo amargas consecuencias espirituales, en detrimento del testimonio de la iglesia, pues ésta fue negociando su lealtad a Cristo a cambio de comodidades y preeminencias temporales, prestigio en los estamentos paganos, y otros vicios propios de la sociedad lejos de Dios. Decididamente, la iglesia optó por unirse y comprometerse con el gobierno secular. Así fue tomando posiciones un clericalismo corrupto, elitista, dominante y perverso.

En tiempos de Pérgamo, y en particular bajo el régimen del emperador Teodosio el Grande, comienza a consolidarse la pretensión de querer convertir forzosamente a la sociedad a una fe que desconocían; y esto bajo amenazas y vejaciones, ejerciendo poder político de la mano con el poder religioso. Es decir, todo aquel que discrepe de la religión oficial, se expone a

ser eliminado sin contemplaciones. En definitiva, a la naturaleza humana le seduce el fausto y el poder; y cuando una persona humana o jurídica acumula mucho poder en sus manos, está propensa a que le invada una irresistible tentación de obrar con injusticia.

Analicemos mejor este asunto. Conforme esta cosmovisión, los líderes religiosos pretenden hacer creer que la sociedad cambia, no porque debe haber una transformación en los corazones de las personas, sino porque ellos tienen los resortes del poder, y la imposición de principios morales que la sociedad debe acatar y cumplir; y así el asunto está resuelto; imponiéndoles, incluso, gobernantes que hagan cumplir esos nefastos principios. Y el que no esté de acuerdo con esa determinación, o quien se atreva a discrepar de la cosmovisión impuesta, debe ir a la cárcel o a la hoguera.

Nos atrevemos a reiterar que, por antonomasia, esta cosmovisión del constantinianismo fue asumida y desarrollada sin reservas por el catolicismo romano; pero es una herencia que ha pasado a las toldas de la Reforma desde sus orígenes, con dolorosos ejemplos, como lo sucedido en Suiza en tiempos de Calvino, que no hay para qué traerlos a colación. Y hay mucha gente que, sin conocer los antecedentes históricos, piensa lo mismo. Muchos siguen convencidos de que la sociedad va a cambiar en la medida en que cuente con determinado político que desde arriba tenga la virtud, la ideología y el poder de ejecutarlo. Esto es falso de toda falsedad. Ni el Señor da muestras en su Palabra de actuar de esa manera. La sociedad no cambia mediante decretos, amenazas, cadenas, grilletes, medidas coercitivas, inquisiciones, reformas constitucionales, qué sé yo. A pesar de que todo eso se lleve a cabo, la sociedad se hunde cada vez más en la perversidad y la injusticia.

Ese dominio constantiniano de la religión y sus estructuras, le otorga al sistema un poder omnímodo, tiránico e incuestionable. Y desafortunadamente lo han heredado sectores evangélicos, a tal punto de medrar creando partidos políticos en el seno

de su estructura religiosa, y lanzando candidatos para cargos públicos, y esto en nombre de una fe de dudosa orientación, pero cuyo resultado suele ser nefasto. Pretender someter a la sociedad ejerciendo poder político desde las estructuras religiosas es constantinianismo puro.

Por otro lado, la realidad nos enseña que los destinos de una nación y de la sociedad en general, no se definen necesariamente mediante el sufragio; eligiendo personas dedicadas a la política, con la esperanza de que terminen los males sociales y sobrevengan mejores tiempos. Eso es muy discutible. La iglesia, en particular, debe saber que Dios sana nuestra nación, y nos libra de las calamidades sociales, sólo cuando sus hijos se arrepienten, se humillan delante del Señor, y claman al cielo (cf. Cr. 7:14). Lo demás es puro cuento chino.

En mis tiempos de adolescencia, se me ocurrió preguntarle a un sacerdote católico español, qué era lo que él más deseaba llegar a realizar en su vida. Tal vez una pregunta tonta de un inexperto adolescente. De inmediato y sin rodeos, me respondió: «Darle un abrazo a Francisco Franco». Claro, en ese tiempo, el Generalísimo era, a la sazón, el conspicuo dictador de España, quien se valió del prestigio político del Vaticano a fin adquirir reconocimiento internacional, a cambio de la firma de un Concordato leonino, por medio del cual el catolicismo fue impuesto como la religión oficial del Estado, con pingües beneficios económicos, que resultó en una férrea identidad entre la religión católica y un régimen político de facto.

Con su política de represión, y amenazando con medidas punitivas en aras de la transformación de una sociedad irredenta, las esclarecidas mentes del catolicismo romano pensaban que podían cambiar la moral y las buenas costumbres de la sociedad española; si es que a ellos les importa.

Pero, a la final, el mundo entero se enteró que el efecto había sido todo lo contrario. Cuando se murió el dictador, fueron rotas las cadenas de la represión, y la reacción de la sociedad

española fue a dar a un extremo tan aberrante, que aquel fenómeno fue conocido en el mundo entero como el «destape español». Y hoy en día, España es una de las naciones más indiferentes en materia religiosa del mundo; por no decir que atea en su gran mayoría.

El método de Dios

Pero Dios no suele usar imposiciones. Él sabe que nadie es transformado con medidas coercitivas. Dios siempre dice: «*Todo aquel que quiera; yo quise pero tú no quisiste; si alguno me abre la puerta*». El asunto, lejos de ser por imposición, es una transformación como producto de la salvación divina. El día que es justificada, la persona salvada empieza a ver la luz de Dios, y nace de nuevo en la esfera espiritual, y es convertido en un hijo de Dios, porque Dios viene a morar en su espíritu por el Espíritu Santo. ¿Qué sucederá, entonces, con esa persona? De ahí en adelante empieza un período de santificación, lo que se relaciona íntimamente con una modificación del carácter de la persona que haya creído. Téngase en cuenta que la mera justificación no tiene poder para cambiar el carácter de las personas; ese es un proceso que se inicia a partir de la regeneración.

«*Sois salvos*» (1 Co. 15:2). La salvación es una bendición presente y continua. La salvación puede ser vista como pasada en el sentido de que, con motivo de la conversión, el individuo la adquirió, y ha sido continuada por la presencia del Espíritu Santo (Ef. 1:12-14). Pero la salvación tiene un aspecto presente, y eso se manifiesta en la santificación permanente; lo que produce una transformación moral en el creyente, según cómo se vaya formando la imagen de Cristo en cada uno; y todo nuestro ser va siendo espiritualizado, en la luz de Dios.

Pero una persona puede creer en vano; es decir, puede no ejercer la verdadera fe. Es una triste realidad que abunda en las congregaciones de corte evangélico en cuyas feligresías hay personas que aun no son creyentes. Sobre esto, la palabra de

Dios revela que la mayoría sufre de muerte espiritual; es decir, tienen nombre de que viven, creen que viven, pero están muertas (cf. Ap. 3:1). Muchos ignoran que no tienen vida eterna; otros lo simulan. Esta afirmación es demasiado seria. Con base en sus actividades, sobre todo de tipo piadoso, una persona puede ostentar nombre de que vive; y se lo puede creer y darlo a creer a otros; pero puede estar muerta espiritualmente; y en ese caso su nombre no está registrado en el libro de la vida; o deja de estarlo.

Toda persona sin salvación, sin la menor duda, permanentemente tiene un pie en este mundo y otro en las llamas del Hades; o el infierno, que le llaman. No sucede lo mismo con un hijo de Dios; aunque todo creyente está propenso a caer en pecado. Ahora somos hijos de Dios, pero continuamos siendo pecadores. Pablo dice: «*Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga*» (1 Co. 10:12). La caída de un creyente puede acontecer por un desliz ocasionado por algún grado de perversión moral que persista, o por apostasía. Pero la caída de un hijo de Dios no es aplicable a la eternidad; su transcendencia no es perdurable, pues la seguridad de la salvación de un creyente es absoluta. Entonces, si no hay arrepentimiento, puede estar en peligro de punición temporal.

Transformación del hombre según la imagen de Cristo

La salvación en su verdadera plenitud, es la transformación de la persona según la imagen de Cristo. El hombre fue creado para que compartiera la inmortalidad del Hijo de Dios. El Padre tiene vida en sí mismo (cf. Jn. 5:26), como también la tiene el Señor Jesús; asimismo todos los elegidos, aquellos que son transformados en la imagen de Cristo, reciben esa misma vida de Cristo (cf. Jn. 6:57).

Pero ningún elegido debe estancarse; sino que debe seguir experimentando una poderosa transformación. La transforma-

ción según la imagen de Cristo es un proceso gradual, que requiere una dedicación permanente de nuestro ser, mediante el Espíritu Santo. Todos los ordenados para vida eterna «*somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen* (de Cristo), *como por el Espíritu del Señor*» (2 Co. 3.18). A medida que somos transformados, vamos adquiriendo una visión nueva, en el curso de lo cual vamos viendo asuntos que antes no veíamos; se va perfeccionando nuestra visión del espíritu, y vamos contemplando mejor la gloria exaltada del Señor; y eso indica que la imagen del Señor va siendo implantada en el corazón del creyente.

Tú encárgate de abrirle las puertas de tu alma al Señor, y el Señor se sentirá en libertad de llenar y santificar todo tu ser (cf. Ef. 1:23), pues nosotros, la iglesia, somos la plenitud del Señor; de manera que, a la final, los creyentes transformados a la imagen de Cristo, seremos llevados y elevados muy por encima de los demás seres, incluyendo los principados, las potestades y los dominios.

A medida que somos transformados, hemos de ver con mayor claridad la gran responsabilidad que Dios ha puesto en nuestras manos; como también se nos hace claro que hemos recibido dones y carismas del Señor, y esto con un fin en los propósitos de Dios. Por otro lado, los dones referidos en Efesios 4:11, son otorgados a la comunidad de la iglesia «*a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*»; y esa perfección debe alcanzar el nivel que existe en Cristo; lo cual está lejos de ser una perfección imitada y ceremoniosa.

Nuestra santificación y transformación espiritual, puede tener más claridad para nosotros cuando entendemos que la salvación no puede reducirse al mero perdón de los pecados, lo cual nos direcciona al cielo, según el entender de una extendida esfera religiosa. Es más que ese aspecto. El evangelio de Cristo implica una transformación encaminada a nuestra participación en la naturaleza divina; es decir, que los elegidos han de gozar de la participación del ser esencial de Dios; porque Dios «*nos ha*

dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina» (2 Pe. 1:4).

Los redimidos progresan hasta la gloria más excelsa como algo ineludible; y recuerda siempre que la verdadera esfera de la iglesia de Cristo son los lugares celestiales; sin embargo, aun en los lugares celestiales hay muchos niveles de vida, de gloria y de seres espirituales. Pero Cristo es el gran objetivo de todo aquel que esté siendo transformado; objetivo tanto en la vida terrenal como en las esferas celestiales. No se debe perder ese norte.

A pesar de que el mundo siempre ha estado lleno de religiones y toda suerte de ideologías, todos nosotros estábamos perdidos; pero Cristo, en su encarnación, asumió la naturaleza humana, para «*llevar muchos hijos a la gloria*» (He. 2:10); y en el contexto recalca que para hacerlo, el mismo Cristo debía ser perfeccionado mediante aflicciones. Nadie conocía el camino de la salvación; pero Cristo fue el pionero del camino del regreso a Dios. No tanto fue el pionero, sino que Él mismo fue ese camino, y lo es y lo será para siempre.

Por el poder del Espíritu Santo, el Verbo de Dios se hizo hombre; mediante la encarnación fue transformado en humano; y mediante ese mismo poder realizó sus prodigios. Nosotros ahora somos poseedores de ese mismo poder (cf. Jn. 14:12). Ese poder está a nuestra disposición; ese poder está a nuestro alcance a fin de ser transformados a la imagen del Hijo de Dios.

En definitiva, nuestro progreso espiritual tomará un desarrollo infinito, imparable; pues Dios es infinito, y Él quiere que cada día vayamos logrando la perfección de Él*. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es*» (1 Jn. 3:2).

5

LA REGENERACIÓN DE LOS ELEGIDOS

Nacimiento espiritual

Para entender mejor este vuelo infinito de los elegidos, es necesario que incluyamos algunas notas que nos acerquen al importante tema del nuevo nacimiento, el nacimiento espiritual de toda persona que se arrepiente y por fe reciba la salvación de Dios por medio de la obra del Señor Jesús.

Los elegidos, como todos los humanos, cuando vienen al mundo nacen muertos en el espíritu; es decir, heredan de sus padres el estado de muerte del hombre después de la caída. Pero, por la gracia de Dios, llega el momento en que tienen la oportunidad de conocer su estado de muerte, de arrepentirse y convertirse, creyendo en Dios y en su Hijo Jesucristo, de manera que muchos de ellos, tal vez la mayoría, pasan de muerte a vida, y por el poder del Espíritu Santo, son objeto de un acontecimiento sobrenatural en su intimidad; eso significa que nacen de nuevo. ¿Cómo puede realizarse semejante hecho? Sí, así como nacemos en la familia humana por medio de la concepción y del nacimiento natural, de manera similar nacemos en la familia celestial a través de un nacimiento, pero sobrenatural. Es absolutamente necesario.

El nuevo nacimiento, o regeneración (gr. *palingenesia*; *palin,* de nuevo; *genesis,* nacimiento) es considerado el tema más importante del evangelio, algo así como la necesaria esperanza de toda la humanidad. Es tan importante el asunto de la regeneración, que todos los demás tópicos del evangelio

dependen y se circunscriben a esta revelación en el campo espiritual. La condición perdida de los hombres requiere de la necesidad del nuevo nacimiento; un nacimiento no conocido en este mundo, pues es originado en las alturas celestiales.

Entonces, como lo hemos expuesto, en el momento en que creemos en el Señor Jesús, ocurre en nosotros un nuevo nacimiento; pero ese nuevo nacimiento significa mucho más que la mera conversión. La conversión es sólo uno de los pasos iniciales de todo el proceso de nuestra salvación. Para expresarlo mejor, el nuevo nacimiento abarca todo el proceso de la salvación, incluida la propia glorificación. El nuevo nacimiento tiene como objetivo nuestra participación real en la naturaleza divina. Cuando nacemos de nuevo, el deseo del Señor es que lleguemos a ser perfectos, tal como Él es perfecto. Los hijos de Dios deben procurar la perfección para sí mismos.

Sin duda, el pasaje bíblico por excelencia acerca del nuevo nacimiento es Juan 3.3-5, textualizado en el marco de la conversación del Señor con un doctor de la ley judaica. Veamos el texto central de este tema.

«*Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.* [4]*Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?* [5]*Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*» (Jn. 3.3-5).

Nicodemo era un conspicuo miembro del Sanedrín, el consejo supremo de los judíos. Sin duda, en el seno del Sanedrín no dejaría de haber alguna inquietud por la liberación del yugo romano y por el establecimiento del reino en Israel; y algunos eran conscientes de que el Señor Jesús satisfacía los requerimientos proféticos del auténtico Mesías esperado, pero inclinándose más por los intereses políticos de la nación que por los religiosos. Sì; un miembro de ese supremo concilio llamado

Nicodemo se dispuso visitar al Señor. Es posible que haya determinado visitarlo en busca de información acerca de su mesianismo y del establecimiento del reino; lo haría buscando que el Señor le aclarara todo lo que concernía con esos tópicos; pero el enfoque del Señor Jesús debía centrarse en una realidad más profunda; temas acerca de los cuales Nicodemo carecía de la necesaria luz para entender. Nada tiene de raro que le hablara acerca del amor infinito del Padre para con los hombres, de la condición perdida de los hombres, de la misión especial del Verbo encarnado, del arrepentimiento y la fe en el Cristo de Dios como condición para la salvación eterna, de la necesidad del nuevo nacimiento espiritual, de la obra del Espíritu Santo en la dispensación que se iniciaba, del reino de Dios y de la vida eterna; pero observa que el énfasis de todas estas doctrinas guarda íntima relación con la regeneración, a fin de poder ver y entrar en el reino de Dios.

Es curioso el hecho de que Nicodemo prefiriera hablar con Jesús en las horas de la noche. ¿Qué razones tendría? No lo podemos establecer con exactitud; pero lo más acertado es que Nicodemo prefiriera evitar cualquier comentario de sus compañeros del Sanedrín. Se debe tener en cuenta que en este cuerpo político religioso aun no tendrían clara la identidad de Jesús de Nazaret, ni con qué autoridad estaba investido. De todos modos, aquellos integrantes del Sanedrín que llegaron a creer en Jesús, no lo confesaban delante de los hombres por causa de posibles retaliaciones por parte de los fariseos. No obstante, es innegable que no faltan personas que se acercan a Jesús en procura de luz para sus almas; incluso, eclesiásticos; tal vez pocos, pero los hay.

A Nicodemo le abonamos a su favor el hecho de que, a pesar de ser un maestro de Israel, un doctor en su religión judaica, en su conversación con el Señor Jesús logró mantener una actitud receptiva, tanto que le abrió las puertas de su corazón a la revelación divina, a la verdadera sabiduría de parte del enviado de Dios; ese mismo ser que nos trajo aire fresco del cielo. La Palabra confirma de esa conversión en otros textos.

En el Sanedrín, como en todos los círculos importantes de la sociedad judía, primaba la esperanza de que el Mesías prometido vendría a restaurar el reino en Israel; y con esa premisa Nicodemo vino a visitar al Señor Jesús. No estamos seguros si Nicodemo tendría alguna idea del reino de los cielos en sí. El asunto es que en Juan 3:3-5 apenas encontramos una versión condensada de la conversación entre el Señor Jesús y Nicodemo, que indudablemente giró en torno del reino de los cielos; pero esa versión condensada lo explica todo. Aquellos eran tiempos en que el pueblo judío anhelaba la liberación del dominio romano. Lo que no esperaba Nicodemo era que Dios, en primera instancia, no estaba interesado en liberarlos del dominio romano, sino que su misión era liberar al ser humano, no necesariamente del poder imperial, sino de la esclavitud de pecado y de la muerte, y esto mediante la salvación de su alma. De esa esclavitud no se preocupa nadie, pues muy pocos la conocen.

Nicodemo ignoraba que al momento de nuestra regeneración, es inoculada en nosotros la simiente, no de una religión de apariencia externa, sino del nuevo hombre; pero esa nueva criatura debe desarrollar las características y atributos del Señor Jesús. A medida que vamos siendo santificados, gradualmente en nuestra alma va tomando forma el nuevo hombre. Claro, el perfeccionamiento de ese nuevo hombre continuará en la eternidad futura, aunque jamás llegará a su fin. Finalmente somos nacidos en un nuevo reino, el reino de Dios; esfera donde Dios quiere que seamos convertidos en un nuevo tipo de seres; es decir, personas espirituales altamente exaltadas; dotados de una estatura de vida incluso superior a la de los ángeles; a lo que llegamos a ser solo con el poder de Dios.

Mientras continuamos viviendo en este cuerpo y en esta tierra, la humanidad está sujeta bajo el yugo de un siniestro reino de las tinieblas, a la par que desconoce que existe el reino de los cielos, de luz y de justicia; o que lo conoce de oídas, con un conocimiento muy distorsionado. Pero al reino de los cielos

nadie lo puede ver, así como tampoco puede entrar en él, a menos que pase por la experiencia de la regeneración sobrenatural; es decir, que nazca de nuevo, que nazca a una esfera de existencia sobrenatural, espiritual y celestial.

¿Por qué estaba Nicodemo interesado en hablar con el Señor en torno del reino de Dios? ¿Acaso habría tenido noticias de la predicación de Juan el Bautista cuando conminaba a la sociedad a arrepentirse ante la inminencia de la manifestación del reino de Dios? ¿Tendría Nicodemo, en primera instancia, motivaciones meramente religiosas, o más que todo con énfasis en el terreno político? Sí, es vendad que ha de establecerse el reino de los cielos, que también será manifestado en la esfera política; pero será una realidad que se concretará al final de la presente era; es decir, en el milenio escatológico.

El reino de Dios no es de este mundo

En este contexto cultural, aquellos contradictores que a la sazón ocupaban altas dignidades en el poder político religioso, acusaron al Señor de sedicioso. Además, similar preocupación en torno del restablecimiento de reino en Israel la tenían los discípulos del Señor, tanto que veían que el Señor ya estaba a punto de ascender a los cielos, sin que se hubiera dado ese hecho. «*Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*» (Hch. 1.6).

Ya ad portas de su crucifixión, cuando el Señor Jesús compareció ante Pilato, por causa de las acusaciones de los judíos, el procurador romano le preguntó: «*¿Eres tú Rey de los judíos?*» Como respuesta, el Señor no le negó que fuese rey, y le afirmó que para eso Él había nacido; con la salvedad de que el Señor le enfatizó, diciéndole: «*Mi reino no es de este mundo*» (cf. Jn. 18:33-37) Con esa respuesta, el Señor le confirmaba que los judíos se basaban en premisas falsas en la interpretación tergiversada de las profecías. Entonces, siendo que el reino de Dios no es de este mundo, es apenas lógico que los que

participan de esta era actual, no lo pueden ver, ni mucho menos entrar y hacer parte de él; a menos que ocurra algo sobrenatural en la intimidad de su ser. ¿Como qué? Que se conviertan en nuevas criaturas mediante un nuevo nacimiento; y como consecuencia participar de una nueva esencia superior a la meramente humana. Ocurrido ese nuevo nacimiento, el Señor asegura que el reino de Dios es una dimensión celestial. Sì, una dimensión habitada únicamente por seres humanos renacidos, transformados e inmortales, además de los seres celestiales creados por Dios para fines celestiales.

La persona se arrepiente de sus pecados y cree en la obra salvadora del Señor Jesucristo; entonces, como consecuencia, en su corazón ocurre un fenómeno sobrenatural; es decir, por la acción del Espíritu Santo es creado en su intimidad un nuevo ser; ocurre una nueva creación (cf. 2 Co. 5:17), que es definido como un nuevo nacimiento, la regeneración; que no es otra cosa que un estado metafísico del ser humano.

La operación del Espíritu Santo en el individuo que se arrepiente y cree, comienza con la regeneración, y va transformando al individuo interiormente hasta que sea formado en él la imagen de Cristo. Es un lavamiento enteramente espiritual, del cual el bautismo puede ser un símbolo externo. Al respecto, declara el apóstol Pablo:

«...*nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo*» (Tito 3.5).

«...*para santificarla* (a la iglesia), *habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra*» (Ef. 5:26).

La regeneración está lejos de ser un mero cambio de posición social externa, tal como lo concebían los judíos; pues para ellos era tan simple como pasar de ser un mero gentil a prosélito del judaísmo. Esa figura nos lleva a recapacitar ubicándonos en el campo del cristianismo, donde se pudiera catalogar la posición de ser hijos de Dios con la condición de ser miembros de una

denominación religiosa determinada. Entonces, replanteando el asunto, de sostener esta posición, para tales personas no parece digno de consideración de si ha ocurrido una verdadera transformación espiritual en el individuo. La verdad es que si la persona no ha experimentado algún tipo de renovación espiritual, un nuevo nacimiento, no hace parte de la iglesia del Señor Jesucristo, que es su cuerpo místico.

De manera que el nuevo nacimiento espiritual no debe confundirse con alguna mera reforma moral en la gente; aunque ese nuevo nacimiento debe traducirse en una verdadera transformación moral de los hijos de Dios; sus costumbres ya no pueden seguir siendo las mismas de ayer.

Arrepentimiento y fe engendran conversión

Sin duda, la conversión es un acto divino, pero requiere la cooperación del libre albedrío del individuo; de manera que es un acto tanto divino como humano: eso significa que en la conversión funcionan dos voluntades, la divina y la humana. Además, la regeneración también incluye tanto la santificación como la justificación. No obstante, debemos aclarar que la conversión no debe confundirse con la regeneración. La conversión del individuo es anterior a su regeneración. La conversión en sí misma es apenas una parte del nuevo nacimiento. Mediante la conversión, el alma regresa a Dios; el individuo abandona el camino de muerte por la senda de la vida; es convertirse de los ídolos a Dios (cf. 1 Ts. 1.9). La conversión es producto del ejercicio del arrepentimiento y la fe. El arrepentimiento es un cambio de modo de pensar y disponer el corazón hacia Dios; y la fe significa confianza en la Palabra de Dios y en su Cristo.

El nuevo nacimiento genera una fe especial y una nueva espiritualidad. ¿Por què? Porque lleva a los convertidos a una conciencia mucho más profunda de la presencia de Cristo; y esto se debe a que su entendimiento va siendo renovado, lo que

conduce al hijo de Dios a llegar a tener la mente de Cristo (cf. 1 Co. 2.16).

Imagínate la naturaleza humana caída; lo que antes pensábamos y cómo nos conducíamos. En la regeneración, el Espíritu Santo debe usar una acción drástica a fin de llevar al individuo a una nueva perspectiva de la existencia y una nueva naturaleza psicológica; como el bebé que se desarrolla, es una labor permanente hasta conducir a esa nueva creación a la santidad perfecta, mientras el elegido va perfeccionando su participación en la naturaleza divina.

Entonces, no se trata de una simple salvación por haber creído, sino que el regenerado finalmente nace perfectamente de nuevo en los lugares celestiales; es, pues, llevado a la gloria, así como es dotado de un corazón diferente, puro.

Pero la respuesta del Señor al doctor de la ley no pudo ser más enfática, resaltando la necesidad de un nuevo nacimiento. De seguro que Nicodemo por poco queda en ascuas, al escuchar que para entender qué es el reino de Dios hay que experimentar un nacimiento de naturaleza espiritual. Y es que otra información para Nicodemo hubiera sido innecesaria e infructuosa. Si este maestro quería entender acerca del reino de los cielos, le era necesario cambiar radicalmente el rumbo de su vida. ¿Cómo? Naciendo de lo alto.

En la salvación somos lavados de toda la suciedad que arrastramos en nuestra pasada manera de vivir; pero también hay una regeneración; todo esta acción de Dios va acompañad con un cambio en nuestras inclinaciones y actitudes animadas en lo más profundo del ser humano; y esto sólo puede ocurrir, no mediante ritos externos propios de las religiones, incluyendo la judaica, sino un nuevo nacimiento cuyo origen no es humano sino de la voluntad de Dios, donde se destaca la actividad sobrenatural del Espíritu Santo. «*Los hijos de Dios no son engendrados, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*» (Jn. 1.13).

Digamos, pues, que mediante el nuevo nacimiento, el individuo va siendo transferido de un estado de muerte y de contaminación, con una mente corrupta, a una esfera de santidad y vida, pues ya es convertido en una nueva creación; es cuando se inicia una nueva vida en el creyente. El nuevo nacimiento tiene la fuerza de ayudarnos a construir un consenso de identidad como hijos de Dios.

6

LA REDENCIÓN

Este punto constituye el momento culminante de la salvación propiamente dicha, la redención de los elegidos. *Redención* es el precio pagado por la compra de un esclavo, o por la liberación de una persona cautiva, o por alguien a quien hayan secuestrado, haciéndolo libre mediante el pago de un rescate. De manera que, en el caso de los elegidos, cumpliendo las exigencias de la redención, los ordenados para recibir la salvación eterna, son liberados del pecado y de su poder de la muerte mediante el pago de un precio. ¿Quién lo podría pagar? Sólo Dios encarnado en un hombre que jamás hubiese pecado. Por ese motivo, el precio de nuestra redención fue pagado por el Señor Jesús con su muerte en la cruz del Monte Calvario.

En las ciudades griegas de la antigüedad, a la plaza pública de cada urbe le llamaban *ágora*; y en esos tiempos de esclarecidas mentes filosóficas, en cada ágora también dispondrían de un lugar específico para comerciar con esclavos. Llegarían los compradores de esclavos y ejecutarían un *agorazo*; es decir, pagarían un precio a fin de redimir los esclavos que les interesara. Pero ellos no dejarían a esos esclavos en el ágora; los sacarían de allí, ejecutando, entonces, un *exagorazo*; es decir, los sacarían del ágora, sea para dejarlos libres o para hacerlos sus siervos (*doulos*).

Eso mismo hizo Dios con nosotros en esta gran ágora de la Tierra. Envió a su Hijo a pagar el precio para librarnos de la esclavitud del pecado y del maligno, y nos sacó de la esfera del ágora terrenal. Ahora nosotros no somos esclavos terrenales de

nadie. Somos libres de esas antiguas cadenas. A partir del momento en que fuimos rescatados, pertenecemos al reino de los cielos. Ahora somos siervos del Señor Jesús. Pero, ¿cuándo nos sacará el Señor definitiva e integralmente de esta esfera? Esa respuesta la tenemos en la presente sección de este trabajo. Es con sumo placer y agradecimiento que mencionamos que los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos apocalípticos, alrededor del trono de Dios, *ad portas* de los acontecimientos que precederán a la parusía de Cristo, «*cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre los has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación*» (Ap. 5:9).

Hay algo curioso en todo esto, y es que deambulan algunos esclavos del pecado que, desechando la obra expiatoria de la cruz de Cristo, intentan liberarse ellos mismos; es decir, pagando ellos mismos el precio. ¿Cómo piensan que lo pagarían? Pretendiendo que pueden cumplir la ley para justificarse (favor lee Ro. 3:28). Eso indica que ya se encuentran bajo maldición, pues a ellos mismos les es imposible pagar ese precio; de otra manera, Cristo no hubiera tenido la necesidad de pagar el rescate por nosotros. «*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)*» (Gá. 3:13).

Los judíos en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, la vez que los apóstoles Pablo y Bernabé les testificaban, como respuesta ellos les rebatían, controvirtiendo sus argumentos, y blasfemando. Aquellos engreídos religiosos menospreciaron la palabra de salvación; ante lo cual, los apóstoles abandonaron la sinagoga y se volvieron a los gentiles. Y a continuación la Palabra de Dios revela la siguiente contundente declaración: «*Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna*» (Hch. 13:48). Este controvertido versículo plantea una de las más grandes verdades enigmáticas que podamos encontrar en

las Escrituras, donde coinciden la soberana elección de Dios y la responsabilidad humana, pues plantea que creyeron (la decisión humana) todos los que estaban ordenados (la voluntad de Dios) para vida eterna.

Romanos 3:25 señala a la gracia divina como la causa de la redención. ¿Por qué? Porque Dios mismo, en su misericordia infinita, conociendo nuestra imposibilidad para salvarnos, entregó a su propio Hijo, a Cristo Jesús, como propiciación; que vertiera su propia sangre y ofrendara su vida, a fin de satisfacer la justicia de Dios, que nos señalaba como reos de muerte eterna.

Esto nos lleva a la conclusión de que la redención se relaciona estrechamente con la justificación. La Palabra de Dios nos asegura que «*estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira*» (Ro. 5:9), donde también se nos habla de una justificación pasada y de una salvación futura; ya que Cristo obtuvo la justificación para los pecadores arrepentidos, con mucha mayor razón los protegerá, siendo justificados, al no permitir que se pierdan eternamente. Entonces, cuando ocurra la resurrección de nuestro cuerpo, que es el momento culminante de nuestra redención, con ocasión de la parusía de Cristo, se completará todo el ciclo de la salvación; y seremos liberados de la mortalidad pecaminosa. Ese día seremos sacados definitivamente de la esfera de esta ágora terrenal.

La redención tiene un aspecto fuertemente escatológico; es decir, que tendrá su culminante y completo cumplimiento al final de los tiempos. En la Biblia existen textos que se refieren a esa parte de la redención que tendrá lugar en los últimos días, cuando ocurra la segunda venida de Cristo; ese día tendrá lugar la redención de nuestro cuerpo. Dice Pablo que «*nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo*» (Ro. 8:23).

Eso nos garantiza que los cuerpos de todos los redimidos de todos los tiempos, incluyendo el del apóstol Pablo, serán extraídos de donde se encuentren, y serán transformados y redimidos. No importa que estén convertidos en átomos; Dios sabe dónde encontrarlos y reunirlos. Todos los redimidos que hayan gustado la muerte biológica, y que en el momento en que el Señor Jesucristo emprenda su regreso a la tierra, estén en el paraíso, el Señor los traerá a la tierra a fin de completar la redención y resucitarlos, juntamente con los que estén en la tierra esperando ese glorioso momento, como lo explicaremos más adelante.

Estado intermedio de desnudez

La resurrección es el evento escatológico que traerá toda la realidad celestial al hombre redimido. El apóstol Pablo plantea el asunto de la resurrección desde todos los ángulos; e incluso trata sobre el tema del estado intermedio de los santos, el de la desnudez temporal.

«Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos» (2 Co. 5:1).

Frente a esto es necesario aclarar que todo hijo de Dios, excepto los de la última generación al momento de la parusía de Cristo, tendrá que afrontar una desnudez temporal, una situación intermedia entre la muerte del cuerpo y su posterior resurrección. ¿Qué significa esto? Significa que mientras vivimos en esta Tierra, estamos morando en un cuerpo mortal, una vivienda precaria, como los tabernáculos que los hebreos debieron usar en el curso de su travesía por el desierto, mientras avanzaban hacia la tierra prometida. Eran moradas rústicas y deficientes, hasta que llegaron a la tierra prometida, donde habitaron en casas cómodas y confortables. Eso ocurrirá con nosotros a partir del día de nuestra resurrección.

Pero en cualquier momento, por causa de la muerte biológica, nuestra actual morada terrestre, el cuerpo, puede fallar y

deshacerse, y quedaríamos desnudos en las aturas del paraíso por un tiempo indeterminado. Por esa causa, el creyente espera de los cielos la casa espiritual eterna, la que reemplazará al tabernáculo actual.

«*Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial;* [3]*pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos.* [4]*Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida*» (2 Co. 5:2-4).

¿Cuánto podrá durar esa desnudez durante la espera en el Paraíso? Todo el tiempo en que los santos esperen su resurrección. Luego, el Señor, con motivo de su regreso, reunirá todas las partículas de nuestro cuerpo desecho, lo revivirá y lo transformará en un cuerpo celestial, en la resurrección. Es cuando el cuerpo vivificado se unirá al alma y al espíritu, y la persona dejará de estar desnuda. Eso nos asegura que los elegidos seremos revestidos con una habitación celestial, dotada de características y poderes sobrenaturales.

La resurrección de los elegidos

Sobre la resurrección y transformación corporal de la iglesia, hay cuatro contextos muy interesantes, que son: El capítulo 15 de 1 Corintios; 2 Co. 5:1-10; 1 Ts. 4:13-18 y Mt. 24:29-31; esta última cita en el contexto de lo que llaman *el pequeño apocalipsis*. Existen otros textos sagrados importantes, pero si tenemos la necesaria revelación espiritual, éstos son suficientes para convencernos de que seremos resucitados; que para ser resucitados, nuestros cuerpos mortales serán transformados; que después que hayamos muerto, nuestra alma no estará desnuda para siempre, así como del momento apoteósico de la resurrección de los santos, que será con ocasión de la gloriosa venida del Señor Jesucristo; no antes ni después.

Las Escrituras registran el hecho histórico que Jesús de Nazaret murió por nuestros pecados, tal como lo había dispuesto Dios desde la eternidad; y su cuerpo fue sepultado. Pero al tercer día fue levantado de entre los muertos. Su cuerpo mortal no quedó en esa tumba asignada por José de Arimatea. Allí no lo encontró María Magdalena, ni los apóstoles, ni los soldados que habían estado de guardias. El cuerpo mortal del Señor Jesucristo fue vivificado y transformado en un cuerpo celestial, y unido a su espíritu y a su alma; y ese hecho portentoso de la resurrección corporal de Cristo, es el centro de la fe cristiana. El Señor, con toda autoridad, había dicho: «*Yo soy la resurrección y la vida*» (Jn. 11:25).

De manera que la resurrección del Señor Jesús nos garantiza que también nosotros resucitaremos; y que ninguno de nuestros cuerpos quedará en la tumba, ni en el mar, ni en las cenizas de las hogueras de la inquisición; y ese portentoso acontecimiento ocurrirá el día de su glorioso regreso a la Tierra. Ni un día antes, pero tampoco un día después.

La resurrección de Cristo, y nuestra propia resurrección, es una destacada verdad doctrinal del Evangelio; porque si el Señor Jesucristo no hubiese resucitado, nosotros tampoco resucitaríamos; entonces todo esto no tendría sentido. Es hora de que los hijos de Dios tengamos la suficiente convicción de que cuando creímos y fuimos justificados, empezamos a ser herederos de la promesa de que Dios, quien usando el mismo poder con que resucitó a Jesucristo, también nos resucitará a nosotros en el día del Señor. Dios es infinitamente poderoso; y esa omnipotencia, que es el máximo poder del universo, se manifiesta al servicio de su plan, al tener con Él a sus hijos resucitados.

En las páginas del Nuevo Testamento, la resurrección alude a la manifestación del poder de Dios; pero para llegar a participar del despliegue integral de ese portentoso poder, es necesario transitar antes por un camino estrecho, de santificación, de renuncia personal, de negación, de lucha. ¿Por qué lo decimos de esa manera? Porque ciertamente se necesita un gran poder

sobrenatural para salvar y transformar un alma, resucitarla y glorificarla; y ese poder solamente lo posee Dios.

Continuidad de la personalidad humana

Observemos, pues, que lo que está en foco es que la «*personalidad humana completa*» será restaurada al tipo de una existencia constante y permanente de «cuerpo, alma y espíritu»; pero donde el cuerpo no será material, ni susceptible al deterioro, a la enfermedad y al cansancio. Tendremos un «cuerpo espiritual», dotado de poderes y características superiores, que servirá al alma, en su nuevo entorno celestial. Pensamos que este nuevo cuerpo no será de constitución atómica, al menos según la definición actual del átomo.

Cada ser humano es distinguido por una individualidad única. ¿Qué pasará con nuestra actual personalidad e individualidad? En la resurrección, será preservada nuestra personalidad individual; es decir, gozará de una continuidad, pero en niveles superiores de perfección. El alma garantiza la continuidad de la personalidad de cada creyente. Y eso lo observamos en el marco del tribunal de Cristo, donde cada persona redimida tendrá que dar cuenta de su conducta en esta tierra; claro, ya en nuestra condición y responsabilidad de hijos de Dios. Mientras vivimos en este cuerpo físico, todas nuestras células van muriendo, degenerándose; pero las características fundamentales de nuestra persona siguen siendo las mismas.

Sí, la presencia permanente del Espíritu Santo en la vida de la iglesia nos garantiza que existe un vasto poder espiritual que puede realizar milagros de perfección en la personalidad humana, santificándola. Por otro lado, el mismo Espíritu que habita en el creyente es aquel que también levantó el cuerpo muerto de Jesús, haciéndolo resurgir ya dotado de una nueva vida; y por ese poder, la muerte física fue totalmente superada. La presencia del Espíritu Santo, por lo tanto, habla de la vida,

independientemente de si se refiere a la vida del alma o la vida del cuerpo. En esto encontramos una doctrina típica del Nuevo Testamento, a saber, que la «restauración» de la personalidad humana se extiende a su totalidad e integralidad, es decir, al cuerpo, al alma y al espíritu.

El hombre es un ser espiritual por creación; pero la persona que experimenta el nuevo nacimiento por el poder del Espíritu, es dotada de un poder celestial; entonces, ese poder, que continúa residiendo en el creyente, garantiza la restauración completa y la glorificación de la personalidad humana en su totalidad, involucrando el cuerpo, el alma y el espíritu del creyente. Desde el momento en que la persona cree, en ella empieza a operar una poderosa restauración y glorificación, que ya tienen efectos en la presente era. Esto se debe a que el cuerpo, que alguna vez fue el vehículo del pecado, ahora puede convertirse incluso en el vehículo del principio de justicia. Por lo tanto, esta restauración integral de nuestro ser, tiene un aspecto que opera en el tiempo presente y otro aspecto que se hará realidad en el futuro; y la realidad presente es la garantía de la futura resurrección literal.

Entonces, ¿qué papel desempeña nuestro actual cuerpo mortal en todo esto? Aunque nuestro cuerpo mortal no será el vehículo para la edad venidera, pues será desecho, sin embargo, Dios nos garantiza una transformación poderosa de ese cuerpo; lo que repercutirá en una restauración completa de nuestro ser. Y este evento tendrá lugar en el momento en que aparezca el Señor en las alturas, y los muertos en Cristo, los que vienen del Paraíso, desciendan a esta tierra y resuciten con poder, junto con la generación de elegidos que aun no haya gustado la muerte biológica. Ese hecho revertirá por completo todos los efectos malignos del pecado sobre la personalidad humana, cuando el alma tenga como vehículo de expresión un cuerpo glorificado.

Cuando creímos, nuestra salvación se hizo efectiva cuando el Espíritu Santo entró a morar en nuestro espíritu, con todo lo que ese hecho repercute. De manera que podemos entender

que el Espíritu Santo es el agente de la redención de toda la personalidad humana, así como fue el agente de la resurrección del cuerpo físico de Jesús. Y su presencia permanente en el creyente es la garantía de todo este proceso, y que finalmente se logrará en victoria. Es el poder divino, por lo tanto, lo que asegura esto para los redimidos.

Cristo, las primicias de la resurrección

Una de las fuerzas que subyacen en la justificación es el poder de la resurrección; se trata de un poder espiritual que convierte al hombre en un ser justo. Nuestra poderosa resurrección está garantizada por la resurrección del Señor Jesucristo, la cual constituye la primicia de la futura resurrección de toda la iglesia, el día que Él regrese a la tierra y traiga con Él a todos los redimidos que hayan muerto. «*Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho*» (1 Co. 15:20). Cristo es, pues, el primogénito de entre los muertos; y nuestra resurrección está garantizada debido a que ahora nosotros tenemos la misma naturaleza de Cristo, que es la cabeza. Cuando los hebreos llevaban las primicias al templo, aquella gavilla de los primeros frutos, poseía exactamente la misma esencia e identidad del resto de la cosecha. Cristo es esa primera gavilla que garantiza la resurrección de toda la cosecha.

Cuando Cristo resucitó se convirtió en la primicia de la vida espiritual que ha de venir cuando sean manifestados los hijos de Dios. En verdad, Él inauguró una nueva raza; y esto tendrá su plenitud cuando se produzca la venida del Señor. «*Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo,* ***en su venida***» (1 Co. 15:23).

Quienes hacemos parte de esta nueva raza, la de los hijos de Dios, antes de conocer al Señor Jesucristo, estábamos muertos en nuestros delitos y pecados; pero al recibir la vida de Dios por

medio de nuestro Señor Jesucristo, eso significa que espiritualmente hemos resucitado; y esa resurrección del espíritu conlleva una significación más allá que la simple salvación, pues constituye realmente la primera parte del proceso de nuestra resurrección integral. Pablo dice que la primera etapa de nuestra resurrección ya comenzó, pues nuestro espíritu, que estaba muerto, recibió vida. «*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios*» (Col. 3:1). Claro que esta resurrección espiritual actual, tiene implicaciones morales en la realidad de nuestra vida con Dios. En la práctica, esto significa un cambio en el rumbo de nuestra existencia; significa dejar de interesarnos por los asuntos de este mundo; desprendernos de todo lo mundano; por lo menos ir bajando la intensidad que acostumbrábamos antes, y empezar a buscar las realidades compatibles con la vida de resurrección del Señor Jesús, dentro de la dimensión eterna donde hoy nos encontramos.

Es importante que podamos ir comprendiendo esa revelación bíblica; en primera instancia, que existe en nosotros una resurrección actual, que consiste en nuestra identificación con Cristo en su nueva vida; pero también existe la resurrección escatológica, es decir, nuestra participación en la vida glorificada de Cristo, a través de la resurrección literal de nuestros cuerpos, y la transformación según la imagen de Cristo.

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Jn. 3:2).

Los hijos de Dios ahora podemos ser ignorados por el mundo; incluso despreciados, vejados y humillados; y eso es natural, debido a que el mundo aborrece al Señor; pero cuando Él regrese en su gloria y majestad, todas las cosas cambiarán; todo experimentará un enorme vuelco, y nosotros los creyentes seremos transformados, porque le veremos tal como el Señor es. Para nosotros todo estará claro, y se nos hará evidente que participamos en su muerte, en su resurrección, en su ascensión

y en su glorificación, porque Él es el hombre ideal, y su destino también debe ser el nuestro. Él es el Hijo unigénito de Dios, y nosotros somos los hijos de Dios, los que constituimos su cuerpo, la iglesia, la gran cosecha.

Hay otro tópico que no queremos ignorar en este corto trabajo. Cuando el Señor Jesús expiraba en la cima del Monte de la Calavera, en su entorno, en aquel siniestro y cruel momento, tuvo lugar, por lo menos, cuatro acontecimientos milagrosos: De repente el cielo llenó aquel escenario y sus alrededores, de una espesa oscuridad; mientras esto ocurría, se rasgaba de arriba abajo el velo del Lugar Santísimo del templo de Jerusalén, en tanto que aquella tierra fue sacudida por un terremoto. Por lo tanto, la muerte del Señor no pudo haber pasado desapercibida. Todos los habitantes de Jerusalén eran conscientes de que había ocurrido algo significativo. No obstante, lo más extraordinario es que algunos sepulcros se abrieron y hubo personas difuntas que resucitaron en aquel momento. Así lo narra Mateo en su evangelio.

«*Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos*» (Mt. 27:51-53).

El hecho de que los sepulcros se hayan abierto cuando moría Jesús en la cruz, y algunos santos que habían gustado la muerte, salieran de sus tumbas, demostró que la victoria de Jesús sobre la muerte, es otra garantía de que Dios también levantará a su pueblo redimido, a todos los santos de todos los siglos.

Los evangelios no identifican a los santos que resucitaron; como tampoco cuánto tiempo permanecieron vivos como testimonio de algo portentoso; o si después de algún tiempo volvieron a morir y fueron nuevamente sepultados; que es lo que

se supone que haya acontecido. Ellos salieron de las tumbas después de la resurrección de Cristo, y entraron a Jerusalén, donde se aparecieron a muchas personas. Pero la Biblia sí asegura que esos cuerpos que hacía mucho tiempo habían sido sepultados, y que ya tendrían que estar en los meros huesos, salieron completos de sus tumbas, y aparecieron a muchas personas con su misma identidad y rasgos corporales, pues de no haber sido así, no hubieran sido reconocidos como resucitados.

La transformación escatológica del cuerpo mortal

«*El que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*» (Ro. 8:11). Estemos seguros de que la resurrección garantizará la transformación del «cuerpo mortal», como se muestra en las Escrituras. Esto significa que los elementos literales del cuerpo físico serán utilizados para formar el vehículo del cuerpo espiritual. Es decir, no significa necesariamente una sustitución, sino una transformación a partir de los elementos (incluso partículas atómicas) del antiguo cuerpo mortal.

Al tratar este asunto, es necesario ser reiterativos, pues muchos piensan que el cuerpo celestial no guarda relación alguna con el cuerpo mortal de los humanos. Nuestro cuerpo mortal será transformado; y la transformación no significa solamente que el cuerpo resucitado suplantará al cuerpo físico, cualquiera que sea su grado de desintegración; eso va más allá, pues la sustancia corruptible deberá sufrir una metamorfosis; es decir, una poderosa transformación de lo corruptible a lo incorruptible. Acuérdate que el cuerpo del Señor Jesús no quedó en la tumba, pues sufrió esa metamorfosis y fue convertido en una sustancia espiritual pura.

Descartemos, pues, la resurrección como una especie de nueva creación corporal, capaz de darle al espíritu un «vehículo nuevo» apropiado para manifestarse en lugares celestiales, con

independencia del anterior cuerpo mortal. Sí, el espíritu debe estar «vestido» con ese vehículo, pero como producto de una poderosa transformación. En sí es una vestidura nueva, pero a la manera de la nueva planta que nace cuando se ha sembrado antes la semilla en tierra. Nosotros empezamos a ser nueva creación desde el instante mismo en que creímos. Al respecto dice Pablo: «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva creación es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*» (2 Co. 5:17).

En el rigor del cumplimiento de la economía de Dios, es necesario que los que han muerto en Cristo, los que ahora esperan en el Paraíso, desciendan a esta tierra, con ocasión de la segunda venida de Cristo, a fin de que tengan contacto con sus cuerpos mortales, y a raíz de ese contacto, Dios produzca una poderosa e instantánea transformación, y ocurra entonces la resurrección.

En primera instancia, a fin de resucitarlos, el Señor va a traer consigo a todos los santos que están en el tercer cielo. La resurrección ocurrirá en el instante en que ellos toquen esta tierra que habían dejado al morir su cuerpo.

«*Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. [14]Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él*» (1 Ts. 4:13,14).

Por otro lado, los cuerpos de todos los santos que estén vivos en esta tierra en esa misma hora, los de la última generación, serán transformados en el mismo instante en que resuciten los cuerpos de todos aquellos santos que sean traídos por el Señor del Paraíso. Eso significa que nadie va a ser transformado y raptado al cielo antes de la venida del Señor. Por favor, detente a leer el siguiente contexto.

«*Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida*

del Señor, no precederemos a los que durmieron. [16]*Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero.* [17]*Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado,* ***seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes*** *para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor*» (1 Ts. 4:15-17).

Observemos que una vez ocurra la resurrección de los santos, nadie se va al cielo dotado de un cuerpo glorioso. Los santos recibirán al Señor en las nubes, y seguirán descendiendo con el Señor en su segunda venida. El Señor no regresa al cielo; Él viene a gobernar en la tierra durante mil años; y gobernará con los santos vencedores (cf. Ap. 3:21). Para gobernar con el Señor, es imprescindible estar en la tierra con Él.

Entonces, para ser redimido, nuestro cuerpo mortal va a sufrir una transformación maravillosa; como también nuestro cuerpo va a ser vivificado. Es preciso reiterar que la revelación bíblica que recibimos es que no se trata de una simple sustitución de un cuerpo mortal por otro celestial. Si fuese así, el cuerpo biológico del Señor Jesús hubiese quedado en la tumba. Pero la tumba del Señor Jesucristo quedó vacía, como lo registran los evangelios.

«*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús* ***vivificará también vuestros cuerpos mortales*** *por su Espíritu que mora en vosotros.* [23]*y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos,* ***esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo***» (Ro. 8:11,23).

No en vano el Señor mismo lo expresa con toda contundencia: «*Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.* [25]*De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la*

voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. [28]*No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz*» (Juan 5:21,25,28).

«*Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder*» (1 Co. 6:14). ¿A qué se refiere Pablo cuando afirma que nos levantará? Al cuerpo de los elegidos, que es lo que se encuentra caído en esta era de la gracia.

Al ser transformado, nuestro cuerpo dejará de ser físico y atómico, como lo son todas las cosas materiales que nos rodean. A partir de ese momento, el nuestro será un cuerpo espiritual. ¿De qué estará compuesto, entonces? Nadie lo sabe. Por ejemplo, nadie sabe la composición del alma humana; ningún ser humano puede explicar cómo está conformada nuestra alma, como tampoco nuestro espíritu; así tampoco podemos afirmar de qué estará hecho el cuerpo espiritual que tendremos una vez efectuada la resurrección de los hijos de Dios.

El cuerpo espiritual será una cubierta incorruptible creada directamente por Dios, a partir de la transformación del cuerpo mortal; será un edificio, una casa eterna no hecha de manos, sino que provendrá del cielo (cf. 2 Co. 5:1). El cuerpo resucitado será el mismo cuerpo transformado; es decir, los elementos físicos sufrirán una metamorfosis de tal magnitud, que, en un abrir y cerrar de ojos, serán espiritualizados. Eso significa que pasarán de una forma material a otra espiritual, tal como le sucedió al cuerpo de Jesús al experimentar su poderosa resurrección.

El cuerpo espiritual tomará el lugar que ocupaba el antiguo cuerpo físico, convirtiéndose en el nuevo vehículo del alma y del espíritu, en la nueva esfera de resurrección, así como el antiguo cuerpo físico lo fue todo el tiempo que duró el individuo en la tierra. Sin duda, de algún modo, existirá determinada continuidad antropomorfa entre el antiguo cuerpo, el físico, y el nuevo, el espiritual; y esto ocurrirá a través del cambio de sustancia que

ha de sufrir en el rápido proceso de la transformación; pues, guardando las proporciones, ambos cuerpos tendrán funciones similares en la personalidad esencial.

Que nuestro cuerpo mortal será transformado, nos aclara que Dios usará el cuerpo físico, o cualquier elemento, o elementos del mismo que sean reunidos para tal ocasión, para la creación del nuevo cuerpo espiritual. En el caso de la resurrección, ocurre una transición de lo físico a lo espiritual. No nos debe sorprender que haya una gran diferencia entre el cuerpo muerto, que ha sido sepultado, desecho, o quemado, o devorado por las fieras, mutilado, etc., y el cuerpo resucitado de entre los muertos. Y eso debe ser así, pues constituyen y pertenecen a dos dimensiones diferentes. «*Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción.* [43]*Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder.* [44]*Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual*» (1 Co. 15:42-44).

Claro, algunos se preguntarán por la apariencia de los nuevos cuerpos resucitados. Respecto de eso es necesario estar seguros de que seremos reconocidos al instante, aunque todo será perfeccionado; es decir, nuestros cuerpos celestiales no tendrán apariencia de vejez, ni arrugas, ni defectos, ni mutilaciones, ni achaques, ni debilidades, ni motivaciones de invalidez, sino hermosos y perfectos.

El cuerpo físico del individuo perece; y ya sin la fuerza vital psíquica, no tarda en disolverse, tal como acontece con la semilla sembrada en la tierra. Lo curioso es que de allí no brota una semilla igual, sino una nueva planta que brota de la semilla que se deshace. Claro que debemos entender la diferencia entre el cuerpo físico y el cuerpo espiritual, teniendo en cuenta que la diferencia entre el cuerpo mortal y el espiritual es mayor que la que existe entre la semilla y la planta que de ella germina; aunque la analogía nos ilustra el proceso. Por alguna razón, este maravilloso acontecimiento es señalado como un misterio, aunque no deja de ser verdad.

Para los hijos de Dios debe haber absoluta certeza de la transcendencia del alma y del espíritu. Eso significa que al morir el individuo, el alma asciende a las alturas, si es un hijo de Dios; o desciende a las profundidades de la tierra, si se trata de un perdido, por cuanto el alma jamás deja de existir; sin embargo, el alma no está completa en ese aislamiento, sino que necesita de un revestimiento, que no es otro que ese cuerpo espiritual que la revestirá de un vehículo apropiado. Incluso los que ahora moran en el Hades, serán resucitados para ser juzgados por sus obras, y lanzados en el lago de fuego; tampoco sus cuerpos quedarán en la tumba. Respecto de esto, hagamos claridad de que hay variedad de cuerpos, incluso en la resurrección.

Los cuerpos resucitados de los impíos no tendrán las características ni los poderes de los cuerpos celestiales de los hijos de Dios. Indudablemente habrá marcada diferencia entre los cuerpos resucitados de los salvos y de los perdidos. Eso se entiende, pues los salvos han adquirido una gloria y poder que los perdidos no han adquirido, de manera que sus cuerpos estarán dotados de mayor capacidad de expresión espiritual, a fin de adaptarse a las dimensiones y servicios de mayor espiritualidad. Los resucitados, pues, estarán habitando esferas totalmente diferentes.

Las funciones del alma y del espíritu serán trocadas en la resurrección. Sí; mientras vivimos en esta tierra, nuestro cuerpo mortal es impulsado por el alma, pues es un cuerpo animal. Salida el alma, a la hora de la muerte, este cuerpo se deshace; pero cuando resucitemos en el día postrero, nuestro cuerpo futuro será impulsado por el espíritu, pues se tratará de un cuerpo espiritual. Eso significa que el cuerpo resucitado habrá de trasladar su centro de decisión del alma al espíritu.

En el contexto de Apocalipsis 20:12,13, la Palabra de Dios se refiere a la segunda resurrección, la de los impíos, los muertos sacados del Hades, para que comparezcan ante el Señor en el marco del juicio del gran trono blanco, donde serán juzgados por

sus obras, y luego ser lanzados a un gigantesco lago de fuego. Esto sucederá mil años después de la primera resurrección, la de los santos, Explica, además, que en ese juicio estarán todos los impíos, grandes y pequeños, conforme fueron considerados así por los hombres en la historia humana, de acuerdo con su alcurnia, su posición social, política, económica, científica, religiosa, militar, etc.

Cuando dice que el mar entregará los muertos que haya en sus profundidades, se refiere a que no importa cómo, cuándo y dónde hayan perecido las personas, y a dónde hayan ido a parar sus cadáveres; devorados por bestias, calcinados en las hogueras y los hornos, etc., de todas partes serán sacados y resucitados a fin de que comparezcan ante el tribunal de Dios. Téngase en cuenta que la muerte biológica no determina el destino definitivo de las personas, como tampoco el sarcófago de su cadáver. También la Palabra revela allí que la muerte es personificada y considerada como un gigante carcelero; que tiene el poder de aprisionar; pero Dios tiene todo el poder de abrir esas puertas. Entonces, podemos estar seguros de que la muerte biológica no es el fin ni del bien ni del mal.

Es posible, además, que no todos los cuerpos celestiales de los creyentes sean iguales. En el gobierno y reglamentación de la naturaleza y nuestras existencias, todo depende de la perfecta voluntad de Dios. Cada ser vivo tiene su propio cuerpo característico, apropiado para su expresión de vida y personalidad.

En nuestra actual vida mortal, frente a nuestros ojos, nuestro cuerpo cada día se marchita y se va deteriorando su existencia; sin embargo, en realidad, lo podemos apreciar como una especie de siembra, cuyo momento culminante en este proceso es la muerte física. Después llegará la transformación, la resurrección y el juicio. Podemos apreciar que 1 Co. 15:42-50 describe el cuerpo espiritual, donde se puede observar la doctrina cristiana de la inmortalidad del individuo, y la continuidad de la personalidad humana.

Cuando el hombre sucumbió ante el pecado, de manera vertiginosa fue perdiendo sus extraordinarios poderes, y su debilidad y limitaciones se hicieron evidentes en un cuerpo que se deterioraba con el tiempo. Desde entonces, los seres humanos son débiles y limitados por naturaleza; y esa debilidad la llevan inherente tanto en el cuerpo como en el alma, de tal manera que los seres humanos están sujetos a muchas pruebas, debilidades, derrotas y enfermedades; y esto continúa su proceso hasta que sean arrastrados a la muerte, tanto en lo físico como en lo espiritual. El hombre es incapaz de superar su estado de mortalidad; y así la ciencia experimente el desarrollo más sofisticado, y pretendan crear superhombres, no podrán vencer este deprimente estado. Y llegó la hora en que una cortina de humo le impide a la humanidad saber para dónde va después de cruzar el umbral de la muerte. Y en torno de este asunto, se han tejido muchísimos mitos y fábulas, algunas muy consoladoras, por cierto, pero carentes de la verdad de Dios.

Entonces, esta debilidad inherente al estado mortal de los seres humanos, sólo se revertirá cuando reciba la vestidura celestial de un cuerpo inmortal. Pero eso solamente les sucederá a los redimidos, a los elegidos, a los hijos de Dios, a todos aquellos que hayan creído en la portentosa obra redentora del Señor Jesucristo en la cruz del Calvario.

En los rituales de un funeral, en medio de la tristeza, lágrimas y lamentos propios del momento, las personas no pueden sino sentirse impotentes. Es urgente que lleven al cadáver a la tumba, pues se trata de algo que no puede resistir la acción devastadora de la corrupción. Un cadáver, incapaz de moverse, invadido por los gusanos y las bacterias y los procesos químicos, en estado de irreversible descomposición, no puede permanecer gran tiempo entre sus deudos. Y de nada sirve que las gentes gasten ingentes sumas de dinero en el extravagante y ridículo proceso de embalsamar cadáveres de personajes conspicuos de las naciones. ¿Por qué? Porque ese es el dilema humano; su estado mortal, con sus obstáculos, sus decepcio-

nes, su impotencia. El contraste con toda esta tragedia radica en que Cristo ha de resucitarlo en poder; es la esperanza para los que han creído. Y ese poder, es el mismo poder de Dios.

«*De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.* [26]*Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo*» (Jn. 5:25,26).

Pero, ¿qué es ese cuerpo espiritual de los santos después de la resurrección? En primera instancia, un cuerpo espiritual - *soma pneumátikos* - es el que reemplazará a nuestro viejo vehículo carnal. La resurrección es un acto exclusivo de Dios; y ese cuerpo espiritual tendrá las mismas características del Señor Jesucristo después de la resurrección. Por ejemplo, a voluntad, podrá desplazarse a velocidades vertiginosas, o caminar, si quiere; hacerse visible o invisible; entrar a cualquier recinto abriendo las puertas o traspasar elementos concretos; comer a voluntad, etc. Todo debido a que será un cuerpo espiritual, inmortal, incorruptible y perfecto, sin las limitaciones propias del cuerpo terrenal.

Como colofón, podemos dar crédito a la declaración del apóstol al respecto. En 1 Co. 15:44, las palabras «*se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual*», dan a entender que habrá alguna forma de continuidad; es decir, que la forma espiritual se originará a partir de la transformación del vehículo físico, o de lo que quede del mismo. Los átomos de la materia corporal serán transformados en energía espiritual, una energía que trasciende en forma total y contundente el plano terrestre.

Es necesario, pues, una auténtica y poderosa transformación, dado que la naturaleza del cuerpo humano, tal como lo vivimos en esta era, es incapaz de heredar el reino de Dios. «*Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción*» (1 Co. 15:50).

7

LA APERTURA DE LOS SELLOS

Dicho lo anterior, continuamos dejando en claro y haciendo hincapié en que, contra todo pronóstico que pretenda rivalizar, la resurrección y el arrebatamiento de la iglesia ocurrirá cuando suene la última trompeta, es decir, la séptima, conforme lo hemos explicado. No obstante, debido a que se ha generalizado otro punto de vista que no es revelado por la Palabra de Dios, es necesario profundizar en esta parte del estudio, y para ello vamos a trazar la cronología de los sucesos escatológicos, comenzando por la apertura de los sellos.

Tengamos en cuanta que los acontecimientos escatológicos de los capítulos 6 al 19 de Apocalipsis, han de cumplirse en un período de breve duración, apenas siete años; y ese breve período precederá de inmediato a la segunda venida de Cristo y la resurrección de la iglesia. Dos eventos esencialmente escatológicos y simultáneos.

Los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis describen el trono de Dios en los cielos, y al Señor Jesucristo, el Cordero de Dios, sentado en ese trono, pues aun no ha llegado el momento de su regreso a la tierra, dado que es necesario que antes se cumplan ciertos acontecimientos en torno del gobierno de la bestia sobre las naciones. Para que esto ocurra, el mismo Señor procederá a abrir los sellos, conforme lo relata el capítulo 6 de ese libro. Téngase presente que al abrir cada sello, todo lo que allí es descrito es la ejecución de la voluntad de Dios.

PRIMER SELLO

El caballo blanco

«*Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira.* [2]*Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer*» (Ap. 6:1,2).

Ante todo, observemos que quien abre los sellos en el cielo es el Cordero de Dios que ya ha sido inmolado, el mismo que ha vencido y tiene poder para abrir esos sellos. La apertura del primer sello constituirá el principio del fin de la presente era, pues cuando el Cordero abra el primer sello en los cielos, en la tierra aparecerá la bestia, el anticristo, en el escenario político internacional. Es la bestia que sube del abismo (cfr. Ap. 11:7: Ap. 17:8). La Palabra de Dios lo presenta con la simbología de un jinete cabalgando un caballo blanco, que porta un arco, un instrumento de guerra, pero sin flecha; es decir, viene dando por hecho que tiene poder para garantizar la paz mundial. Es la misma figura del mesías islámico, el *Mahdi* que esperan los musulmanes, una especie de *califa* que gobernará al mundo desde Jerusalén, conforme esperan ellos que suceda. Y esto se debe a que ese personaje se proyectará en el mundo como un líder carismático, de un arrollador y magnético atractivo, fingiendo que es el Mesías. Por los libros de Daniel y Apocalipsis sabemos que el cumplimiento de esta profecía acontecerá siete años antes de la segunda venida de Cristo a la tierra.

En los tiempos que nos ha tocado vivir, se habla del *estado profundo*; de lo cual se dice que existen grupos de poder encubiertos a fin de lograr objetivos secretos; y esto se va desarrollando detrás del régimen en vigencia entre las naciones, pero que guardan alguna relación con acciones de conspiración. Cuando el estado profundo es supranacional, y de hecho lo es, todo va encaminado a la consolidación de objetivos cuyo interés es la creación de una plataforma adecuada para proclamar un gobierno mundial globalizado; lo cual no es otra cosa que la

realización de una utopía sin Dios; lo que en realidad constituirá una *distopía*; algo parecido a lo que describe el escritor británico Aldous Huxley en su obra «*Un Mundo feliz*».

El caso es que, los mismos que proclaman un gobierno universal globalizado, aseguran que para el año 2030 acontecerá el gran reinicio de una nueva era para la humanidad, cuyo objetivo desde ya es desarticular la sociedad actual; hacer añicos los valores culturales milenarios; desmontar y declarar obsoletos todos los regímenes políticos, etc., a fin de implantar un sistema económico, político y jurídico único, como también una sola religión universal. Se le llama reinicio o *reseteo* (del inglés, *to reset*), pues el cometido es borrar de la faz de la tierra todo el sistema actual, y darle vigencia a un régimen de una estructura jamás vista en la humanidad.

De manera que ya están preparando el escenario a fin de coronar en esa fecha al anticristo como el emperador mundial que desean; y al ser coronado, su engañoso discurso inicial es ofrecer paz, seguridad, prosperidad, bienestar para todos, fin de todas las guerras y de las miserias en la tierra, trabajo bien remunerado; posiblemente créditos a bajo interés; que a nadie le faltará su vivienda confortable; garantizando que está *ad portas* el tiempo en que todos los hombres serán hermanos, que todo será felicidad, etc., etc. ¡Uf, qué cosa tan hermosa!

«*Y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia*» (Ap. 17:8): y le creerán todas sus falsas promesas; todos estarán fascinados, y le adorarán. La forma engañosa como se presenta la bestia, con milagros y prodigios mentirosos, satisfará a la perfección los requisitos de los religiosos hebreos para identificar a alguien como el Mesías que ellos han idealizado y esperan.

Ante el rechazo de que fue objeto, el Señor Jesús les advirtió a los judíos de su tiempo, diciéndoles: «*Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio*

nombre, a ése recibiréis» (Jn. 5:43). Entonces, las evidencias que los hebreos verán en la bestia, serán suficientes para considerarlo el mesías que esperan desde hace siglos.

Otro detalle importante para considerar es que los israelíes, hasta el momento de escribir estas páginas, por mucho que lo hayan deseado y que se hayan preparado para eso, no han podido construir el tercer templo, cuya ubicación debe ser en la histórica explanada del templo en Jerusalén. ¿Qué les ha podido impedir esa construcción? Bueno, se dice que lo que impide es que el lugar indicado está ocupado ahora por la Mezquita de Omar; sin embargo, y sin el ánimo de especular, estoy de acuerdo con los que opinan que el anticristo va a desempeñar un papel de primer orden en dicha construcción, pues ese detalle será fundamental para que los israelíes se inclinen con mayor fuerza a poner su confianza en ese sujeto.

Claro, simultáneamente con estos acontecimientos, se manifestará una gran apostasía; es decir, multitudes se apartarán de Dios (2 Ts. 2:3), engañados por las atracciones del mundo, entrabados en la creación de estructuras religiosas fuentes de ingentes recursos económicos en un cristianismo secularizado; desorientados también por las falacias diabólicas de las religiones, y por el engaño satánico del anticristo. El anticristo promoverá un culto religioso con gran poder maligno, saturado de supersticiones y sabiduría diabólica tan pervertida, que tendrá la fuerza de atraer a los pueblos del mundo, especialmente entre los jóvenes. Esto producirá un efecto extremadamente perverso, el clímax para la apostasía.

No obstante, es de esperar que paralelamente a la gran apostasía, el tiempo de la gran tribulación sea una gran oportunidad de renovación y de conversión espiritual; y como consecuencia haya un número incalculable de mártires entre los seguidores de Cristo.

Por otro lado, ¿cuál será la nacionalidad del anticristo? Respecto de esto, les recomiendo adquirir mi opúsculo «*La nacionalidad de la bestia*». No obstante, es bueno que aclare-

mos aquí que cuando uno no se basa en la revelación bíblica en torno a los temas escatológicos, está propenso a fantasear, con el agravante de desorientar a mucha gente. Téngase muy presente que los imperios revelados en la Biblia son aquellos que en la historia han subyugado a la nación de Israel. Egipto, Asiria, Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma.

Conforme el capítulo 2 de Daniel, el último imperio sobre la tierra que subyugó a la nación de Israel, es el romano, simbolizado en la imagen de Nabucodonosor por las dos piernas de hierro. Y la revelación que subyace en esas dos piernas de la imagen metálica, se debe a que el Imperio Romano tuvo dos sedes de gobierno, y dos emperadores simultáneamente después de la muerte de Teodosio I el Grande, a finales del siglo IV: Roma en occidente, y Constantinopla en el medio oriente. Después del romano, la Biblia no menciona ningún otro imperio.

La siguiente y última revelación profética proporcionada en la imagen del sueño de Nabucodonosor, se relaciona con los pies, cuya contextura es de hierro incrustado en ladrillo; una combinación que los hace muy vulnerables. Hasta el tiempo de estos pies llega la historia de la humanidad tal como se conoce hasta hoy. Analizando los pies, con sus diez dedos, de la imagen de Nabucodonosor, se podría conjeturar que al final de los tiempos va a haber un corto y debilucho resurgimiento del Imperio Romano. ¿Por qué debilucho? Porque ese imperio resurgirá por medio de la alianza de diez países (de sus antiguas provincias), que en realidad no se unirán el uno con el otro con firmeza, como el hierro no se mezcla con el barro (cf. Dn. 2:43). Será una alianza de mucha fragilidad.

Como es lo natural, cada pie de la imagen aparece con sus cinco dedos, lo que significa que cinco países que fueron provincias romanas bajo la jurisdicción de Roma (hoy Europa), harán alguna débil alianza político-económico-militar con cinco países que en su momento fueron provincias romanas bajo la

jurisdicción de Constantinopla (hoy países de orientación musulmana); y esa coalición de diez naciones le dará poder a la bestia para que domine al mundo, como lo declara el capítulo 17 de Apocalipsis.

«*Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia*» (Ap. 17:12,13).

Es la misma bestia con diez cuernos, que surge del mar (cf. Ap. 13:1). De manera que no podemos involucrar ninguna otra potencia en el cumplimiento de esta profecía.

Ahora bien; la Palabra declara que en los días de ese endeble y breve imperio romano resurgido, regresará el Señor Jesucristo a implantar el reino de los cielos entre los hombres.

«*Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre*» (Dn. 2:44).

SEGUNDO SELLO

El caballo bermejo

«*Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: Ven y mira.* [4]*Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada*» (Ap. 6:3,4).

Pero, cumplidos tres años y medio de vigencia de este régimen gubernamental diabólico, se acabará esta luna de miel de paz y tranquilidad; y surgirá un caballo bermejo; es decir, el caballo blanco de la paz cambia de color, y ahora se pavoneará con el color de la guerra; y a su jinete le será dado poder para quitar la paz sobre la tierra; incitando a los hombres a odiarse mutuamente, y a que se maten unos con otros. Esto significa

que el anticristo se mostrará en su verdadera y perversa naturaleza.

En este punto del mundo escatológico, se dará por terminada la utopía de la paz sobre la faz de la tierra. Llegará la hora en que la bestia desatará la persecución, la violencia y la muerte. Será la más feroz de todas las persecuciones y carnicería humana de la historia. Se trata de la época profetizada en que la bestia ordenará que a todos los habitantes de la tierra se le ponga una marca, sin la cual nadie podrá comprar ni vender; eso significa que dejará de circular el sistema de transacciones vigente en la actualidad (cf. Ap. 13:16,17).

La razón de ese perverso y diabólico propósito del anticristo, es que, por ser el hombre la criatura cumbre de Dios, Satanás odia a muerte a la humanidad desde su creación; tanto más cuanto que Dios decidió hacerse hombre en la persona de su Hijo, y como hombre, venció al diablo, mediante su poderosa obra expiatoria en la cruz del Calvario. Tenemos la revelación divina y la más absoluta seguridad de que desde la antigüedad, Satanás ha trabajado incansablemente y con la más perversa tenacidad, a fin de acabar con la humanidad; por eso, en las últimas décadas, el objetivo ha sido impulsar una gigantesca maniobra para manipular genéticamente a los seres humanos con el fin de negar la naturaleza humana, y llegar al transhumanismo; y así tratar de destruir la obra cumbre de Dios.

Tercer sello

El caballo negro

«*Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano.* [6]*Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; pero no dañes el aceite ni el vino*» (Ap. 6:5,6).

Pero, la perversidad no llegará hasta ese punto; pues el polifacético caballo seguirá cambiando de color; la maldad satánica hará que el caballo se siga transfigurando, de tal manera que llegue a adquirir el color negro; y el que lo monta toma una balanza en la mano.

Toda la guerra fomentada por el anticristo causará el hambre más espantosa entre la humanidad, de tal magnitud que un kilo de trigo costará el jornal de una persona. ¿Cómo podrá alimentarse una familia con semejante carestía? ¿Y los demás gastos qué? Durante la gran tribulación, a causa del hambre, es posible que en muchos sectores de la sociedad se llegue a repetir lo que se dio entre los habitantes de Jerusalén cuando fue asediada por las legiones romanas, cuyo triste final acaeció en el año 70 d.C., que, para evitar morirse de hambre, en muchos hogares llegaron a sacrificar a sus propios e inocentes hijos pequeños para usarlos como alimento.

Cuarto sello

El caballo amarillo

«*Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: Ven y mira.* [8]*Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra*» (Ap. 6:7,8).

Al abrir este sello, el caballo adquiere el color amarillo, o verde pálido, y su jinete, el anticristo, la bestia que habrá subido del abismo, es conocido como la Muerte, y esto como consecuencia de la guerra, del hambre, de las persecuciones, además de los martirios sistemáticos. Los hombres estarán guiados a fomentar en sus corazones odio diabólico los unos para con los otros. A la bestia le es dada potestad para exterminar la cuarta parte de la humanidad, para matar con espada, con hambre, con mortandad, con las fieras de la tierra; porque Satanás odia a la humanidad. «*En aquel tiempo... será tiempo de angustia,*

cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces» (Dn. 12:1).

De manera que el Hades estará recibiendo en sus fauces verdaderas cataratas de almas de los perdidos; y, claro, muchas almas de los mártires de Dios estarán subiendo al Paraíso. La naturaleza llegará a tal grado de destrucción, como es el caso de los bosques destruidos, que las fieras salvajes, en su afán de buscar alimentos, invadirán las áreas urbanas, y muchos humanos serán sus víctimas.

QUINTO SELLO

La última generación de mártires

«*Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían.* [10]*Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?* [11]*Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos*» (Ap. 6:9-11).

El escenario del lamento de los mártires es ahora en el cielo. La última generación de los elegidos estará morando en la tierra durante la gran tribulación. No te dejes engañar; es mejor que busquemos el rostro del Señor a fin de que nos ayude a estar preparados, a buscar el reino de los cielos en humillación y arrepentimiento, y a vivir la realidad, nuestra realidad como hijos de Dios. Debemos disponernos a abandonar para siempre la religión fácil y cómoda. Caminar con el Señor llevando con responsabilidad nuestra propia cruz.

Durante esos tres años y medio, muchos serán mártires por causa de su fe. Entonces, cuando el Cordero abra el quinto sello, las almas de los que hayan sido sacrificados por causa de

la palabra de Dios y de su testimonio en tiempos del anticristo, clamarán al Señor a fin de que ejecute venganza en la tierra por lo que estará sucediendo en el seno de la iglesia; pero Dios les dirá que tengan paciencia, pues aun han de faltar algunos mártires. Esto parece indicarnos que Dios ha determinado un número definido de mártires entre los elegidos.

De Dios es la venganza. La retribución divina elimina el deseo de venganza personal. Sin embargo, la venganza que claman los mártires no se hace esperar, y se describe con lujo de detalles en el curso de los capítulos 6 al 19 de Apocalipsis; aunque en el juicio final, frente al gran trono blanco, aparece la recompensa que cada individuo se merece.

Pero téngase en cuenta que una parte de la iglesia será protegida de los horrores de la gran tribulación escatológica (Ap. Ap. 3:10). ¿Quiénes serán esos? Los elegidos que conocen, creen y guardan la Palabra de Dios, y no niegan el nombre del Señor Jesucristo, ni se inclinan a exaltar nombres de personas y de estructuras religiosas, ni énfasis de inclinaciones dogmáticas.

En definitiva, un remanente de los elegidos estará conformando una avanzada de los llamados a una importante misión durante el período de la gran tribulación, pues Dios estará interesado en que mucha gente se salve en medio de toda esa tragedia y apostasía. Estamos frente a la última oportunidad que dispone la humanidad para salvarse.

Dios está interesado en que en ese tiempo también se salve mucha gente. Dios busca las personas. Los hijos de Dios sabemos que es infructuoso tratar de acabar con los males sociales; el pecado de la sociedad impide ese intento de acabar con la inmoralidad. La corrupción es inabordable, pues el mal carcome a la sociedad a la manera de un cáncer en metástasis. Todo eso está escrito.

Nadie dispone de poder suficiente como para acabarlo. Quien pretenda entender esa tarea, sólo acarreará males para sí mismo. No tenemos el encargo de acabar con los males

sociales; cualquiera que lo intente, podrá terminar acabando consigo mismo. Por esa causa no nos maraville la poderosa intervención de Dios a través de los sellos, las trompetas y las copas.

SEXTO SELLO

Señales en el cielo y en la tierra

«*Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre;* [13]*y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento*» (Ap. 6:12,13).

El contexto bíblico de la apertura del sexto sello (Ap. 6:12-17) nos describe un fuerte pronunciamiento de la ira de Dios sobre las naciones, tribus, etnias y lenguas de la tierra. Se puede asegurar, sin lugar a dudas, que con toda esa manifestación de su poder soberano, Dios no sólo estará dando cumplimiento de alguna manera a su retribución debida al extravío de los hombres, sino también dándole la oportunidad a mucha gente para que se arrepienta y se salve, máxime cuando muchos reconocerán que toda esa tragedia se debe a la mano de Dios que se está manifestando como jamás lo había hecho en la historia.

Los santos salidos de la gran tribulación

Después del sellado de los siervos de Dios en Apocalipsis 7:1-8, aparece el cuadro de los santos salidos de la gran tribulación. «*Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos*» (Ap. 7:9).

Cuando la Biblia revela que habrá mártires en el curso de la gran tribulación, se refiere a mártires de la iglesia, pues Israel como tal será salvo sólo al final de ese período negro de la historia de esa nación. Sin duda, gran número de creyentes sufrirá el martirio, pues muchos hijos de Dios podrían ser llamados a desafiar al anticristo. Pero los siervos de Dios serán sellados. El sellado de los creyentes tendrá como fin proteger sus cuerpos mientras Dios quiera hacerlo; y también será para protegerlos de la gran ira de Dios que se desatará por causa de los juicios divinos durante la gran tribulación. Pero con respecto al anticristo habrá un enfrentamiento espiritual; y en este aspecto el sellado no significa que serán protegidos del daño físico, sino del mundo demoníaco que se manifestará en ese tiempo. Los que pertenecen a Dios son inmunes a cualquier daño real que pueda afectar su alma. «*Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*» (Mt. 10:28).

No perdamos de vista que la iglesia estará presente durante el desastroso reinado del anticristo, quien recibirá poder para hacerle guerra a los santos y vencerlos. «*Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos*» (Ap. 13:7). Por esa causa, durante la gran tribulación se manifestará abundante gracia salvadora; y habrá una gran cosecha de almas redimidas. Esto se debe a que el sufrimiento purificará a la iglesia, convirtiéndola en una fuerza poderosa en la tierra, como en sus primeros días históricos después del día de Pentecostés.

Entonces, la persecución religiosa adelantada por el anticristo será en extremo espantosa, tanto, que todas las persecuciones anteriores de la historia, serán consideradas muy leves frente a la tragedia que vendrá. La horrenda persecución religiosa será enfilada contra aquellos que se rehusaren a rendirle culto al anticristo.

Será un tiempo en que habrá sufrimiento para toda la humanidad, pero en forma especial para la nación de Israel. Entre otros oráculos de Dios, Jeremías lo había profetizado. El

capítulo 30 de su libro, no se refiere al regreso de Judá del cautiverio babilónico, sino al final de los tiempos; a la liberación final del reino reunido. Y respecto del sufrimiento en el tiempo de la gran tribulación, declara en el versículo 7: «*¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado*».

SÉPTIMO SELLO

Se aprestan las siete trompetas

«*Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.* [2]*Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas*» (Ap. 8:1,2).

Cuando el Cordero abre el séptimo sello, se efectúa la apertura del juicio de las siete trompetas que, viéndolo desde una perspectiva panorámica, son juicios que harán parte de la gran tribulación. El juicio de las trompetas son especialmente la entrega de los hombres malvados a los poderes satánicos. Los hombres que escogen la oscuridad, son devorados por esas mismas tinieblas. Pero lo curioso es que lo primero que ocurre al abrir el séptimo sello, es un silencio en el cielo durante media hora; ese silencio reverencial puede darse para que sean escuchadas en el trono de Dios las oraciones de todos los santos, esos mismos que han de sufrir en la tierra; Dios sabe que sobrevendrán tragedias en tiempos del régimen de la bestia; y el Señor nos lo está advirtiendo..

En contraste con lo que acontece en la tierra, los cielos no viven alborotados. Allí no hay prisa que provoque confusión ni desasosiego. Al abrir el séptimo sello, los cielos se detienen por un momento para considerar que sobre la tierra sobrevendrán amargas tragedias: pero una de las razones no es otra que para el bien de los hombres; para que los hombres se arrepientan y se vuelvan a Dios; pues se trata de su última oportunidad. Al toque de las primeras cuatro trompetas, en la naturaleza

ocurrirán catástrofes tan inusitadas, que tal vez puedan ocasionar trágicos trastornos tales como un significativo cambio de ubicación de los polos terrestres. ¡Increíble! Pero, en vez de disminuir, con cada sonido se irán intensificando los juicios divinos.

Es aterrador la forma como la humanidad ha subestimado a Dios y a su Palabra. Si los hombres no despreciaran el mensaje bíblico, si le creyeran a Dios, con premura se postrarían pidiéndole perdón a Dios, en arrepentimiento genuino, pues lo que se avecina para la humanidad es la tragedia más horrible y espantosa.

8

A LA FINAL TROMPETA

«...*en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles*»

1 Corintios 15:52

Acerca del tiempo de la resurrección de la iglesia, no debería existir controversia alguna dentro de las toldas del cristianismo, pues las Escrituras señala ese tiempo con toda precisión. ¿Cuándo será el instante de la resurrección de los santos? No es otro que al toque de la séptima trompeta, el día de la segunda venida de Cristo. «*Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad*» (1 Co. 15:53).

Todo el proceso, tanto de la transformación del cuerpo como de la resurrección y el arrebatamiento en sì, ocurrirá en un instante, en un pestañeo, en un átomo de tiempo, cuando suene la última trompeta en el firmamento. Esta última trompeta anuncia el acontecimiento esplendoroso del regreso del Señor, con todos los sucesos comprendidos en ese apoteósico día. Esta trompeta señala el clímax de la agonizante historia de la humanidad. Recuerda, hermano, que el Señor vendrá cuando suene la séptima trompeta, que es la última. Después de la séptima, no aparece ninguna otra trompeta.

En definitiva, en las Sagradas Escrituras no encontramos ninguna profecía que sea revelada para satisfacer la vana curiosidad de los hombres. Ten por seguro que, por medio de

las profecías, Dios instruye a aquellos elegidos que vivan en los días de su cumplimiento, y estén involucrados en el desarrollo de los propósitos de Dios. A medida que se va acercando el tiempo de los eventos profetizados, esas realidades van proyectando sus sombras, a fin de que los elegidos se aperciban, se santifiquen más, y se muevan en consecuencia, pero se muevan de la mano con el Señor Jesús.

A través de la historia y las culturas, las trompetas llaman a la acción, anuncian la llegada de algún eximio visitante, anuncian y convocan a conmemoraciones y eventos importantes. Por medio del sonido de las trompetas, Dios quiere advertir a los hombres valientes que se preparen, que se acercan los juicios, que es inminente la intervención divina en los asuntos de los hombres. Si los hombres no reaccionan, entonces las trompetas convocarán plagas y eventos horrorosos a fin de juzgar a los hombres que aun no se hayan arrepentido.

Dejamos claro que todas estas aseveraciones bíblicas encierran una veracidad irrebatible. Todo esto es verdad; no lo dudes. Por medio de las siete trompetas, los reinos de este mundo serán transformados, cada uno de los poderes de las naciones será derrocado, para dar paso al reino universal de Cristo. Tengan por seguro que las oraciones de los santos, esas que han de subir de la tierra, volverán en forma de fuego caído del cielo. Una vez aniquilada la cultura reinante en esta tierra durante centurias, Dios hará nuevas todas las cosas. Realmente, los cielos están interesados en la tierra. Sí; ahora mismo abundan las personas que se consideran más importantes que Dios; esa plaga jamás se ha acabado; pero esta manifestación del poder celestial hará que la tierra se estremezca y se tambalee.

LA PRIMERA TROMPETA

Granizo, fuego y sangre

«*El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la*

tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde» (Ap. 8:7).

Al toque de la primera trompeta, Dios inicia sus juicios sobre la tierra, en forma de granizo, fuego y sangre; juicio que consideramos leve comparado con lo que vendrá. Es necesario aclarar que en el presente trabajo no es nuestra intención realizar una exhaustiva exégesis de estas manifestaciones escatológicas en torno al toque de las trompetas en tiempos de la gran tribulación; no es el objetivo de este pequeño libro. Indudablemente son juicios divinos que se refieren a toda la tierra. En este punto, la venida del Señor estará a las puertas, y el cielo se estará preparando para ese glorioso acontecimiento. En la tierra los hombres lo ignoran, y se entregan a la idolatría más cruda de su existencia; y Dios empieza a intervenir con miras a que la gente despierte, se arrepienta y conozca la gran salvación de Dios.

La segunda trompeta

El mar se convierte en sangre

«*El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.* [9] *Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida*» (Ap. 8:8,9).

Los juicios de Dios continúan haciéndose sentir. El mar bramará descontrolado, después de un estruendo como consecuencia de una fuerza similar a la erupción de un gigantesco volcán. Lo más seguro es que Dios enviará poderes satánicos para tratar con los hombres, para mostrarles las consecuencias de ser leales al mal. Serán tiempos cuando con su mente corrompida, los hombres darán preferencia al anticristo. Cuando alguien se niega a ser fiel a Cristo, le da su aprobación a poderes malignos. Y en ese tiempo, esa actitud será

masiva. Tenemos toda una vida para decidir qué camino seguir, el verdadero o el equivocado.

La tercera trompeta

Cae una gran estrella

«*El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas*» (Ap. 8:10,11).

Esa estrella que cae del cielo no es un fenómeno natural, sino una invasión demoníaca sobre la tierra. Por otra parte, el ajenjo es una planta amarga, pero no tiene efectos venenosos; aunque esto no impide la acción del juicio de Dios sobre la humanidad.

Existe un drama cósmico, y cada ser humano está involucrado en esa lucha entre el bien y el mal; le guste o no le guste. ¿Cómo puedes tú estar involucrado en semejante guerra? Tú estás involucrado a través de tu lealtad a Dios y a su Cristo, o a las fuerzas del mal comandadas por Satanás. Para nadie en esta tierra hay término medio. Es hora de que te decidas. El Señor dice: «*El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama*» (Mt. 12:30).

La cuarta trompeta

Se oscurece el sol, la luna y las estrellas

«*El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.* [13]*Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de*

los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!» (Ap. 8:12,13).

En este mundo, ya de por sí hundido en la oscuridad del pecado, no son pocos los que neciamente pretenden que pueden burlarse de Dios impunemente. No obstante, hay muchos que no piensan así; que tienen luz de Dios, que han recibido revelación divina acerca del Señor Jesucristo. Cuando una persona anda y actúa conforme a lo que Dios aprueba, eso le conviene a su salud mental, pero sobre todo a su salvación eterna. Cuando los hombres toman la determinación de rechazar a Dios, ponen en peligro su propia existencia sobre la faz de la tierra. Al sonido de esta cuarta trompeta, aparecerá un ángel en los aires, que tendrá la figura de águila, y volando, exclamará el anuncio de tres ayes, un ay para cada trompeta de las tres que faltan, pues ellas traerán acontecimientos horrorosos y de tan grave impacto para la humanidad, que Juan tuvo que detenerse y hacer una pausa antes de anunciarlos.

Se avecinan calamidades para los moradores de la tierra; pero esos males que sobrevendrán durante la gran tribulación, no afectarán a los fieles al Señor, a los vencedores que se aferren a la Palabra del Señor.

«*Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra*» (Ap. 3:10).

LA QUINTA TROMPETA

Se abre el pozo del abismo

(El primer 'ay')

«*El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo.* [2] *Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del*

pozo. [3]*Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra*» (Ap. 9:1-3).

Algunos han identificado el pozo del abismo con el Hades, o un compartimiento del mismo; pero lo más cierto es que se trate de otro lugar del inframundo, en esas profundidades de la tierra, diferente, además, del Tártaro, definido éste como la cárcel profunda y oscura, reservada para los ángeles que pecaron antes del diluvio universal.

Se acerca el terrible día del Señor para la humanidad. En esa oscura época de la cultura humana, a pocos meses antes de la parusía de Cristo, serán abiertas las entrañas de la tierra, y del pozo del abismo emergerá un humo tan espeso, que oscurecerá el sol, y con ese humo surge una vasta invasión de seres con apariencia de gigantescas langostas, pero de tan profunda iniquidad, que serán capaces de nublar la razón de los hombres. Se trata de poderes malignos liberados por Dios a fin de castigar a los hombres rebeldes; y tendrán la capacidad de distinguir a los seres humanos impulsados a practicar toda clase de maldad. A estas raras langostas, a diferencia de las langostas naturales, no se les permitirá dañar la vegetación. Esto indica con toda seguridad que se trata de demonios. Su objetivo son los hombres que no tienen el sello de Dios en sus frentes. No deja de impresionar el hecho de que los incrédulos impenitentes que adoran a los demonios, sean atormentados precisamente por esos mismos seres que ellos adoran.

Esta invasión de seres demoníacos inducirá a los hombres a odiarse a muerte, a que se infrinjan mucho daño, que se maten mutuamente. Seres diabólicos de extrema maldad, tanta que hasta entonces no se les permitirá salir al mundo de los humanos. Saturarán a los hombres de odio, ira y violencia. Las personas que a propósito se hayan rebelado contra la verdad del evangelio, serán poseídas por estos seres demoníacos. Entre otras cosas, Dios lo permitirá procurando que mucha gente tenga la oportunidad de arrepentirse, y paralelamente buscando que haya una purificación de la tierra; una prepara-

ción para una nueva era que se avecina.

Estos seres abisales tendrán la capacidad de infringir una picadura similar a la de los escorpiones, pero más intensa, por medio de lo cual será inyectado la maldad satánica en los seres humanos. Toda aquella crueldad es considerada como una muerte en vida, un auténtico infierno. La gente, en medio del tormento, ansiará la muerte, pero la muerte se negará a aparecer.

La naturaleza humana pervertida y caída, no aprende fácilmente el camino de Dios. Por otro lado, el pecado, por muy personal que parezca, tiene una transcendencia cósmica; y, claro, eso lo ignora la humanidad. Toda persona que le ceda espacio al pecado en su corazón, por más mínimo que parezca, o que simplemente le conceda una tregua secreta al mal, o un inocente desliz, está en peligro de ser invadido por poderes demoníacos.

Esas cosas ya están a las puertas, y la iglesia estará presente aquí en la tierra en esa hora; es el momento de aferrarnos al Señor. Tú dirás, ¿cómo puedo gobernarme a mí mismo y encarrilar mi vida hacia Dios? Si eres un hijo de Dios, dentro de ti mora el Espíritu Santo; y el dominio propio es parte del fruto del trabajo del Espíritu Santo en ti. Invita al Señor a que tome el control integral de tu ser.

LA SEXTA TROMPETA

Serán desatados los cuatro ángeles

(El segundo 'ay')

«*El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios,* [14]*diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates*» (Ap. 9:13,14).

Durante el aciago período de la gran tribulación, la rigurosidad y severidad de los juicios divinos estarán determinados por un progresivo aumento, en parte con el rigor punitivo; pero también con la intención de Dios de llevar a los hombres al arrepentimiento; con el agravante de que los hombres se habrán hundido más en el mal. Dios sabe que son necesarios todos esos juicios, pues a Dios le anima el propósito de prepararlo todo para que la iglesia sea santificada para el gran inicio de una nueva era. Son, pues, juicios purificadores que precederán a la restauración de las cosas conforme los propósitos del Señor.

Al sonar la sexta trompeta, la voz que sale del altar es la del Cordero. En primer término, son liberados los cuatro ángeles que han permanecido junto al río Eufrates. Esos cuatro ángeles son demonios con autoridad sobre los ejércitos satánicos. El río Eufrates constituía la frontera oriental de la tierra prometida a Abraham; y los imperios asirio y babilónico tuvieron que cruzarlo para invadir a Israel; el asirio para llevar cautivo al reino del norte, la casa de Efraín, y el babilónico para llevar cautivo al reino del Suir, la casa de Judá. El hecho de que el lecho del Eufrates sea secado, significa destruir la protección a Israel. Por otro lado, Dios tiene una protección que ofrece a los hombres: pero un día esa protección será removida, y los hombres quedarán a merced de los horrores de Satanás.

Que estos demonios estén preparados para la hora, día, mes y año, indica que todos estos sucesos obedecen a los tiempos decretados por Dios y su plan soberano. Estos jinetes demoníacos influirán en los hombres, transformándolos en agentes del mismo Satanás, suficientes como para completar la horrible matanza de la tercera parte de los hombres. Los juicios de Dios y las persecuciones por parte de la bestia, sembrarán el caos, y la vida humana se convertirá en un desierto de odio y de violencia.

Entre las corrientes exegéticas que han surgido, existe una en el sentido de que este enorme ejército puede tratarse de demonios y a la vez de soldados humanos; y puede que sea acertado este punto de vista. Los seres humanos que a estas

alturas persistan en entregarse al poder de Satanás, tendrán que aprender lo desastroso que eso significa; pero es necesario ese riguroso tratamiento, a fin de que tengan la oportunidad de reconocer que necesitan volverse a Dios. Los seres humanos entregados a la depravación y a la perversión del pecado, atraen contra sí mismos las fuerzas satánicas. Quien peca, de alguna manera está manifestando su lealtad a Satanás. Para los últimos días, será tan profunda la decadencia moral, que la sociedad perderá la capacidad de arrepentirse.

Pero lo más triste es que una de las señales características del fin de los tiempos es que las personas no convertidas persistirán en su negativa a arrepentirse; el corazón de los hombres habrá llegado a un grado de tinieblas demasiado espantoso, a pesar de los horrendos juicios de que será objeto la humanidad, y las reiteradas advertencias por parte de Dios.

LA SÉPTIMA TROMPETA

El regreso del Señor Jesucristo. La resurrección de la iglesia

(El tercer 'ay')

«*El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos*» (Ap. 11:15).

Ha llegado la hora de la consumación del misterio de Dios; y esta última trompeta anuncia y proclama el reinado conjunto de Dios y de Cristo sobre el mundo. Esto significa que Cristo reinará por los siglos de los siglos. Por fin llega la hora del regreso del Señor. En torno de esto,mediten en lo siguiente. El último día del régimen de la bestia, muchos de los elegidos, los vencedores, esos apercibidos que aun moren en esta tierra, oirán un potente sonido de trompeta proveniente de los cielos. Pero lo curioso es que esa hora no los tomará por sorpresa;

sabrán que en el tercer cielo se inician los últimos detalles para el regreso del Señor Jesús a la tierra. Habrá llegado la hora de la redención. Alguien, apresuradamente, puede tildarme de hereje; pero la Palabra de Dios declara:

«*Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón*» (1 Ts. 5:4).

¿En qué momento será sonada la séptima trompeta? Míralo tú mismo si tienes ojos para ver. «*Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días... aparecerá la señal del Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria*» (Mt. 24:29,30).

Y lo que muchos se niegan a aceptar es que Dios ha establecido que el día del regreso del Señor Jesucristo, también sea la hora para que toda su iglesia resucite; y para ello, Él mismo traerá del Paraíso a todos los santos que hayan gustado la muerte biológica en el curso de la historia.

«*Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él*» (1 Ts. 4:14).

El Señor Jesucristo, además de ser verdadero Dios, también es verdadero hombre; en su ministerio terrenal, Él tuvo un cuerpo mortal. Eso se conoce como la encarnación del Verbo de Dios. Entonces, significa que era necesario que gustara la muerte biológica, como de hecho ocurrió; fue crucificado, pero al tercer día resucitó. La resurrección de Jesús produjo una nueva forma de vida sin precedentes en toda la eternidad; una nueva forma de vida jamás experimentada por nadie. Pero el caso es que la resurrección de Jesús fue la primera de una gigantesca resurrección que ha de suceder pronto, pues los hombres, muchos hombres están llamados a participar en esa nueva forma de vida iniciada por el Señor Jesucristo a partir de su resurrección; y eso se debe a que Dios está duplicando a su Hijo en sus hijos, en los redimidos, en aquellos que hayan sido convertidos en nuevas criaturas (cf. 2 Co. 5.17); lo cual se hará una realidad en el momento mismo en que resuciten.

Retomando el hilo de la exégesis, tenemos que una vez que

el Señor en su lento descenso a la tierra, ya a la altura de las nubes, libere a todos los justos que trae desde el tercer cielo, ellos descenderán a la tierra a fin de tener contacto con los despojos de sus antiguos cuerpos mortales. Ocurrido esto, en un abrir y cerrar de ojos, esos cuerpos serán vivificados y convertidos en cuerpos celestiales; y esos elegidos vuelven a ascender a las nubes para encontrarse de nuevo con el Señor, para continuar el descenso glorioso de la segunda venida. Es como si el Señor, en su descenso, determinase una breve pausa en las nubes. Pero el caso es que esa resurrección será simultánea con la transformación de los santos que estén vivos en ese momento; los de la última generación. Eso significa que los de la última generación de santos en la tierra no experimentarán la muerte física.

«*Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron*» (1 Ts. 4:15).

Esto significa que la última generación de los santos que estén en la tierra, serán transformados en el mismo momento en que sean resucitados todos los que traiga el Señor del Paraíso. Reitero; la última generación de creyentes no gustará la muerte biológica; sus cuerpos seràn transformados en ese glorioso momento.

«*Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero.* [17]*Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor*» (1 Ts. 4:16-17).

Como lo hemos comentado antes, nuestro cuerpo mortal es usado por el Señor como la semilla que ha de germinar para dar existencia a una nueva planta.

«*Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción.* [43]*Se siembra en*

deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. [44]*Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual*» (1 Co. 15:42-44).

Es admirable la contundencia del apóstol Pablo para asegurar, por inspiración divina, que los cuerpos mortales de todos los santos que hayan fallecido en la historia, serán vivificados; y para ello, Dios, después de la tribulación de aquellos días, enviará a sus ángeles que los extraigan de dondequiera que se encuentren.

«*Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro*» (Mt. 24:31).

Serán miríadas de ángeles ocupados en esa titánica labor de recoger todos los restos mortales, partículas, o los átomos que hayan quedado de ellos, de todos los hijos de Dios fallecidos en todas las épocas, a fin de que sean transformados en la gloriosa resurrección de los hijos de Dios.

Luego Pablo lo confirma: «*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*» (Ro. 8.11). ¿Para qué poner este asunto en tela de juicio?

Entonces, la parusía de Cristo será un momento glorioso y de tanta manifestación de poder, que ese mismo día obrará la transformación de nuestros cuerpos. La resurrección y transformación del cuerpo mortal, es posible por el poder de Dios, aunque ese cuerpo mortal se haya desintegrado en su tumba, o en incontables partículas diseminadas en la tierra o en el mar. Dios sabe dónde encontrarlas con rigurosa exactitud, sin que falte ni una sola.

Esto es un hecho tan portentoso, que Pablo lo cataloga como un misterio. «*He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la*

trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (1 Co. 15:51,52). La Biblia afirma en este contexto que todos seremos transformados. Eso significa que allí estarán incluidos todos los salvos de toda la historia. Sin que falten todos aquellos que hayan sido muertos en las llamas de la inquisición.

Es un misterio, debido a que es un acontecimiento que está más allá de la posibilidad de ser conocido y entendido por medios naturales, sino por revelación divina; y es algo que Dios lo da a conocer en un tiempo señalado por Él, y sólo a aquellos que están iluminados por su poderoso Espíritu, como ha ocurrido a través de la historia con los demás misterios. Pues bien, el apóstol Pablo recibió esa relevación.

9

EL REINO

«*...y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre los has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación;* [10]*y los has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinarán sobre la tierra*» Apocalipsis 5:9,10

Sin duda, existen muchos y diversos aspectos del reino de Dios, también llamado reino de los cielos en su manifestación en los elegidos y en el reino milenial del Mesías. Por ejemplo, ese reino ahora mismo se manifiesta entre los redimidos, o dentro de ellos, aunque se trate de un reino superior, un reino que no pertenece a este mundo, como le declaró el Señor Jesús a Pilato.

El reino de Dios es un asunto tan especial e inaccesible, que no se puede conocer y al cual nadie puede entrar a menos que haya nacido de nuevo, que haya experimentado un nacimiento sobrenatural, que haya experimentado en la intimidad de su ser el poderoso proceso de una nueva creación espiritual, a fin de que pueda morar en una esfera espiritual, esfera que es vedada a todas aquellas personas que no se hayan arrepentido y hayan creído en la obra expiatoria del Señor Jesucristo.

En su gloriosa parusía, el Señor Jesucristo descenderá del cielo, con sus ángeles y sus santos; vendrá cabalgando un corcel blanco. Habrá llegado la hora de instaurar en pleno el reino de los cielos sobre toda la tierra; pero antes, la tierra sufrirá la limpieza de toda la maldad diabólica y humana de la

historia; todo lo que se haya opuesto a la voluntad de Dios será arrasado, con sus perversas ideologías, filosofías y tendencias.

Al sonido de la séptima trompeta, pareciera como si el cielo vaya a sufrir un estremecimiento de júbilo, pues ese sonido estará definiendo el tiempo de la manifestación gloriosa y el establecimiento del reino de los cielos sobre las naciones; es decir, habrá llegado el momento de la consumación de los misterios de Dios.

«*En los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas*» (Ap. 10:7). Entre grandes voces de regocijo, se estará aprestando el cielo para el tan esperado regreso del Cristo a la tierra.

«*El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos*» (Ap. 11:15).

Con la venida del Señor Jesucristo será proclamado el reinado conjunto de Dios y de Cristo. Recuérdese que al Señor Jesús le fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra (cf. Mt. 28:18). Los vencedores, todos aquellos elegidos que hayan de participar en las bodas del Cordero, «*vivieron y reinaron con Cristo mil años*» (Ap. 20:4). Ya en la nueva Jerusalén, la ciudad gloriosa que descenderá del cielo, los elegidos *«reinarán por los siglos de los siglos*» (Ap. 22:5).

Respecto de esto, es necesario aclarar que la encarnación de Dios en la persona de Jesús de Nazaret no sólo se dio para asumir nuestras culpas y pagar el precio de nuestra justificación, y salvarnos eternamente, para que no tuviéramos que ir a parar al infierno; todo lo cual es verdad; sino que todo eso constituyó sólo una parte de su misión. Nosotros fuimos elegidos por Dios para que por medio de esa poderosa salvación y la vida eterna, pudiésemos ser útiles a Dios en el reino eterno de Cristo. Esa es la razón por la cual Cristo vendrá por segunda vez a la tierra; Él

viene a traer el reino de los cielos, un reino totalmente diferente a los que conocemos en la tierra en toda la historia; y para ello es necesario acabar con todos los reinos establecidos en este mundo. Cristo viene a rescatar el reino para Dios; reino donde los elegidos redimidos tendrán un rol de primer orden. El Señor exige que todos aquellos que lleguen a gobernar con Él en su reino sobre las naciones, sean personas de la más alta responsabilidad; estén preparadas para ese trabajo, sean justas e idóneas, entre otras cosas.

El concepto del reino de Dios es sumamente complejo. El reino de Dios no sólo está relacionado con el que será establecido en la tierra durante el milenio, sino que se relaciona también con la influencia de realidades espirituales entre los hombres escogidos y saturados por la vida de Dios por el Espíritu Santo; de manera que aquellos que entrarán a participar del reino milenial, es necesario que lo vivan en sus corazones y lo experimenten desde ahora; que lleven un tipo de existencia totalmente diferente y opuesto a sus viejas costumbres mundanas. Dice el Señor Jesús: «*Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia*» (Mt. 6:33). Respecto de este tema, recomiendo al lector consultar mi libro *«Los Vencedores y el Reino Milenial*». Siempre tengamos presente que el Señor no obliga a nadie; ni sdiquiera a los elegidos. Cada quien debe ser responsable de su conducta.

Dios reina desde la eternidad, y lo hará hasta la eternidad; es decir, su reinado no tiene principio ni tendrá fin; de manera que Dios ejerce total control sobre toda su creación. En cuanto a la Tierra, Dios le delegó al hombre el señorío (gobierno) sobre todos los animales y las cosas en la tierra, con el poder y autoridad para sojuzgarla. Pero el hombre, al obedecer a Satanás, le traspasó ese gobierno al maligno. No obstante, Dios, como lo indica Daniel 2.34-45, volverá a establecer su pleno gobierno en esta tierra, volverá a sujetar todas las cosas en la Persona de su Hijo, el Señor Jesucristo.

Esa es la razón por la cual, el Señor Jesús, desde el comienzo de su ministerio comenzó a predicar, declarando: «*Arrepen-*

tíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mt. 4:17); pregón que también Juan el Bautista venía difundiendo.

Desde la antigüedad, Dios ha venido dando los pasos a fin de retomar a plenitud su reinado sobre toda la tierra. Por ejemplo, lo profetiza Zacarías, cuando dice: «*Y Jehová será rey sobre toda la tierra*» (Zac. 14:9). Eso sucederá en el día señalado por Dios. Dios no improvisa. Él comenzó por crear la nación de Israel, a fin de dar testimonio de su poder, y para que se efectuara la encarnación de su Verbo eterno, quien vendrá a gobernar a las naciones y establecer justicia en esta tierra. Mientras eso suceda, dado que Israel le falló en la historia, ahora Dios reina en el corazón de los elegidos, de los vencedores, de los que han puesto a un lado los intereses del mundo para obedecerle a Él. El reino de los cielos ya es una realidad entre ellos, porque en ellos reina el Señor Jesús.

Hay una realidad espiritual en la intimidad de los corazones humanos, pero no de todas las personas, sino sólo de los redimidos que han rendido sus vidas al Señor Jesús. «*Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros*» (Lc. 17:20,21). Si eso está ocurriendo en tu vida, esa realidad espiritual es la que impulsa tu proceder como auténtico hijo de Dios sometido. El resto de la humanidad desconoce ese reino celestial y su existencia entre los hijos de Dios.

Vemos, pues, que el sonido de la séptima trompeta anunciará la segunda venida del Señor; anunciará la transformación de los cuerpos mortales y resurrección de los santos, y anunciará la instauración del reinado milenial de Cristo sobre las naciones.

La ciudadanía celestial de los hijos de Dios

Todos los hijos de Dios ya tenemos la ciudadanía del reino de

los cielos. Y uno de los efectos de la resurrección de los santos es que a partir de ese momento podremos experimentar a plenitud esa realidad.

«*Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo;* [21]*el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas*» (Fil. 3:20, 21).

En el Nuevo Testamento, la palabra *ciudadanía* es la traducción del griego «*politeuma*», que significa la condición, o la vida, de un ciudadano, alguien que hace parte de la comunidad de una ciudad o de un estado, con sus derechos y obligaciones; es decir, el *polites*. La condición de *polites*, incluye la función de los ciudadanos, como también se asocia con todo acto administrativo, y finalmente con el concepto de «patria». Nuestra patria eterna es el reino de los cielos.

En este versículo, el reino significa la actual posición celestial de los creyentes. Nosotros, como ciudadanos del reino de los cielos, debemos guardar determinada conducta. Pero es indispensable que tengamos en cuenta que en este contexto se refiere a la comunidad de los cielos. Sí, en este tiempo aun vivimos en esta tierra, luego nuestro comportamiento actual no ocurre en los cielos; no obstante, nuestro comportamiento debe regirse bajo una fuerte influencia celestial. Es imperativo que haya una clara distinción entre nuestro testimonio como hijos de Dios y la conducta de las personas del mundo.

Se supone que ahora mismo tenemos una ciudadanía en la esfera terrenal, pero esta ciudadanía es temporal, efímera, dado que nuestra auténtica y eterna ciudadanía es celestial, teniendo en cuenta que nosotros no pertenecemos a la esfera de este mundo. Desde el momento de nuestra regeneración, ya somos ciudadanos del reino que jamás perecerá.

La cita de Filipenses 3:21 habla del cuerpo de la humillación nuestra; es obvio que se refiere a nuestro cuerpo físico, limitado,

además, por la esfera terrenal de nuestro entorno. La finitud y la acción nefasta del pecado en nuestro cuerpo, Cristo lo transformará a fin de que llegue a ser semejante al cuerpo de la gloria suya. Eso significa que los cuerpos físicos de los hijos de Dios, con los cuales vivieron en esta tierra, serán convertidos en cuerpos gloriosos, a la imagen de Cristo.

10

LA GLORIFICACIÓN

«*Y a los que predestinó, a éstos ta mbién llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*» Romanos 8:30

Los elegidos y redimidos hemos de participar de la gloria de Dios. La gloria de Dios implica la majestad de la naturaleza divina, sus atributos y perfecciones. La glorificación es la justificación en su operación final. Llegamos al punto culminante de la salvación integral de los elegidos, que es la glorificación futura de los hijos de Dios. Esta glorificación guarda relación íntima con nuestra transformación a la imagen de Cristo. Por tanto, la glorificación es la última etapa de nuestra salvación, que en realidad no tendrá punto final, por cuanto, como lo hemos dicho, en realidad, está íntimamente involucrada en la transformación del creyente a la imagen de Cristo, perfeccionamiento cuyo proceso es interminable e irreversible. En esa transformación, el redimido participa de la naturaleza moral y espiritual del Señor, como también de su herencia y perfección divina. ¿Cuándo llegaremos a poseer el grado de perfección de Dios? Jamás. Esta es la razón por la cual esta etapa no tendrá fin. Nuestra perfección es un proceso que jamás tendrá fin.

Lo anterior significa que la salvación tiene un aspecto inicial, que nos garantiza la seguridad de ser llamados hijos de Dios; no obstante, la salvación también conlleva un aspecto progresivo, por cuanto estamos siendo salvos hasta garantizar nuestra entrada al reino de los cielos. Sin embargo, la salvación jamás deja de ser un proceso eterno e infinito. ¿Qué significa esa expresión? Que, aunque los elegidos son llevados de gloria en

gloria, la salvación plena se refiere a llegar a poseer toda la plenitud de Dios, y eso significa que la obra de la glorificación en sí es un proceso infinito, pues Dios es infinito.

A la final, el elegido no se ha de limitar con ir al cielo; sólo en escalar esa esfera no consiste la verdadera glorificación, por muy excelsa que parezca esta bendición. El objetivo del Señor es que el elegido llegue a participar de toda la plenitud de Dios (cf. Ef. 3:19). No obstante, el camino que nos conduce a alcanzar esa plenitud divina es una entrega total y personal al Señor Jesús; ese camino exige una lealtad incondicional a Cristo.

Hay un detalle interesante en el registro bíblico de la glorificación, y es que es tan cierta, que las Sagradas Escrituras la formulan en tiempo pasado. Claro, es verdad que la plenitud de la glorificación del creyente se desarrollará plenamente en el futuro.

El Señor Jesucristo nos llevará a participar de su gloria (cf. He. 2.10). Como lo hemos reiterado, los elegidos poseen la naturaleza de Cristo, el Dios-Hombre, y esa realidad los conduce a participar de toda su plenitud.

El objetivo de Dios es que los elegidos lleguen a ser perfectos, así como el Padre eterno es perfecto (cf. Mt. 5:48); de ahí la insistencia de que los verdaderos discípulos de Cristo se estén perfeccionando moralmente en el curso de la vida en esta Tierra. De manera que los elegidos, en sus justas proporciones, llegarán a poseer el amor de Dios, la longanimidad de Dios, la bondad de Dios, la justicia de Dios, la mansedumbre de Dios, el dominio propio de Dios, junto con todas las cualidades morales de Dios.

El desarrollo eterno de los elegidos

Sin embargo, es imprescindible tener en cuenta que el concepto de perfección divina es infinito; de manera que, en lo

que respecta a los elegidos, debe darse un acercamiento continuo, desarrollo que durará toda la eternidad, un progreso perseverante; siempre creciendo en Cristo. La plenitud de Cristo de que habla Efesios 1:23, consiste en la personalidad humana transformada; y esa plenitud será una realidad cuando los creyentes participen plenamente de la vida esencial de Dios.

Con la segunda venida de Cristo, cuando nuestro cuerpo sea transformado y seamos resucitados, los elegidos vencedores seremos elevados por encima de las limitaciones de esta vida mortal, e introducidos en una esfera de espiritualidad pura.

Cuando ya estemos revestidos del cuerpo espiritual, en el marco de la vida incorruptible, allí no habrá deterioro alguno; al contrario, una vez revestidos de ese cuerpo eterno, seremos objeto de alguna forma de modificación y perfeccionamiento progresivos. Tengamos en cuenta que en la economía divina, jamás hay estancamientos. Dios no se estanca jamás. En la esfera del reino de Dios, toda transformación implica progreso, mejora, perfeccionamiento. Es todo lo contrario a lo que ocurre en esta vida corruptible, donde todo se va disolviendo.

Entonces, la inmortalidad no consiste en la mera supervivencia del alma más allá del umbral de la muerte, sino de una forma más elevada de vida; una vida glorificada que tendrá participación en la esencia de vida de Dios; esto se debe dar por la participación de la naturaleza divina, aunque sea de manera finita y parcial. Por eso a este trabajo lo hemos titulado, *El Vuelo Infinito de los Elegidos*.

Apéndice

FILADELFIA Y LA GRAN TRIBULACIÓN

«*en un momento, en un abrir y cerrar de ojos,*
a la final trompeta; porque se tocará la trompeta,
y los muertos serán resucitados incorruptibles,
y nosotros seremos transformados» (1 Co. 15.52).

En el devenir de la historia, en el acervo doctrinal de determinadas vertientes del cristianismo, se han venido incubando e involucrando ciertos mitos, absurdos, como todos los mitos, muchos de los cuales han sido dogmatizados; como es el caso de la navidad, por ejemplo. Pero también en el campo de la Escatología hay constancias de esas desafortunadas desviaciones.

No obstante, a fin de no caer en las redes de esos mitos, muchos de ellos originarios de la misma Babilonia, es importante fundamentar la verdad sólo en la Palabra de Dios. Debemos rechazar todo lo que no se fundamenta en la revelación bíblica, o se opone a ella. Existe un manto oscuro que debe ser removido. Conforme Apocalipsis 3.8, debemos ser cristocéntricos y bibliocéntricos, si se me permite esa palabra. En la antigüedad, Dios inspiró a Isaías para que escribiese: «*¿Quién ha creído a nuestro anuncio?*» Isaías se refiere al anuncio de Dios. De manera que es bueno que le dediques algún tiempo diario a escudriñar y conocer el contenido de la Biblia, y creer a su anuncio.

Entrando en materia, nos preguntamos, ¿cuál es, pues, el panorama que le espera a la iglesia en los últimos tiempos? En la agenda bíblica tenemos una serie de revelaciones de hechos escatológicos de suma importancia, que todos los creyentes,

absolutamente todos los hijos de Dios, debemos encarar ineludiblemente; y por tal motivo, es relevante que desde ya nos interesemos por tener claridad, y el mayor conocimiento posible de eventos, como son, la invasión de Gog a Israel liderada por Irán y Turquía, descrita por el profeta Ezequiel en los capítulos 38 y 39 de su libro (próximo acontecimiento); después surgirá la alianza de diez naciones (antiguas provincias del imperio romano) que le darán el poder al último emperador mundial, y harán un pacto de paz con Israel, seguido por el gobierno del anticristo; la gran tribulación en tiempos de ese nefasto personaje; luego la segunda venida de Cristo y la resurrección de la iglesia, ese mismo día; la tragedia de Armagedón y el derramamiento de la ira de Dios sobre las naciones; el tribunal de Cristo para juzgar el testimonio de la iglesia; las bodas del Cordero, entre otros.

Pero, de todos esos eventos escatológicos, en esta ocasión hablaremos únicamente de la gran tribulación y la participación de la iglesia en esos días de tragedia que ocurrirán en la última generación. Sin duda, en la historia cristiana ha habido una alta dosis de preocupación por conocer cuál será la suerte de los creyentes frente a la gran tribulación que sobrevendrá en tiempos del anticristo. Algunos interpretan este tema afirmando que la iglesia no pasará por la gran tribulación; y esto lo aseguran debido a que dan por sentado que la iglesia será arrebatada a los cielos antes de la aparición del anticristo en el escenario político mundial.

Otros, tomando también la iglesia en forma global, afirman que la iglesia sí pasará por la gran tribulación, y muchos de los creyentes sufrirán sus horrores; y por esa razón, algunos recomiendan que se debe tomar medidas de tipo logístico a fin de encarar, en lo posible, esa difícil situación de persecución, y el tema de la dificultad para comprar y vender, y otros asuntos delicados. Y entonces, ¿qué recomiendan hacer? Bueno, recomiendan, por ejemplo, procurar alejarse de las ciudades para vivir en zonas rurales, y una vez allí esforzarse por acumular alimentos y rodearse de ciertos aprovechamientos del

entorno; otros han sugerido comprar oro, desvincularse de los modernos sistemas tecnológicos, en fin. Por lo demás, consideramos que todas esas recomendaciones son respetables y hasta saludables. Al respecto, consideramos que cada quien proceda conforme a lo que crea conveniente, usando los medios de que disponga a la mano.

Pero, ¿qué dice la Palabra de Dios al respecto? Tengamos en cuenta, no lo olvidemos jamás, que lo determinado por Dios es ineludible, y que las medidas logísticas, por muy sensatas que puedan parecer, no podrán cambiar esa determinación divina, a menos que cada uno en particular sea guiado por Dios al respecto.

Las reacciones de Dios

En estos tiempos de intensa expectativa, Dios quiere que todos sus hijos, la totalidad de sus redimidos, lleguemos a ser como su Hijo; sí, que seamos la imagen misma del Señor Jesucristo. Dios quiere que en todos nosotros sea formada la imagen misma del Señor. Pero para que en nosotros sea forjada la imagen del Señor; para que lleguemos a pensar como Él, y vivir y actuar como Él, es necesario conocerlo. Pero, ¿cómo vamos a conocer al Señor Jesús, si ni siquiera leemos su Palabra? No obstante, no basta con leer la Biblia y aprendernos de memoria muchos de sus textos; no; es indispensable conocer subjetivamente el mensaje de Dios, hacerlo parte de nuestra perspectiva, vivir con intensidad esa revelación de los alto. De nosotros, pues, también depende el valorar ese conocimiento como la prioridad de nuestra existencia; por encima de nuestros más importantes intereses y amores; estimando lo cual, podremos vislumbrar mejor el serio asunto de nuestra participación en la gran tribulación que se avecina. ¿Qué ha ocurrido en la historia de la iglesia respecto de esto? Veámoslo bajo la perspectiva de la carta apocalíptica a Filadelfia.

La realidad espiritual de la iglesia de Cristo en el transcurso

de sus primeros siglos de historia, fue plasmada en las cartas apocalípticas a Éfeso, Esmirna y Pérgamo. Pero esa realidad fue tomando un nuevo derrotero a partir del Concilio Ecuménico de Nicea en el año 325 d.C., en cuyas deliberaciones se empezaron a apuntalar las bases para la formación de la gigantesca estructura imperial de la Iglesia Católica Romana, y su posterior cisma de oriente y el surgimiento de las iglesias ortodoxas orientales. En el devenir de esos siglos, el cristianismo llegó a arruinarse casi hasta la raíz; los hombres se alejaron de Dios, dándole prioridad a las múltiples ventajas temporales, a las inquinas políticas, a las fastuosas apariencias terrenales, a la idolatría de tipo babilónico; asuntos que se relacionan con la carta a Tiatira.

Pero Dios no era indiferente a esta situación. Jamás lo fue. Después de mil años de cautiverio babilónico, el Señor reaccionó frente a la iglesia romana y su cohorte vaticana, y como resultado, de allí sacó un remanente; fue el inicio de lo que ha sido llamado la Reforma Protestante, desde el comienzo del siglo XVI, y que hay consenso en que se relaciona con la carta a Sardis. Esta etapa se particulariza por la creación y consolidación de diferentes concilios eclesiales, denominaciones y estructuras, cuya existencia casi siempre se ha caracterizado por el respaldo de sus personerías jurídicas. En la carta apocalíptica a Sardis hay un detalle significativo. Tal vez por su estructuralización, entre otras cosas, en el ambiente de la reforma, se registra que la mayoría de los creyentes sólo lo era de manera nominal; no habían nacido de nuevo. Muchos no habían vencido el poder de la muerte. *«Tienes nombre de que vives, y estás muerto*» (Ap. 3.1).

Entonces, ¿quedaría el Señor satisfecho sólo con esa reacción? No. El proceso debía continuar. Llegado el momento profético, Dios vio que había llegado el tiempo y la apropiada sazón de darle comienzo a una nueva etapa en su economía divina. Las expectativas de la Reforma se habían quedado cortas. A comienzos del siglo XIX, el Señor procedió a efectuar su segunda reacción, esta vez frente a la Reforma, a fin de dar

paso a la última fase de la restauración de todas las cosas que se habían perdido en el transcurso de los siglos; tal como lo encontramos en la carta a Filadelfia. Llegaron nuevos vientos de revelación. Muchos hermanos regresaron a reunirse por las casas; el Señor los animó a abandonar los templos construidos por manos humanas cuando les fue revelado que Cristo y los santos son el verdadero templo vivo de Dios. Había llegado el tiempo de abandonar las organizaciones religiosas y desmantelar en sus corazones esas estructuras eclesiásticas. Dios vio que ya habían cumplido su cometido profético. Claro, todo ese mover debía ser acompañado por un auténtico arrepentimiento, y una búsqueda sincera de los propósitos de Dios.

Puedes observar y meditar que Filadelfia y Esmirna fueron las dos iglesias apocalípticas que no recibieron críticas por parte del Señor. En su momento, Esmirna rechazó la adoración al emperador romano. Por el contexto del saludo del Señor a la iglesia en Filadelfia, vemos que es dirigida al remanente que también elogia, compuesto por aquellos que han repelido el sincrético evangelio de la creencia saturada de dogmas de dudosa procedencia, de la negación de la persona de Cristo como divino, como único Señor y como la gran fuente de la santidad y de la verdad. Observa cómo cada frase de esta carta conlleva una carga reveladora de primer orden.

Una puerta abierta para Filadelfia

A Filadelfia el Señor se le presenta como «*el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre*». Esta frase manifiesta el señorío absoluto de Cristo, conforme su declaración en Mt. 28.18: *«Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*...» Esto es corroborado en Apocalipsis 1.8, donde Cristo es visto como quien posee las llaves de la Muerte y del Hades.

De hecho, la carta revela que esas son las mismas características del período de la iglesia que comenzó en los albores del

siglo XIX en el Reino Unido, cuando se realizaron las primeras reuniones de los hermanos por las casas, a pesar de que empezaron a reunirse personas asociadas a diferentes estructuras y denominaciones religiosas. Pero se trata de un mover del Espíritu Santo en tiempos en que el Señor decidió moverse en una segunda reacción, pero esta vez frente a las organizaciones eclesiásticas que se habían estructurado a raíz de la Reforma.

Entonces, a través del remanente de Filadelfia, el Señor abrirá puertas insospechadas, que nadie podrá cerrar, con la renovación del amor fraternal y del evangelismo. Pero el Señor se propone que al abrir esta puerta, los hijos de Dios le pongan mucho énfasis al conocimiento subjetivo de la Palabra de Dios; que se despliegue una predicación abundante y frecuente de la Palabra; mover que no podrá ser dificultado por ninguna criatura ni fuerza contraria.

Indudablemente, entre el remanente de Filadelfia se observa la capacidad de conocer e interpretar correctamente las Escrituras. Se dice que desde las primeras reuniones de los hermanos por las casas en el Reino Unido, Dios les empezó a revelar las Escrituras con tanta profundidad, que no faltaron estudiosos y predicadores, que procuraban acudir para recibir ese conocimiento entre ellos.

Por otra parte, *«las llaves de la casa de David»* es símbolo de poder y de autoridad en el reino de Dios. Pero, además, en la fase de Filadelfia, la iglesia recibe la promesa escatológica de abrir las puertas del reino a las últimas generaciones, donde el rey David, en la persona del Señor Jesús, regirá el reino venidero. Téngase en cuenta que sólo Jesucristo puede excluir a alguien de su reino. Él admite a quien quiere, y asimismo excluye a quien lo desee; claro, siempre obrando en justicia. Se sabe que en la historia, muchos, considerados y catalogados como herejes, han sido excluidos de la iglesia por decisión de los hombres; sin embargo, a menudo han sido sus mejores miembros. Tengamos siempre presente que Dios no puede sufrir cambios, ni para mejorar ni para desmejorar. Siendo perfectamente santo, Él jamás ha sido menos santo de lo que

es ahora, y jamás podrá ser más santo y justo de lo que es.

Dice el Señor a Filadelfia: «*He puesto delante de ti una puerta abierta*» Esta puerta abierta, proféticamente hablando, se refiere a que la era de la iglesia de Filadelfia sería una especie de reino espiritual de Cristo, con la renovación del amor y del evangelismo. Esta puerta también sería la capacidad de conocer e interpretar correctamente las Escrituras. Pero téngase en cuenta que la puerta fue divinamente abierta, y sólo el Señor podrá cerrarla.

Sí; el Señor sabe que Filadelfia tiene poca fuerza; esto puede interpretarse como pocas «dimensiones» en la influencia social y política, pocos recursos económicos, como tampoco asociarse con los fuertes de este mundo. Pero, a pesar de su poca fuerza, ha podido valerse del poder de Dios, mediante completa fidelidad y tenacidad. Por eso, se hicieron fuertes en el Señor. El Señor suele manifestar su poder en la debilidad humana. Claro que este elogio sólo se refiere a un remanente. *«No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino*» (Lc. 12.32).

Vemos también que en Filadelfia amaban a Cristo guardando su Palabra. Jesús dijo: «*Si alguien me ama, guardará mi palabra*» (Jn. 14.23). Aquí, en Filadelfia, encontramos una vívida reacción ante la Palabra conocida del bendito Señor. Esta declaración también quiere decir que aquellos creyentes preservaron la propia fe cristiana, frente a la apostasía. Esto también habrá de caracterizar la iglesia profética filadelfiana, frente a la oposición de las modernas sinagogas de Satanás. Y sobre todo que no negaban el nombre del Señor. Se puede negar el nombre de Cristo a través de doctrinas tergiversadas, de rechazar su divinidad, su humanidad verdadera o su misión divina; como también a través de una vida inmoral. En el tiempo de la gran tribulación, muchos serán martirizados por resistirse a negar el nombre de Cristo. El Señor nos exhorta a que cada uno de nosotros cumpla con la misión que el Señor le haya

asignado.

Por otro lado, tengamos siempre presente que estamos frente a un fenómeno profético, que es la apostasía de los últimos días, cuando los hombres, que afirmarán ser cristianos, negarán abiertamente el nombre de Cristo, su divinidad y su misión divina y redentora. Se nota que eso ya está sucediendo en determinados entornos evangélicos de la actualidad.

¿Cuál es, pues, el significado profético de la carta a Filadelfia aplicado a los días escatológicos? Para dilucidar este asunto, considerando que el tiempo apremia, en primera instancia, necesitamos tener mentes abiertas.

Guardados de la hora de la prueba

A partir de la carta a Tiatira en adelante, los ojos de los santos se vuelven hacia el regreso del Señor como la única esperanza. Sin embargo, la iglesia de Filadelfia, proféticamente hablando, tendrá que enfrentarse a la Gran Tribulación descrita en Apocalipsis, empezando por el capítulo 6. Filadelfia, pues, representa la iglesia fiel del tiempo futuro, mientras que Laodicea representa la iglesia apóstata del mismo período. Creemos que la mayoría de nosotros, y ciertamente nuestros hijos, seremos testigos oculares de esa Gran Tribulación, la misma que será promovida por la loca violencia del anticristo.

La Palabra del Señor revela que alrededor del anticristo se desarrollará un culto tan monstruoso que, en contraste, el comunismo internacional parecerá una humilde palomita. Está revelado que el hombre de pecado habrá de oponerse y levantarse contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; de manera que procurará desde el principio conocer la nómina de todas las estructuras religiosas, antiguas y nuevas, sus personerías jurídicas, sus posesiones y riquezas, sus movimientos, sus líderes, sus finanzas. Comenzando porque las diez naciones que le darán el poder y la autoridad al anticristo, se encargarán de dejar desolada y desnuda a la gran ramera. Sin duda, la parte de la iglesia asociada con las denominaciones,

esos hermanos tendrán que asumir que el anticristo acabará con todas las denominaciones evangélicas que ostenten algún grado de representatividad. ¿Por qué se dará ese fenómeno?, se preguntarán. Bueno, principiando porque cada gobierno se verá obligado a entregarle la nómina de las personerías jurídicas eclesiásticas, sin contar con vínculos con las esferas políticas y sociales; esto, además de la red de espionaje del régimen; qué sé yo.

Sí; se desatará la peor persecución religiosa de todos los tiempos, de tal manera que la mayor parte de la iglesia, si no toda, tendrá que vivir subterráneamente, de manera clandestina, además de que habrá un número inmenso de mártires. Algunos de nosotros tal vez estemos entre ellos. Sólo Dios lo sabe. Eso significa que los santos que se encuentren en todas esas estructuras religiosas, deben procurar unirse en comunión al remanente de Filadelfia.

Pero, nos preguntamos, ¿por qué el Señor permitirá tan amarga situación? Pues, si Dios lo permite, es porque es indiscutible que la iglesia necesite de esa tribulación a fin de que se purifique, y muchos procuren la santificación antes de encontrarse con el esposo. La iglesia, la Novia de Cristo, no podrá ir al encuentro del Esposo sin la debida purificación; sin embargo, Dios tiene el propósito de «preservar» en vida un remanente, para efecto de testimonio, en medio de todo aquel horror; y esa es una de las promesas recibidas por la iglesia de Filadelfia.

Hay un asunto serio en todo esto. Si la iglesia de Filadelfia representa la restauración de la iglesia regida por los principios bíblicos en estos tiempos, en nuestra época, entonces, quienes pretendemos estar militando en esa restauración, estamos obligados a estar de acuerdo en que tenemos sobre nuestros hombros la gran responsabilidad de vivir conforme el testimonio descrito en esa carta; de lo contrario, difícilmente podríamos merecer la recompensa que registra esta carta apocalíptica.

Como lo declara de manera prominente esta carta, es urgente que iniciemos un proceso de «preparación» para la segunda venida de Cristo. Sin importar cuándo vuelva, nos urge estar preparados para ir al encuentro del Esposo, así como para enfrentar la Gran Tribulación, si estamos destinados a atravesar tal acontecimiento.

«*Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra*» (Ap. 3.10).

Este sobrecogedor versículo habla de la tragedia de la Gran Tribulación escatológica. ¿Quiénes serán esos que el Señor guardará? Es claro que se refiere a esa porción de la iglesia que cumpla con los requisitos descritos en la carta a Filadelfia. Se refiere a los vencedores de Filadelfia. Y eso no significa necesariamente que la iglesia escapará de aquel período crítico de siete años, mediante el arrebatamiento, pues la Escritura solamente registra un solo arrebatamiento de toda la iglesia, que tendrá lugar el día de la parusía del Señor, que ocurrirá al final del reinado del anticristo, y no antes. Entonces, la iglesia tendrá que enfrentarse al anticristo y tendrá que atravesar todo aquel período que, con razón, se puede denominar «tribulación». En el siglo I, los santos de la localidad de Filadelfia no apostataron ni adoraron al emperador romano, pese a la férrea persecución de Domiciano y Trajano, por ejemplo.

Proféticamente, pensamos que ese escape representa la «protección» en medio de la persecución general que habrá en el marco de la Gran Tribulación, no necesariamente sacada fuera del alcance de la misma. Esa declaración del Señor, «*te guardaré*», indica, pues, que esa parte de la iglesia será preservada en medio de la tribulación, aunque permanezca en el escenario de la tierra. Lo seguro es que la bestia no será capaz de perjudicar a aquellos que estén protegidos por el Señor.

Reitero. A partir de la carta a Tiatira en adelante, los ojos de

los santos se vuelven hacia el regreso del Señor como única esperanza; ha sido una especie de brújula que marca ese horizonte. No obstante, es imperativo aclarar que encontramos la revelación de que de las siete esferas de la iglesia narradas en las cartas apocalípticas, las dos que estarán presente en el tiempo de la tribulación escatológica serán las de Filadelfia y Laodicea. ¿Cuál es la razón de esta aseveración? La respuesta es que las tres primeras ya no existen; y las de Tiatira y Sardis, por ser institucionalizadas, serán destruidas por los aliados del anticristo al comienzo de la gran tribulación (cf. Ap. 17.16). La iglesia de Filadelfia, pues, que es la franja de la iglesia que no alardea de suntuosos templos físicos, ni estructuras religiosas y otras manifestaciones externas, representa la iglesia fiel de aquel tiempo futuro, mientras que la iglesia de Laodicea representa la iglesia apóstata del mismo período. Pero siendo un tiempo demasiado peligroso, ¿qué le puede esperar a la apóstata iglesia de Laodicea?

«*...será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro*» (Dn. 12.1).

Hay consenso en que el gobierno del anticristo tendrá una duración de siete años, pero la Gran Tribulación propiamente dicha comenzará a la mitad de ese período, período de siete años que tendrá una relación especial con la nación de Israel, que atravesará la gran tribulación, además de traer un período extremadamente crítico de sufrimientos para el mundo entero.

La iglesia en la antigua e histórica ciudad de Filadelfia, fue víctima de una gran persecución debido al culto al emperador romano; pero en la gran tribulación escatológica, el anticristo no será capaz de perjudicar a aquellos en la condición de Filadelfia que se protejan en el Señor.

La verdadera preparación

¿Cómo, pues, debemos preparanos para lo que estamos viviendo y tenemos frente al futuro? Hace siglos Dios decidió someter a la humanidad a un gran juicio, y la única vía de escape fue la de construir un gigantesco gran arca. ¿Cuál puede ser nuestro arca en el que podamos meternos? La carta a Filadelfia nos insta a la prominente necesidad de «preparación» para nuestro encuentro con el Señor en su segunda venida, y esto incluye estar preparados para enfrentar la Gran Tribulación, si estamos destinados a atravesar tan azaroso acontecimiento. Sin duda, la mejor preparación es la espiritual, o por lo menos es la principal. Pero, se me dirá, esa expresión puede sonar demasiado generalizada y estereotipada. No obstante, cuando en nuestro interior ocurre un auténtico desarrollo espiritual; cuando nuestros ojos son abiertos; cuando nuestro entendimiento experimenta una renovación y es lleno de luz divina, cuando no podemos negar que el Señor nos lleva de la mano, eso tiene transcendencia en todos los aspectos de nuestra existencia. Entonces, todas nuestras prioridades son trastocadas, y no nos queda de otra que levantarnos cada día con el único derrotero que perfeccionar más nuestra comunión con el Señor, pues es Él quien nos puede indicar cada paso a seguir. ¿Cómo podemos llevar eso a la realidad? En primera instancia, tengamos en cuenta que en nosotros mora el Espíritu Santo; lo más sensato es que desde ya pongas tu voluntad a su servicio y dirección.

Hay aspectos que no me canso de reiterar. Cuando nacemos de nuevo, si se lo permitimos, el Espíritu Santo empieza su trabajo en nosotros, forjando en nuestra intimidad una serie de características sobrenaturales, que reflejan la naturaleza santa del nuevo huésped en nuestro ser interior, el Señor Jesucristo; características que en su conjunto, en la Biblia se conoce como el fruto del Espíritu (cf. Ga. 5.22). Pero de las nueve características que integran este fruto, es indispensable que destaquemos en este punto el amor y la templanza, también llamada dominio propio.

Hermanos, la esfera de Filadelfia tiene un llamado especial. Cuando en Apocalipsis 3.11, el Señor declara: «*He aquí, yo*

vengo pronto; retén lo que tienes», indica que la comunidad de Filadelfia continuará hasta la venida del Señor, así como remanentes fieles de Tiatira (Ap. 2.25) y de Sardis (Ap. 3.3).

Sin duda, para ser guardados de la hora de la prueba se debe ser vencedor. ¿Cuáles son esos vencedores de Filadelfia a que se refiere el versículo 12? ¿Será que sólo se refiere a los que rechazan los asedios de la sinagoga de Satanás? ¿O será que se refiere a los que aprovechan la «puerta abierta» de servicio, así «conservando» pura la Palabra y propagándola? ¿O será que se refiere al que tiene la «llave de David»?

Pero en medio de todo existe un aspecto poco visto; es el amor en Filadelfia. Ese amor en Filadelfia es el amor de Dios; el amor ágape; algo que fluye en el vencedor con una incontenible espontaneidad. El amor de Dios cuando fluye, emana en cada creyente y lo lleva a la práctica cotidiana sin esperar reciprocidad, sin esperar recompensa, sin que busque reconocimientos ni aplausos. En esa esfera, y sólo en esa, óigase bien, encontrarán refugio los santos del Señor durante los difíciles y largos días de la tribulación. Ese amor se recibe de Dios, cuando estamos conectados con el Señor; pero debemos entrenarnos en su uso, en su manifestación; hacerlo nuestro.

Filadelfia constituye un nivel de iglesia muy diferente. ¿Por cuáles motivos poderosos es diferente esta iglesia? ¿Qué tiene de particular la restauración de la iglesia con Filadelfia? Por cuanto es la manifestación del amor de Dios en su cuerpo. *Filadelfia* significa «*amor fraternal*». Es en ese período cuando en el cuerpo de Cristo se consolida la fuerza del amor de Dios en su iglesia. Ya el Señor lo había insistido; pero parece que nadie lo había entendido. Dios jamás se cansa de instarnos a que nos amemos. El amarnos mutuamente, nos protege, nos abriga; nos proporciona seguridad. En el tiempo de la tribulación, los santos se guardan unos con otros; se protegen, se ayudan con desinterés. Mira la insistencia de este tema en las Escrituras. El amor ágape en la iglesia se llama Filadelfia.

Todo testimonio cristiano que se precie de ser creíble, si carece de amor, le falta una pata. En el marco de los deberes de los santos, una vez renovado nuestro entendimiento, debe destacarse la conducta cristiana en las relaciones interpersonales; es cuando el texto sagrado nos dice: «*Amaos los unos a los otros con amor fraternal* (gr. *filadelfia*); *en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros*» (Ro. 12.10).

En los tiempos apostólicos, los santos no recibieron la recomendación de que se refugiaran en los campos y en las cuevas, sino de que se amaran.

«*Pero acerca del amor fraternal* (gr. *filadelfia*) *no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros*» (1 Ts. 4.9).

Amarnos los unos a los otros es una de las obligaciones del cristiano. Es un mandato divino.

«*Permanezca el amor fraternal* (gr. *filadelfia*)» (He. 13.1).

Como parte del llamamiento a una vida santa, el apóstol Pedro dice; «*Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal* (gr. *filadelfia*) *no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro*» (1 Pe. 1.22).

Hablando del desarrollo del conocimiento verdadero, el apóstol Pedro describe una escala de valores que nos van perfeccionando, y nos insta que vayamos añadiendo «*a la piedad, afecto fraternal* (gr. *filadelfia*); **y al afecto fraternal** (gr. *filadelfia*), *amor*» (2 Pe. 1:7).

Al final de la presente era, cuando la tribulación se enardezca y amenace al mundo, Dios se dirigirá a la humanidad en amor, lo que beneficiará en gran manera a la comunidad de aquellos que dan lugar al amor de Cristo en sus corazones, amándose unos a otros. Nadie dirá ser dueño de los recursos que Dios haya de poner en sus manos; sino que todo lo pondrá a la disposición de todos los hijos de Dios, sobre todo en esos tiempos de angustia. Entonces en esta tierra habrá un refugio

que nos abrigará y nos protegerá de toda contienda; sí, habrá calma en medio de las aguas agitadas; habrá un oasis en el gran desierto espiritual del tiempo del fin. Esto se encontrará en la comunidad de la *Iglesia del Amor Fraternal*, cuyo Señor será el Cristo. El remanente santo de Filadelfia oye la voz de Cristo, el cual es santo y manantial mismo de la santidad y fidelidad de aquellos creyentes, en oposición a la masa de la iglesia, que se habrá convertido en una iglesia falsa, la sinagoga misma de Satanás.

En todas las etapas de la historia de la iglesia ha habido vencedores; y para todos ellos hay gloriosas promesas; pero para los vencedores de Filadelfia, la promesa reviste una especial particularidad: «*lo haré columna en el templo de mi Dios*», en el templo del Dios vivo, que es la comunidad formada de piedras vivas, que componen el templo de Dios, es decir, el lugar donde el Señor manifiesta su presencia.

Además, el concepto de la «columna» habla de la misma verdad que plantea la idea del «ancla del alma». Aquí se nos enseña la seguridad del creyente. En medio de un mundo atribulado, con temores íntimos y terrores externos, el alma se siente segura en su Dios, siempre que luche, dispuesta a pagar el precio para ser vencedora. Las columnas de la iglesia son sus miembros más fuertes y sostenedores. Las columnas hablan sobre la fuerza espiritual mediante la cual el alma será eternamente segura y bendecida.